



Seix Barral Biblioteca Formentor

Barbara Constantine

Al mal tiempo, mejor cara



Barbara Constantine

Al mal tiempo, mejor cara

*A Renée y Robert,
mis vecinos de antes.
Ya Alain,
mi vecino de ahora.*

«Mahault, de cinco años y $\frac{3}{4}$, le da a su vecinito un ramo de flores recién cogidas.
- Toma, quédatelo, así cuando tus padres se mueran podrás ponerlo en su tumba.»

A mi nieta Mahault le gusta compartir su sabiduría.

"Un gazapo en el guiso es un error. Dos, una receta."

Franz Bartelt, Nadada, La Branche, 2008, citado en *Pas mieux*, de Arnaud Le Guilcher,
Stéphane Million Éditeur

1

FUGA DE GAS

Con la tripa pegada al volante, y la nariz al parabrisas, Ferdinand conduce muy concentrado. La aguja del velocímetro no se despega del cincuenta, la velocidad ideal. No sólo ahorra combustible sino que además le da tiempo a ver desfilar el paisaje por la ventanilla, a disfrutar del panorama. Y, sobre todo, a detenerse a la más mínima alerta, sin exponerse a sufrir un accidente.

Hablando de accidentes, justo ahora ve un perro corriendo delante de él por la carretera. Por puro reflejo, Ferdinand pisa el freno. Los neumáticos chirrían, y la grava sale despedida. Los amortiguadores dejan escapar un quejido. El coche da un bandazo y por fin se detiene en mitad de la calzada.

Ferdinand se asoma por la ventanilla.

- ¿Adónde vas, chaval? Por ahí de juerga, ¿eh?

El perro se aparta, pasa de largo a toda velocidad y se tumba algo más lejos en la hierba de la cuneta. Ferdinand sale del coche con dificultad.

- Anda, pero si eres el perro de la vecina. ¿Y qué haces aquí tú solo?

Se acerca, alarga la mano muy despacito y le acaricia la cabeza. El perro tiembla.

Al cabo de un rato, cuando ya se ha ganado su confianza, el animal se decide a seguirlo.

Ferdinand le abre la puerta del asiento trasero y vuelve a arrancar el motor.

Al llegar a un camino de tierra, abre la puerta del coche. El perro baja, pero se le arrima a las piernas gimiendo, como si tuviera miedo. Ferdinand abre la cerca y lo anima a entrar. El perro repta a sus pies, sin dejar de gemir. Ferdinand recorre el sendero entre dos setos de maleza y llega a la puerta de una casita. Está entornada. Llama en voz alta... Eh... ¿Hay alguien?... No recibe respuesta. Mira a su alrededor, pero no ve a nadie. Empuja la puerta. Al fondo de la habitación alcanza a distinguir en la penumbra una silueta tendida en una cama. Vuelve a llamar. La silueta no se mueve. Ferdinand olfatea el aire. Ahí dentro apesta... Olfatea otra vez. ¡Buf, pero si huele a gas! Corre hacia la cocina, cierra la bombona de butano y se acerca a la cama. ¡Señora, señora! Le da palmaditas en las mejillas. Al principio flojito pero, al ver que la mujer no reacciona, cada vez más fuerte. El perro ladra, dando saltos alrededor de la cama. Ferdinand también se asusta, y ya no son palmaditas sino bofetadas lo que le da a su vecina. Le grita que se despierte. Los gritos se mezclan con los ladridos. ¡Señora Marceline! ¡Guau, guau! ¡Abra los ojos, maldita guau! ¡Despierte, por guau, por favor, guau!

La mujer deja escapar por fin un pequeño gemido.

Ferdinand y el perro suspiran de alivio a la vez.

CINCO MINUTOS MÁS TARDE, MARCELINE SE ENCUENTRA MEJOR

Marceline ha recuperado un poco de color en las mejillas e insiste en servirle una copita. No recibe visitas todos los días. Son vecinos, pero nunca había puesto un pie en su casa, hay que celebrarlo. Por más que Ferdinand le dice y le repite que no tiene sed, que sólo se ha acercado a traerle a su perro, ella se levanta de todas maneras, avanza tambaleándose hasta el aparador y saca una botella de licor de ciruela que quiere a toda costa que pruebe para saber qué opinión le merece. Es la primera vez que lo prepara. Dígame a ver qué le parece, a ver si está bueno. De acuerdo, Ferdinand asiente con la cabeza. Ella empieza a servirle y, de pronto, se detiene y pregunta, preocupada, si luego tiene que conducir. Él le dice que ya se va para casa, está sólo a quinientos metros, ¿podría recorrer el trecho con los ojos vendados! Más tranquila, termina de servirle la copita. Apenas le da tiempo a mojarse los labios cuando Marceline siente un mareo. Se deja caer pesadamente sobre una silla, con la cabeza entre las manos. Incómodo, Ferdinand se concentra en el mantel de hule, en deslizar el vaso sobre las líneas y los cuadros. Ya no se atreve a beber ni a decir nada. Al cabo de un largo silencio le pregunta, casi en un susurro, si quiere que la lleve al hospital.

- ¿Al hospital? ¿Para qué?
- Pues para que la examinen.
- Pero si sólo me duele un poco la cabeza.
- Ya, pero... con lo del gas...
- Ya...
- No es bueno...
- No, claro.
- Puede haber efectos secundarios.
- ¿Ah, sí?
- Vómitos, me parece.
- Ah. No lo sabía.

Otro largo silencio. Marceline tiene los ojos cerrados. Ferdinand aprovecha para mirar a su alrededor. La habitación, pequeña y oscura, está repleta de cachivaches. Enseguida piensa que en su casa ocurre exactamente al revés, casi hay eco de vacía que está. Esa idea le deprime, así que vuelve a concentrarse en el mantel de hule. Por fin se anima a decir:

- Por lo general no me suelo meter en la vida de los demás, Marceline, bien lo sabe usted. Pero ¿no será porque tiene usted muchas preocupaciones por lo que ha... por lo que ha...?

- Por lo que he ¿qué?

- ¿El gas?

- ¿Qué pasa con el gas?

- Pues eso...

A Ferdinand le cuesta hablar. Es un tema personal. No se le da bien hablar de temas personales. Sabe que tiene que decir algo, pero es incapaz de ir al grano, así que se pone a hablar y hablar para no decir nada, intentando hacerse entender con medias palabras. (También le gusta mucho la expresión «leer entre líneas».) Está tan convencido de que las palabras traicionan el pensamiento que preferiría funcionar por instinto y dejar que éste se encargara de todo. ¡Aunque no le falta lucidez para reconocer que más de una vez se la ha jugado, el muy sinvergüenza del instinto! Pero, sin querer, una cosa lleva a la otra, y teme provocar un exceso de emoción, le da miedo que la mujer se eche a llorar para desahogarse o le desvele algún secreto, y esas cosas a él no le gustan nada. ¡Cuánto más fácil sería la vida si la gente se las apañase siempre sola! Con su mujer tenía un truco para evitar la trampa de las conversaciones demasiado íntimas: en cuanto notaba que ella iba a ir por ese camino, Ferdinand evocaba el pasado. Una palabra nada más, como quien no quiere la cosa, y listo, ya podía escucharla sin prestarle atención, como quien oye llover. Cómo le gustaba hablar a su pobre difunta... De cualquier cosa, de tonterías. Era una auténtica cotorra. Pero lo que más le gustaba, por encima de todo, era hablar del pasado, de su juventud. Solía decir que todo era mejor antes, que todo era mucho más bonito. ¡Sobre todo antes de conocerlo a él! Siempre terminaba enumerando con rabia todo lo que habría podido vivir en otra parte, en América, en Australia o en Canadá, quizá. ¡Pues sí, por qué no, claro que habría podido ser así! Si no la hubiera sacado a bailar, si no le hubiera susurrado palabras tiernas, si no se hubiera arrimado tanto a ella, en ese dichoso baile del 14 de julio. Qué lástima.

Ferdinand no le guardaba rencor por hablar así. Él también había tenido sueños. Él también había soñado con cosas bonitas. Pero no había tardado en comprender que los sueños y el amor no iban de la mano. A lo mejor porque él no estaba hecho para esas cosas. O quizá sería en otra ocasión. ¡O en otra vida, como los gatos!

Bueno, toca volver al presente.

Está en casa de su vecina. La mujer tiene un problema pero no parece querer hablar de ello, pese a las preguntas que él le hace discretamente. No sabe gran cosa de ella excepto que se llama Marceline, que vende miel, fruta y verdura en el mercado, y que es un poco extranjera. ¿Rusa o húngara, quizá? Del Este en todo caso. No hace mucho tiempo que se instaló aquí. Bueno, unos añitos ya sí que hace. ¿Seis o siete? Sí, por lo menos seis o siete ya...

Ferdinand vuelve a mirar a su alrededor. Esta vez repara en que no hay calentador encima del fregadero, ni tampoco hay nevera, ni lavadora ni televisor. Ninguna comodidad moderna. Como cuando era niño, tan sólo la radio para enterarse de las noticias, y agua fría en la pila para lavarse. Recuerda que en invierno siempre buscaba la manera de escaquearse. Y también intentaba librarse de hacer la colada, la ropa salía tiesa y helada del lavadero, y él tenía que ayudar a escurrirla, con las yemas de los dedos moradas de frío y arrugadas como garbanzos. ¡Anda que no era difícil todo en aquellos tiempos, me *cagüen* diez! Se dice a sí mismo que tal vez la pobre señora Marceline se haya cansado de esa vida tan dura y tan llena de incomodidades. Se habrá

desanimado. Y también se habrá deprimido por estar lejos de su país y de su familia, ¿no? Lo mismo es ése el motivo por el que...

Siente que no se va a poder librar, que no va a tener más remedio que hablar. Y no de tonterías, de si va a llover o si va a hacer bueno. O incluso de su perro. ¡Qué chuchito más listo, oiga! Qué suerte tener uno así. Yo el último que tuve era tonto perdido, pero muy cariñoso. Éste... Ah, ¿que es una perra? ¿Está usted segura? No me había fijado.

Inspira hondo y se lanza a hablar. De un tirón le dice que lo entiende, que a él también le han dado ganas un par de veces en su vida. Tres, en realidad. Bueno, venga, para ser del todo sinceros, cuatro. Sí, pero... él se tomó el tiempo de pensarlo bien antes, y encontró muy buenas razones para no hacerlo. Como por ejemplo... Así de sopetón no se le ocurre ninguna. ¡Ah, sí, claro, será tonto: sus nietos! Los nietos son maravillosos. Apasionantes. Nada que ver con los hijos. Sí, sí, de verdad. Son más guapos, más vivos y mucho más listos. A lo mejor tiene que ver con la época en que vivimos, los tiempos han cambiado. A no ser que seamos nosotros, tal vez al hacernos más viejos nos volvamos más pacientes. Puede ser... ¿Usted no tiene nietos? ¿Ninguno? Vaya. Qué pena. Pero hay otras cosas por las que vale la pena vivir. Espere, déjeme pensar...

Marceline levanta los ojos para mirar al techo.

Ferdinand se rasca la cabeza. Tiene prisa por encontrar algo.

- Mire usted, de vez en cuando también es bueno acordarse de que hay gente que está peor que uno. Así uno pone los pies en la tierra. O, si prefiere, pone las cosas en perspectiva. A veces es necesario, ¿no cree?

Marceline parece estar en otra parte. Ferdinand busca algo gracioso que decir.

- Bueno, y como nadie ha vuelto nunca para decir si al otro lado están mejor las cosas, lo mismo no merece la pena adelantarse, ¿eh, señora Marceline? Puede que sea mejor esperar a que llegue tu hora, y ya está.

Suelta una risita. Espera su reacción.

No hay reacción.

Entonces ya sí que se preocupa. Se inclina hacia ella. ¿Me entiende cuando le hablo? A lo mejor hay alguna palabra que no...

Marceline tiende la mano hacia la tubería de la cocina y, temblándole la voz, dice que ya está, que llevaba un rato pensándolo pero que ya se acuerda, que todo ha sido por su viejo gato. Hace ya varios días que ha desaparecido. ¿Se habrá muerto? Espera que no. Sería dolorosísimo para ella... Y, mientras tanto, su casa es un caos. Los ratones hacen lo que les da la gana. No paran de bailar, todo el día y toda la noche. En los armarios, debajo de la cama, en la despensa... Roen, roen y roen sin parar. ¡La están volviendo loca! Si siguen así, al final se subirán a la mesa y comerán de su plato, los muy descarados.

Ferdinand ha desconectado, ya casi no la escucha. Divaga por completo la pobre mujer. Debe de ser por el gas. Eso que cuenta del gato muerto y los ratones que bailan no tiene ni pies ni cabeza. La mira hablar y luego le observa las manos. Bonitas y estropeadas. Piensa que es por trabajar la tierra, debería cuidarse, ponerse crema, lo necesita. Pero el caso es que parece más joven de lo que él pensaba. Tendrá unos sesenta, calcula...

De pronto, la mujer se pone de pie. Sorprendido, Ferdinand da un respingo y se levanta a su vez. Ella le dice que es muy frustrante hablar y que nadie te escuche. Pero bueno, ya se encuentra mejor. Gracias por todo, ya puede irse, ahora se va a tumbar a descansar un poco. El gas la ha

dejado aturdida. Ferdinand mira el reloj: las cuatro y media, es pronto para acostarse, le extraña. Ella le dice que no lo acompaña hasta la puerta, que ya se las apañará él solito. Él le dice que sí, escondiendo una sonrisa. ¡No hay mucho peligro de perderse en una casa que sólo tiene una habitación! Le acaricia la cabeza a la perra. Bueno, pues nada, adiós, señora Marceline. Si necesita algo, lo que sea, no dude en llamarme. Sí, gracias, así lo haré. Se encoge de hombros y masculla en voz baja: en cuanto me instalen el teléfono, no te digo...

Camino del coche, Ferdinand trata de recapitular lo ocurrido: está esta señora que por poco muere asfixiada, que vive en esa casita tan pequeña a un paso de la suya, desde hace años -se habrá cruzado cien veces con ella por la carretera, en la estafeta de correos, en el mercado-, y apenas le ha dirigido nunca la palabra, como mucho habrán hablado del tiempo, de su miel... Y, de pronto, ¡zas!, se topa con su perro... bueno, su perra... Pero si no se hubiera parado en la carretera para devolverle la perra, ¡a estas horas seguramente estaría muerta, la pobre mujer! Y nadie se habría enterado siquiera.

Me cagüen la mar...

Qué tristeza.

Sube al coche y pone en marcha el motor. Piensa entonces que se arrepiente de no haber contestado antes a su pregunta. Bueno, qué se le va a hacer, irá a verla mañana u otro día, para decirle sinceramente lo que opina de su licor de ciruela. Pues que le ha salido muy bien, señora Marceline, para ser la primera vez, oiga. En tiempos su esposa Henriette, que en paz descansa, también hacía, pero nunca le salía tan bueno. Sí, sí, créame, se lo digo de verdad.

En la casita, Marceline se tumba en la cama.

Ya le duele un poco menos la cabeza. Consigue pensar.

Un tipo curioso ese Ferdinand. ¡Y qué hablador! No ha parado de hablar en todo el rato que ha estado ahí, era un poco mareante. Y no ha entendido todo lo que decía. Lo de los pies en la tierra, por ejemplo, por qué lo ha dicho en ese momento precisamente. Marceline no lo sabe, es un misterio para ella. Ha debido de sufrir una fuerte depresión, parecía que necesitaba desahogarse. Resultaba un poco molesto, pero tenía que escucharle, era lo mínimo que podía hacer, al fin y al cabo había sido muy amable al traerle a la perra y eso. Tiene que acordarse de darle las gracias la próxima vez que lo vea. Y también le dará un tarro de miel, a lo mejor, si es que le gusta la miel. Y, de golpe, empieza a acordarse de más cosas. Se acuerda de su esposa. Bufff... ¡qué mujer más antipática! Espantosa, las cosas como son. Marceline recuerda que fue al principio, todavía no conocía a nadie allí. Los animales tenían hambre, y ella también. Había cogido del huerto lo que necesitaba. Y luego, naturalmente, se había puesto a cultivarlo, para poder seguir alimentándose e incluso ganarse unas perrillas mientras pensaba en qué hacer a continuación. Bueno, el caso es que, pese a todos sus esfuerzos, el primer año fue un fracaso. ¡Sus zanahorias eran apenas más gordas que un rábano, y sus cebollas parecían cascabeles! Y, todas las semanas, Henriette llegaba, se paraba delante de su puesto en el mercado y miraba sus productos con cara de asco. El año siguiente las cosas mejoraron un poco. Las zanahorias ya iban pareciendo zanahorias, y los puerros ya eran un poco más grandes que un lápiz. Y Henriette empezó a comprarle alguna cosilla de vez en cuando, pero siempre parecía como si le estuviera dando limosna. Le hubiera gustado poder mandarla al cuerno, pero no se lo podía permitir. Sí, a esa mujer la había odiado de verdad.

Y se dijo que las parejas son y serán siempre un misterio. La suya también, desde luego. No

tiene muchas ganas de pensar en ello. Todo eso está tan lejos ya, un poco como en otra vida. Pero ellos, francamente... Aunque nunca llegó a conocerlos bien, se pregunta cómo se las apañaron para estar juntos toda la vida siendo tan distintos. ¿Por qué no se fueron corriendo cada uno por su lado en cuanto se apagó el fuego de la pasión? Bueno, esa historia tampoco tiene mucho interés. Él, en cualquier caso, parece diferente. Aunque da la impresión de ser un poco huraño, un poco distante, Marceline no diría que es mala persona. Le resulta bastante conmovedor, con esa herida tan grande que le coge todo el pecho y que él se esfuerza en ocultar. Cuando habla de sus nietos se nota que los echa de menos, todavía no le ha dado tiempo a acostumbrarse a que ya no estén con él. Debió de ser duro verse de pronto solo en su enorme granja vacía.

Pobre viejo.

Qué tristeza.

Al anochecer Marceline se levantó. Ya no le dolía la cabeza. Lo primero que hizo fue comprobar la tubería del gas, roída por los ratones. Todavía quedaba un buen trozo. Consiguió arreglarla y puso a calentar una cacerola con sopa.

REGALO MATUTINO

Al despertarse a la mañana siguiente, Ferdinand grita ¡mecachis! Desde hace algún tiempo, se esfuerza mucho en no decir tacos para que su nuera, Mireille, ya no tenga excusa para no dejarle ver a sus nietos. Así que grita ¡mecachis! para no decir «me *cagüen* diez» cuando se da cuenta de que tiene las sábanas mojadas. Era obvio que había tenido el mismo sueño que las últimas tres noches. Ese en el que nada como un pez en aguas cálidas y azules con una pandilla de amigos delfines. Ferdinand sólo los ha visto en la tele, en documentales de animales o en reportajes sobre el mar. Pero ahí no acaba la cosa. Todavía medio dormido, como cada mañana saca el pie izquierdo de la cama y tantea el suelo en busca de su zapatilla perdida. Cuando sus dedos tocan por fin algo suave y calentito, automáticamente se levanta para calzársela. Y entonces grita: ¡Hostia puta! Pero esta vez está justificado soltar un par de tacos, ¡porque ha pisado un cadáver! El ratón de cada día, regalo de *Masmalo*, su gato. Para ser más exactos, del gatito de sus nietos queridos. Como Mireille se volvió alérgica al pelo del animalillo apenas dos días antes de que se mudaran, no tuvo más remedio que quedarse con él. Sí, sí, está bien, el abuelo se va a ocupar de vuestro gatito. No os preocupéis, lo cuidaré muy bien. Y podréis venir a verlo cuando queráis, ¿vale? Vamos, Lulús, no lloréis, por favor...

Puestos a elegir, Ferdinand hubiera preferido un perro. Aunque jurara seis meses antes que jamás iba a volver a tener perro. El anterior, *Velcro*, era tonto perdido, nada obediente y, como perro guardián, regularcillo nada más, pero era tan cariñoso... Eso compensaba todo lo demás. Puff, cuánto lo echaba de menos. La verdad sea dicha, los gatos no le gustaban. Son animales astutos, hipócritas y ladrones. Apenas si sirven para cazar ratas y ratones. Y eso si tienes suerte y te toca uno bueno. Y en cuanto a la obediencia, ya sabes de antemano que nada de nada. Y el cariño, sólo cuando les da la gana a ellos. ¡Que a lo mejor es nunca!

Resultado: la noche misma de la mudanza, la bola de pelo se instaló en su cama sin que Ferdinand se atreviera a echarlo, era tan pequeñito... La segunda noche se coló debajo de las mantas, pegadito a él, con el hociquito en la oreja... A Ferdinand le pareció que era para comérselo. La cuarta noche ya se afilaba las uñas en las patas del sillón sin inmutarse lo más mínimo, y antes de que terminara la semana ya comía en la mesa, en un cuenco con su nombre. ¡Sólo le faltaba tener su propio servilletero!

Va a hacer dos meses que se marcharon su hijo Roland, Mireille y los dos niños. Casi dos meses ya desde que se mudaron de la granja, y Ferdinand vive solo con el gato. Y algunos días se pregunta -un poco extrañado, todo hay que decirlo- si habría podido soportar igual de bien ese

gran cambio, toda esa tristeza, si no hubiera estado a su lado el pequeño *Masmalo*.

Otro gran motivo de extrañeza para Ferdinand es el cambio radical que ha sufrido su carácter. Él, que era un tipo algo frío, duro como una roca, que nunca se emocionaba con nada, de buenas a primeras se ha vuelto frágil. Capaz de llorar por una tontada y de conmoverse por cualquier cosa. Se le ha abierto una gran grieta en la coraza. O más bien una brecha, que trata por todos los medios de colmar.

Pero no habla de eso con nadie, por supuesto. Nunca ha sabido expresarse bien, y menos cuando se trata de expresar sus emociones. Se siente como si se desnudara en la plaza del pueblo en un día de mercado. Eso no va con él. Prefiere guardárselo dentro, bien dentro, bien escondido. De esa manera todo es más sencillo.

Así pues, nadie sabe que la marcha de los niños y el vacío que siguió lo partió en dos. Zaca. Como si le hubieran pegado un gran tajo en el pecho. Tiene una herida que tardará en cicatrizar meses o años. Quizá no se cure nunca. No, lo más probable es que no se cure nunca.

Después del cadáver del ratón, encuentra su zapatilla debajo de la cómoda. Coge el pequeño cadáver por el rabo y lo tira fuera, sobre el montón de estiércol.

Y allí, en pijama en mitad del patio, con el pantalón todavía húmedo, Ferdinand se pregunta muy seriamente cómo va a explicarle al gatito que sería mejor, pero que mucho mejor, que se comiera lo que caza. Matar para nada es un desperdicio. Se parece demasiado a lo que hacen los hombres. Y total, ¿para qué? Eso no es bueno que lo imites, minino.

Pero ¿cómo explicarle algo así a un gato? Y a uno pequeño, encima. *Masmalo* apenas tiene cuatro meses en edad humana. ¿A cuánto equivale eso en edad gatuna, a siete años?

Y ¿cómo pensar que lo entendería?

No, decididamente, Ferdinand ya no se reconocía a sí mismo desde hacía algún tiempo. Iba a tener que meterse en cintura.

Al final de la mañana despejó un poco, y Ferdinand aprovechó para hacer la colada.

Era urgente.

Había tenido el mismo sueño tres noches seguidas, ya sólo le quedaban unas sábanas limpias. Y ningún pantalón de pijama.

Por cierto, si algún día tuviera que contarle a alguien lo que sintió cuando se marcharon sus nietos, seguramente diría que, una vez cargada en el coche la última maleta, después de besar a los niños por última vez y cerrar la puerta de su casa, se abrió un gran agujero bajo sus pies, un agujero negro más profundo que un pozo. Y el vértigo que se apoderó de él en ese mismo instante no lo ha abandonado desde entonces. Desde ese momento y para siempre ya, formará parte de su vida. Se dio cuenta enseguida.

Pero no es muy probable que hable algún día de eso.

No va con él lo de desnudarse delante de nadie.

FERDINAND SE ABURRE Y LUEGO YA NADA EN ABSOLUTO

Después de comer tendió la ropa fuera para que se seicara, y luego fue a matar el tiempo al granero. Al pasar junto al tractor no pudo resistir las ganas de subirse y de arrancar el motor para comprobar que todavía funcionaba. Después entró en el taller. En el banco de trabajo vio la placa de Alfred a medio grabar que había dejado abandonada desde hacía semanas. Aún no la había terminado. Con un nudo en la garganta, echó una ojeada a las herramientas y, mecánicamente, sin pensar en nada, se puso a ordenar viejos clavos. No tenía ganas de ponerse con la placa. Así es que cogió el coche. Al pasar por el camino que llevaba a casa de Marceline redujo la velocidad. Dudó un momento si pararse a ver cómo estaba su vecina, pero al final decidió ir a visitarla más tarde, quizá a última hora. Siguió su camino y llegó al pueblo. Después de aparcar bastante lejos de la plaza, sacó un bastón del maletero y subió por la calle principal cojeando exageradamente. No se cruzó con nadie. Eso lo decepcionó un poco. Llegó al bar de la plaza, pidió una copa de vino blanco y se acomodó fuera, en la terraza, como de costumbre desde hacía dos meses.

Eran las tres y media en el reloj del ayuntamiento.

Sólo quedaba una hora hasta la salida de clase. Era el único momento en que podía ver a sus nietos, sus Lulús (Ludovic, de ocho años, y Lucien, de seis), y darles un beso a cada uno. Antes de que llegara Mireille con prisa por llevárselos para que volvieran corriendo a su nuevo hogar, ¡con el pretexto -y esto lo decía con un tono ligeramente afligido, para que sonara más auténtico- de que tenían muchos deberes, los pobrecitos!

Se le hizo un nudo en la garganta al recordarlo.

Bebió un trago de vino para que se le pasara.

Y miró a su alrededor. No había nada que ver.

Se estremeció.

En el cielo, un rayo de sol trataba de abrirse paso entre dos nubarrones grises. Cerró los ojos y se volvió hacia él, buscando su calor. Pero no duró mucho. De pronto se oyeron unos golpes secos sobre la acera. Tac tac tac tac. Se acercaba una chica, con tacones y un traje de chaqueta de falda. No era nada frecuente por esos parajes. Calculó que faltaban siete segundos hasta que pasara por delante de su mesa... seis, cinco... dejó caer su bastón... cuatro, tres... junto a la silla... dos, uno: impacto. La chica dio un salto, gritando ¡ay!, y se torció el tobillo. Se disponía a soltarle un buen corte a ese «cabronazo que había tirado el bastón» apostada, cuando su mirada se

posó sobre Ferdinand. Éste había conseguido poner una expresión tan avergonzada, tan perfectamente contrita, que la muchacha no pudo evitar sonreír. Pero fue un instante fugaz, enseguida se le borró la sonrisa, frunció el ceño y le lanzó una mirada asesina blandiendo un dedo índice amenazador para darle a entender que, con ella, la bromita del abuelete inocente no colaba. Se sabía de memoria todos los trucos de los viejos. ¡Había tenido cuatro abuelos! Y, cuando estaba en el instituto, había hecho sus prácticas en empresa en una residencia de ancianos, así que mucho ojito con ella... Ferdinand bajó la cabeza, y Muriel quiso pensar que había captado el mensaje. Satisfecha, se adecentó un poco, se alisó con cuidado las arrugas de la falda -poniendo especial atención en la parte de atrás, porque «joder, queda de pena que la falda te haga arrugas justo en el culo»-, le quitó el polvo al bolso golpeándolo varias veces contra sus pantorrillas, se colocó un mechón que se le había escapado del recogido y, sin una última mirada a Ferdinand, siguió su camino preocupada pues iba a llegar tarde a su cita (con el tío de la agencia inmobiliaria, que le estaba buscando una habitación para alquilar, pero Muriel se preguntaba qué le iba a contar, si no tenía dinero para la fianza ni para nada de eso, pufff...).

En cuanto a Ferdinand, estaba contento. Había conseguido arrancarle una sonrisa a una chica guapa, y algo así no ocurría todos los días. Bueno, está bien, no había sido una sonrisa muy grande, ni tampoco era tan guapa la chica, por otro lado. Para ser del todo sincero, era un poco vulgar, con esos tacones y esa falda demasiado ceñida que le marcaba la tripa. Pero no importaba, había conseguido su sonrisa del día.

Ahora eran ya las cuatro menos cuarto en el reloj del ayuntamiento. Sólo quedaban tres cuartos de hora para que terminaran las clases. Levantó los ojos al cielo y se dio cuenta de que los dos nubarrones grises habían aprovechado para fundirse en una única masa compacta y ominosamente negra. Se acordó entonces de que había puesto ropa a secar y se dijo que aún estaba a tiempo de volver antes de que empezara a llover. Pero ¡qué chaparrón, me *cagüen*...! Iba a tener que pisar el acelerador.

Por supuesto, lamentó haberse pasado tanto tiempo sentado en la terraza del bar. Se le habían quedado las piernas anquilosadas. Le llevó un momento poder estirarlas y, cuando por fin logró levantarse, llegó Roland, su hijo, y se le plantó delante con su barriga prominente.

- Anda, ¿y tú de dónde sales?

- No me vengas con ésas, ya sabes que vivo aquí al lado.

Si Roland se había molestado en ir hasta allí, seguramente querría hablarle de algo importante. Pero, como de costumbre, no sabía cómo hacerlo ni por dónde empezar, y para ganar tiempo se balanceaba de un pie a otro, carraspeando. A Ferdinand le resultaba de lo más molesto.

- ¿Querías decirme algo?

- Pues sí, quería decirte que de tanto hacer el tonto con tu bastón, al final vas a provocar un accidente.

Ferdinand volvió a sentarse suspirando y sacó su pipa y un paquete de tabaco.

- ¿Has venido hasta aquí sólo para decirme eso?

- No...

- Entonces ¿qué pasa?

- Pues que Mireille y yo pensamos que aunque no quieras entrar (podemos entender tus motivos) sería mejor que te tomaras tu copita de vino en la terraza de nuestro restaurante. Sería más lógico, vaya.

- Caramba, pero si eso parece una invitación.

Para exasperarlo un poco más, pues Roland odiaba verlo fumar, Ferdinand se tomó el tiempo de aspirar unas cuantas bocanadas de su pipa.

- Es muy amable por tu parte, hijo. Te lo agradezco. Sólo que este vinito blanco, no sabría decirte exactamente por qué, sabe mejor aquí que en tu restaurante... Así son las cosas, qué le vamos a hacer.

Roland encajó el golpe. Una vez más, sintió una intensa quemazón en la parte izquierda de la caja torácica -pero no era nada que pudiera considerarse sospechoso o anormal (ya se había informado, el doctor Lubin le había dicho que era taquicardia, nada más)- y, después de carraspear varias veces por puro reflejo, dio bruscamente media vuelta para volver a su casa. A su restaurante, situado justo en el otro extremo de la plaza, a cincuenta metros como mucho, y con terraza para fumadores. Se esforzó por mantener unos andares dignos y naturales, con la cabeza alta, los hombros rectos y el abrebotellas que colgaba de un cordón golpeándole el muslo al compás de sus pasos. Perfecto. Sólo que enseguida sintió algo que le molestaba, algo que parecía habersele plantado en mitad de la espalda, justo entre los dos omóplatos. Y... empezaba a ponerle francamente nervioso. Tenía ganas de dar media vuelta, ¡y pegarle un puñetazo en plena cara al imbécil que se escondía detrás de la cortina! ¡Le habría hecho tragar su aire burlón y su sonrisa de mierda! Joder, qué nervioso se puso Roland, y eso que le había prometido a su mujer que no perdería la calma. Rápido, tenía que tranquilizarse, tenía que pensar. Al menos intentarlo... En cualquier caso, si el chalado del padre de su colega del bar de enfrente viniera a su terraza a beberse su vino todos los días, seguro que él también pondría esa sonrisita estúpida, sólo para fastidiarlo.

Pues claro... eso era verdad, en el fondo. Se sintió más tranquilo. Curiosamente, esa idea le animó.

Pero justo antes de franquear la puerta de su restaurante se topó de bruces con la mirada de su mujer. Me *cagüen*... Se sintió un inútil. Los problemas de familia no hay que airearlos nunca, Roland, ya lo hemos hablado. Ya, Mireille, si ya lo sé, pero es que mi padre lo hace aposta para provocarme, ya lo has visto... Empuja la puerta. Suena la campanilla. Mireille le da la espalda sin decir palabra. De todas maneras Roland ya sabía lo que estaba pensando. Que si el viejo Ferdinand pudiera palmarla ahí, en ese mismo instante, de un ataque al corazón, o no, mejor aún: ¡de un aneurisma!, sería fantástico.

Como a Roland no le hacía mucha gracia que su mujer pudiera pensar algo así, prefirió mirar para otro lado.

Se le ocurrió barrer el restaurante, así se distraería un poco.

Mientras tanto Ferdinand, que no quería saber cómo había afectado su comportamiento a la actitud de su hijo -y, a su vez, a la de su nuera-, volvía ya a su coche, ahora sin acordarse de cojear. Pero tenía prisa, iba a caer una buena.

MURIEL BUSCA CASA Y TRABAJO

Una vez más Muriel se desplazó inútilmente, y le entraron ganas de hacérselo pagar al pobre idiota de la inmobiliaria. Porque encima tuvo que saltarse una clase para poder ir a la cita. Por no hablar de su aspecto, que cuidó especialmente para la ocasión: traje de chaqueta de falda estrecha y taconazos. No estaba acostumbrada a vestirse así. Como había engordado un poco, la falda le apretaba mucho la cintura, y, por si eso fuera poco, los zapatos le habían hecho ampollas. Además se le había empezado a hinchar un poco el tobillo por culpa del viejo de la terraza del bar, que la había hecho tropezar con su bastón. Ese cúmulo de circunstancias negativas la puso de un humor de perros. El agente inmobiliario se defendió de sus reproches sin mucha convicción. Mire, tiene que entenderlo, esto no es fácil, los propietarios cambian mucho de opinión, y en esas condiciones a nosotros nos resulta muy difícil trabajar. Sí, tiene usted razón, deberíamos haberla avisado de que se cancelaba la cita, pero es que estamos desbordados, no nos ha dado tiempo. Muriel miraba hacia otro lado mientras el tipo le soltaba su cháchara. Por suerte eso le dejó tiempo para calmarse un poco, y el idiota se salvó por los pelos de que le hiciera tragarse sus carpetas. Antes de irse hizo incluso un esfuerzo por sonreír mientras le estrechaba la mano, y le pidió que la llamara en cuanto tuviera algo para ella. Y, para asegurarse de que le quedaban las cosas bien claras en su cerebro de mosquito, le repitió lo que buscaba: una habitación, amueblada o no, con ducha y váter, aunque no estuvieran dentro, no importaba, en el pueblo o los alrededores, y barata, claro. Era superurgente, a final de mes se iba a ver en la calle si no encontraba nada. Él le contestó: déjelo en mis manos, señorita, yo me encargo. Al salir, Muriel cerró con fuerza la puerta acristalada y acto seguido se dio la vuelta llevándose la mano a la boca, con los ojos muy abiertos, como diciendo: huy, perdón, qué portazo, ha sido sin querer. Él fingió que no importaba y la saludó con la mano guiñándole un ojo. A Muriel ese detalle le revolvió el estómago.

Eran las cuatro de la tarde en el reloj del ayuntamiento. Le quedaban tres cuartos de hora antes de su cita importante del día. Rebuscando en el bolso encontró unas monedas que se habían colado dentro del forro, le alcanzaba para pagarse un café. Entró en el bar de la plaza y se instaló en la barra. Al ratito llegó Louise. Se echaron a reír al descubrir que las dos se habían puesto elegantes para la ocasión. En clase sólo se habían visto la una a la otra con vaqueros y deportivas. Y encima Louise se había maquillado. Muriel pensó que eso le daba un poco aire de puta, pero no le dijo nada. No se merecía un comentario así, era una chica bastante maja. Se tomaron el café y, muy nerviosas, a las cinco menos veinte cruzaron la plaza y entraron en el restaurante. Los niños acababan de volver del colegio y se habían sentado a una mesa para hacer los deberes mientras

merendaban. Al ver entrar a las dos chicas, Ludo dejó de masticar, muy impresionado. Esos andares arrogantes, el tamaño de sus tetas, tan extraordinario, esos perfumes intensos que se le subían a la cabeza, y la boca roja de Louise... Nunca había visto nada igual. Mireille reparó en su turbación y le indicó con un gesto que se concentrara en los deberes, a la vez que invitaba a las chicas a sentarse un poco más lejos y les ofrecía un café. No se atrevieron a rechazarlo, y eso que era ya el quinto del día y se exponían a sufrir un ataque de nervios, ardor de estómago, temblores, insomnio, etc. Sobre todo Muriel. Desde hacía algún tiempo había reparado en que tenía todos esos síntomas a la vez, tanto es así que había pensado suprimir por completo el café y pasarse al té. Pero hoy ya era demasiado tarde para eso, qué se le iba a hacer.

Mireille les hizo algunas preguntas. No, no habían trabajado nunca en un restaurante, pero les apetecía muchísimo. Sí, tenían las dos diecinueve años y cursaban segundo en la escuela de enfermería. Les gustaba mucho ese trabajo. Sí, sí, tenían zapatos planos, claro, eran mucho más cómodos para trabajar y andar deprisa sin torcerse los tobillos. Pues sí, necesitaban sacarse un dinerito extra, a fin de mes a menudo ya no les quedaba ni para com... vamos, que la cosa estaba difícil. A Mireille le pareció bien todo y les dijo que era suficiente. Se miraron entre sí pues no estaban seguras de si «suficiente» quería decir que habían conseguido el trabajo o no. Pero enseguida Mireille les explicó lo que iban a tener que hacer, a qué hora tendrían que llegar, que era mejor que no se pusieran perfume porque alteraba el sabor de los platos y cómo se desarrollaría todo en líneas generales. Entonces ya sí tuvieron claro que habían conseguido el trabajo. Era sólo un día, sí, pero les hacía mucha ilusión. Además, en esa zona, salvo en primavera y en verano para la cosecha y la vendimia, no se encontraban muchos trabajillos como ése. Y si lo hacían bien, quizá volviera a contar con ellas en otras ocasiones. Bodas, despedidas de soltero, cumpleaños, jubilaciones, de vez en cuando surgía esa clase de celebraciones en el pueblo.

Mireille les estrechó la mano, y, bajo la mirada aún deslumbrada de Ludo, Muriel y Louise salieron del restaurante. Cojeando, como suele ocurrir cuando se estrenan zapatos, sobre todo si son de tacón. Esperaron a haberse alejado de la plaza lo suficiente para quitárselos y correr descalzas por la calle, sobre la acera casi helada, gritando de alegría por haber conseguido su primer trabajo.

6

LOS PADRES TRABAJAN, LOS NIÑOS MONTAN EN BICI

Sábado.

Mireille preparó unos bocadillos para el almuerzo de los niños. Esa noche ofrecían el famoso banquete de los cazadores. Habían tenido que contratar a cuatro personas más: Muriel y Louise como camareras, y dos chicos para ayudar en la cocina; todos estudiantes porque salía más barato que recurrir a profesionales. El inconveniente era que nunca habían trabajado en el sector de la restauración, por lo que tenían que explicárselo todo, y eso llevaba tiempo. El ambiente era algo tenso. Roland estaba nervioso, no paraba de gritar y se irritaba fácilmente. Al parecer el mal carácter lo había heredado de su madre. A los dos chicos les costaba soportarlo. Se tomaban todos los descansos que podían. Kim, el más guapo de los dos, les explicó a las chicas que lo hacían para no perder los estribos. Muriel y Louise se reunieron fuera con ellos para fumar un cigarrillo y reírse un rato. Ellas tenían suerte, servir mesas era menos estresante. Mireille, la jefa, vigilaba de cerca todo lo que hacían, vaya coñazo, pero era bastante maja, así que bueno, el trabajo no estaba tan mal a fin de cuentas.

Durante toda la mañana, Ludo y el pequeño Lu se quedaron en casa, en el piso de arriba del restaurante, jugando y luego haciendo los deberes, como Mireille les había pedido. A mediodía les empezó a entrar hambre, y bajaron corriendo la escalera a ver quién llegaba primero a la cocina. Ganó Ludo. Normal, es el mayor. Pero al ver a su padre en los fogones, con las mejillas coloradas y el sudor cayéndole a chorros por el cuello, interrumpió su grito de victoria. Y, detrás de él, el pequeño Lu hizo lo mismo con sus reproches. Demasiado tarde. El jaleo de la carrera llegó a la cocina antes que ellos. Roland, con los ojos desorbitados, se volvió hacia los niños gritando: ¡Fuera de aquí! ¡No es momento de venir a molestarme! Dieron media vuelta, muertos de miedo, y cruzaron la sala del restaurante a todo correr. Mireille consiguió detenerlos. Se dio cuenta de que el pequeño Lu tenía ganas de llorar, pero iba apurada, así que se hizo la loca y les dio los bocadillos, acompañados de su típica lista de recomendaciones. Primero, que fueran a comer a la calle para no manchar nada ni llenarlo todo de migas, ¡que tengáis cuidado os he dicho! Y segundo, que sí, que papá estaba un poco nervioso, pero tenían que entender que siempre se ponía así cuando había un banquete. Era mucha presión, mucha responsabilidad. Por eso hoy, niños, tenéis que portaros bien y apañaroslos solos, como dos niños mayores que sois. Hacía bueno, o al menos no llovía, así que podían jugar fuera toda la tarde, qué suerte. ¿Entendido? Los

dos asintieron con la cabeza, diciendo: sí, mami. Ella les puso los abrigos y les abrió la puerta para que se largaran de allí lo más rápido posible, haced el favor.

Se comieron los bocatas sentados en la escalinata del restaurante, sin decir una palabra. Y a continuación pensaron en qué hacer después: ¿jugar a la rayuela, a botar la pelota, al pillapilla o a un, dos, tres, al escondite inglés? Nada de eso les apetecía mucho, así que fueron al garaje a sacar las bicis. Pero como sólo les dejaban montar en el espacio que había detrás del restaurante, no era muy divertido que digamos. Sus padres siempre decían que no podían montar en la calle porque todavía eran muy pequeños, y los coches, muy peligrosos. En lo que respecta al pequeño Lu, Ludo está de acuerdo. Todavía es un bebé, no tiene más que seis años, ¡y sólo sabe montar en triciclo! Pero él, que tiene dos años más y una bici de montaña... es ridículo que no le dejen salir a la carretera.

De todas maneras jugaron a hacer carreras, dando vueltas detrás del restaurante durante un cuarto de hora, y luego lo dejaron. Y entonces empezaron a aburrirse de lo lindo.

Pero no les duró mucho el aburrimiento porque a Ludo se le ocurrió una idea. Fue al garaje a buscar un trozo de cuerda. Ató un extremo a la parte trasera de su bici, y el otro, al manillar del triciclo de su hermano. Después, con el cuerpo inclinado hacia delante y el pie en el pedal, esperó el momento oportuno para lanzarse calle abajo.

Ha pasado media hora, pero sólo han recorrido dos kilómetros.

Y ya están cansados. Al principio todo ha sido bastante fácil. El pequeño Lu ayudaba un poco a Ludo pedaleando. Pero ya hace un rato que no pedalea nada, se limita a dejar que su hermano tire de él. Va todo el tiempo mirando hacia atrás para vigilar la carretera. Es tarea suya avisar a su hermano en cuanto ve llegar un coche por detrás. Ludo, por supuesto, está al tanto de los que vienen de frente. Cuando llega uno, se salen deprisa a la cuneta, tiran la bici y el triciclo entre la hierba alta y se esconden en la zanja hasta que el coche pasa de largo. Todo eso lo hacen para que nadie pueda reconocerlos y vaya a avisar a sus padres. Pero todas esas paradas les hacen perder tiempo. Además es sábado, día de mercado, y hay mucho tráfico. Al doblar la curva, el pequeño Lu ya no ve la carretera pero oye acercarse algo. Le grita a Ludo: ¡un coche! Tiran las bicis sobre la hierba, se agachan en la zanja y alargan el cuello para verlo pasar. Pero esa vez no se trata de un coche, sino de la señora que vende miel y verdura en el mercado. No conocen a nadie más que vaya por ahí en una carreta tirada por un burro.

Se para a su altura. *Berthe*, su perra, baja de la carreta y se acerca a olisquearlos.

- ¿Estáis buscando caracoles, niños?

- No, no, sólo estábamos descansando un poco.

- Ah, muy bien. ¿Y luego adónde vais?

- A casa de Ferdinand, nuestro abuelo.

- Pues se va a sorprender un poco al veros llegar así, ¿no? Todavía quedan dos kilómetros, ¿lo sabéis?

- No importa.

- ¿Os gustaría hacer el viaje en carreta?

Les encantaría. La anciana se acerca al burro.

- Queridísimo *Cornélius*, ¿estás de acuerdo en acompañar a estos jovencitos a casa de su abuelo?

El pequeño Lu y su hermano se ríen, incómodos. Marceline les dice en voz baja: «No es

seguro que quiera, ¿eh?» Rebusca en sus bolsillos y les da un trozo de zanahoria a cada uno. El burro los coge con mucho cuidado y se los come, sacudiendo la cabeza de arriba abajo.

- ¡Ah, me alegro de que estés de acuerdo! Gracias, querido *Cornélius*.

Los niños se miran entre sí: se lo han creído. No sabían que los burros entendieran tan bien lo que se les dice.

7

LOS LULÚS EN LA GRANJA

Ferdinand llamó por teléfono a su nuera.

- ¿Mireille? Hola... Dime una cosa, ¿estás segura de que no has perdido nada hoy? No, no es una adivinanza. Bueno, vale, te lo explico. Ludovic y Lucien acaban de llegar a la granja en bicicleta. Están bien, y pensaba prepararles unas crepes para merend...

Se apartó el teléfono de la oreja mientras Mireille gritaba, y luego prosiguió la conversación.

En bicicleta, sí, sí...

Se los ha encontrado en la carretera la vecina, la señora Marceline, que volvía del mercado...

Un poco cansados, nada más...

¡Claro que les he echado la bronca! Y me han prometido que no lo volverán a hacer.

Te los puedo acercar después de merendar, pero...

Los banquetes terminan tarde, ¿no?...

A la una de la mañana...

¿A las dos? Pobres, vais a acabar molidos.

Yo de ti, lo que haría...

Es normal que estés nerviosa, Mireille. Lo entiendo.

Tienes razón, yo también pienso que es lo mejor.

De acuerdo, Mireille.

No te preocupes, nos apañaremos bien.

Hasta mañana, entonces.

Sí, después de comer.

Que os vaya bien.

Colgó, y los dos Lulús se le echaron al cuello y luego se pusieron a dar saltos por toda la habitación como cabritillos. El pequeño *Masmalo* se asustó mucho y corrió a esconderse debajo de la cama. Les costó mucho convencerlo para que saliera.

Y también les costó casi todo lo que quedaba del pollo asado.

Ferdinand tuvo que cambiar el menú para la cena. La opción elegida fue espaguetis, por unanimidad.

LOS LULÚS SE DIVIERTEN BAJO LAS SÁBANAS

Ferdinand instaló a los niños en la cama de la habitación contigua a la suya. Había sido la de Henriette, pero a su muerte él lo cambió todo: la ropa de cama, el papel de la pared e incluso la decoración. Como a Roland le encantaba la colección de figuritas de porcelana de su madre, se la regaló y, en su lugar, puso las manualidades que Ludovic y Lucien habían hecho desde el primer año de parvulario. Dibujos, pinturas, collares fabricados con macarrones, esculturas de plastilina, rollos de papel higiénico con la cabeza de Papá Noel, etc.

Ahora la habitación estaba mucho más bonita.

Dejó abierta la puerta de comunicación entre ambas por si los niños se despertaban por la noche.

Ludo, cansado de pedalear, se queda dormido el primero. A su lado, el pequeño Lu tiene los ojos abiertos de par en par. Se abraza con fuerza al gatito *Masmalo*. Al final le da un codazo a su hermano en las costillas y le dice, en lo que él cree que es un susurro aunque en realidad habla en voz alta:

- ¿Estás dormido?

- Mmm.

- ¿Sabes qué, Ludo? Creo que estoy seguro de que ya no quiero nada a papá. ¿Y tú?

- Sí, yo igual.

- Ah.

Después de un silencio Ludo añade:

- Es un cretino.

- ¿Eso es una palabrota?

- Sí.

- Ah.

El pequeño Lu está encantado.

- ¿Y qué quiere decir?

- Que es idiota.

- ¡Sí, sí, eso es: papá es un cretino y un gordo!

Se meten debajo de las sábanas para que no se les oiga reír. Y el gatito aprovecha para escapar corriendo.

Ferdinand lo ha oído todo desde su habitación, pero no se atreve a intervenir.

Por un lado piensa que debería hacerlo. Pero por otro...

Se supone que no ha oído nada, así que sonrío. Piensa que los niños de hoy en día son de lo más impertinentes. Pero ya no recuerda lo que pensaba él cuando tenía la edad de sus nietos. Si fuera capaz de acordarse, sería interesante comparar. Lo intenta, pero no lo consigue. *Masmalo* se acurruca a su lado. Al final se duerme, con el ronroneo del gato en el oído. Es un sonido que no incita mucho a la reflexión.

MIREILLE ESTÁ HASTA EL GORRO

Los organizadores del banquete les han proporcionado la lista de los comensales que se prestan a no beber alcohol, los que, al final de la fiesta, llevarán en coche a sus amigos o parejas completamente borrachos. Pero como suele ocurrir, algunos no han resistido la tentación, así que ya tenemos dos conductores menos. Mireille sabe de quiénes se trata. Son casi las dos de la madrugada, todavía queda mucho para que termine el banquete, y le duelen un montón los pies. Se imagina el momento en el que, a falta de efectivos, tendrá que llevar ella misma a la gente a su casa. La perspectiva no le hace muy feliz. Siempre se expone a que le toque acompañar al típico tío desinhibido por todo el alcohol que se ha tomado, que intentará besarla y meterle mano a la vez que trata de bajarse la bragueta, o ese otro que le vomitará en todo el coche. No, la idea no la seduce mucho que digamos. Mira a Roland. Él tampoco la seduce ya mucho, por no decir nada en absoluto. Hace una hora que terminó su trabajo en la cocina y fue a sentarse directamente a una de las mesas. Está bebiendo mucho y suelta sonoras carcajadas. Justo lo que Mireille más odia. Encuentra vulgar y fuera de lugar que el dueño de un restaurante se mezcle con su clientela. La verdad es que, haga lo que haga, no soporta a Roland. Sobre todo desde que ha engordado. Al principio pensaba que sería algo pasajero, que conseguiría superar su de sagrado. Pero el barrigón de su marido no ha hecho más que crecer. Tenía ella uno así también justo antes de dar a luz a Ludovic. ¿O era a Lucien? Fue igual en los dos embarazos; Mireille lo odiaba. No le gustaba nada verse tan deformada. Le había matado el deseo y toda la libido durante meses. E incluso después, una vez pasado el tiempo, ya nunca había vuelto a ser como antes.

Lo que le extraña es sentirse tan celosa, como cuando aún estaba enamorada. Lo de contratar a chicos en lugar de chicas para ayudar a Roland en la cocina ha sido idea suya, así le evita tentaciones. Nunca se sabe. Una cocina es un sitio pequeño, te rozas con la gente cuando te mueves. Y ruidoso, hay que entenderse con la mirada, y claro, eso crea complicidad. Además está el ambiente, el calor de los fogones, el trabajo en equipo, todo eso es muy emocionante. Puede pasar cualquier cosa. ¡No ocurre sólo en las novelas o en las películas que el chef se vaya con la pinche al final de la noche! Es normal que Mireille se agobie, porque eso fue lo que pasó con ella, hace nueve años. La habían contratado de extra una noche en un restaurante en el que trabajaba Roland.

Sabe cómo funciona la cosa. Lo sabe por experiencia.

Pero bueno, por otro lado no se arrepiente de haber cogido a esas dos chicas para servir las mesas. Son perfectas. Las dos estudian enfermería. Seguro que eso las ayuda a ser organizadas, y

seguro que también les enseñan a conservar la calma en cualquier situación. ¡Qué bien reaccionaron con el tío ese que les tocó el culo! La víctima fue Louise, pero Muriel, la más cachas, se encargó del asunto. Se plantó delante del tío, le partió la cara y le preguntó sonriendo si el señor estaba satisfecho con el servicio y si deseaba algo más. Los que estaban alrededor aplaudieron, y la velada prosiguió sin más contratiempos. No suele ocurrir así.

Mireille se aburre. Va a la cocina para comprobar si los chicos lo han limpiado todo bien y se han puesto ya a lavar los platos. Una cosa menos que tendrá que hacer ella mañana por la mañana. Abre la puerta. Kim y Adrien están sentados sobre unas cajas de madera, apurando las copas de los comensales. Deben de llevar un buen rato porque están que se tronchan de risa. Cuando ven entrar a Mireille no se cortan y la invitan a beber con ellos. Su primera reacción es echarles la bronca. Pero son las dos de la madrugada, llevan quince horas currando sin parar, así que, por qué no...

Vuelve a la sala, indica a las chicas con un gesto que vayan ellas también a la cocina, coge una botella de champán de la nevera y la descorcha.

- Venga, es tarde y está lloviendo, os llevo a todos a casa. Gracias. Habéis currado como bestias y lo habéis hecho muy bien.

Levantán todos sus copas.

- ¡Salud! ¡Por nosotros!

Y a los chicos les parece divertidísimo añadir:

- ¡Y por todos los borrachos del mundo!

Es así, el alcohol vuelve tonta a la gente. Al menos eso es lo que piensan las tres chicas en ese momento, pero también es verdad que todavía no se han bebido su copa...

GOTERAS

La tormenta empezó a eso de las dos de la madrugada. Se puso a llover a mares, y soplaban violentas ráfagas de viento. Fue impresionante. En su casita, Marceline no pegó ojo en toda la noche. Se la pasó entera moviendo los muebles, poniendo cubos y barreños debajo de las goteras, y corriendo luego a vaciarlos fuera. Fue agotador.

Ahora va a comprobar el alcance de los destrozos.

Coge la escalera que guarda en el gallinero, la arrastra hasta la casa, la apoya contra la pared, retrocede unos pasos para ver si está donde tiene que estar y la desplaza varias veces. Veinte centímetros más a la derecha, diez más a la izquierda, y luego se asegura de que está bien apoyada. Todo eso chapoteando en el barro. En el momento de poner el pie en el primer barrote, cae en la cuenta de que subir con falda no es lo más práctico. Vuelve a entrar en casa, coge un pantalón de una balda y descubre entonces que toda su ropa está empapada por culpa de una gotera que no había visto y que cae justo encima del armario.

De nuevo ante la escalera, vacila. Canturrea nerviosa, armándose de valor. Pone un pie en un barrote, luego el otro, y se para para retomar aliento, intentando no mirar al suelo. No va ni por la mitad de la escalera, y ya le tiemblan las piernas. Siente vértigo. Levanta los ojos, ve las nubes que se amontonan; no va a tardar en llover otra vez. Sigue subiendo sin pararse, con los ojos cerrados. Cuando está arriba los abre y descubre el estado del tejado.

La lluvia cae, densa y fría. Marceline se ha puesto el chubasquero y lleva en los bolsillos todas las bolsas de plástico que ha podido encontrar. Vuelve a subir hasta el tejado, esta vez sin vacilar. Intenta desesperadamente tapar los agujeros entre las tejas con las bolsas de plástico hechas un gurrullo. Es consciente de que esa reparación no va a servir de mucho, pero por ahora no se le ocurre otra solución.

Muy concentrada en salvar su casa, no oye los ladridos de su perra, ni las voces de los niños que la llaman:

- ¡Señora! ¡Señora Marceline!

Ludo y el pequeño Lu gritan su nombre tan fuerte como pueden. Algo más lejos, Ferdinand se ha parado a mirar el tejado y constata, afligido, el alcance de los destrozos. La perra corre a su encuentro, se le pega a las piernas y le pone la cabeza en la mano para que se la acaricie. A Marceline ya no le quedan bolsas de plástico, así que emprende el descenso. Ve por fin a los niños al pie de la escalera, con las caritas, empapadas de lluvia, levantadas hacia ella. Llevan puestos unos chubasqueros demasiado grandes, y se ríen y bailan en los charcos.

- Tenemos zanahorias para su *Cornélius* querido y también manzanas... -canturrean.

Marceline no se atreve a mirar hacia Ferdinand. No tanto por el vértigo sino porque no quiere leerle en el rostro toda su consternación.

Y piensa que es una suerte que ahora la lluvia arrecie, porque así nadie verá sus lágrimas ni oirá sus sollozos.

En su refugio, *Cornélius* coge las zanahorias y las manzanas que le tienden los niños y se las come sacudiendo la cabeza.

- ¿Te alegras de vernos, *Cornélius*? ¿Te gustan las zanahorias? ¿Y las manzanas? ¿Podremos subirnos otra vez en la carreta?

El pequeño Lu está orgulloso de enseñarle a Ferdinand que el burro lo entiende todo.

- ¿Lo ves? ¡Y no nos creías!

Ludo asiente con aire entendido mirando a los dos viejos. Es como lo de Papá Noel: por su hermano pequeño, él hace que se lo cree. Es el privilegio de ser el mayor. O el inconveniente, según se mire...

Ferdinand ayuda a Marceline a cubrir el tejado con una lona. Cuando terminan le dice que tiene que llamar a alguien para que vaya urgentemente a arreglárselo de verdad. Ella mira para otro lado, y él no insiste. Un ratito después, añade que si mientras tanto quiere guardar sus cosas en su casa, a salvo de la lluvia, por él no hay ningún problema. Marceline se lo piensa un momento, luego entra en su casa y sale unos minutos más tarde cargada con un voluminoso objeto envuelto en una manta. Lo coloca con cuidado en el asiento trasero del coche de Ferdinand, como si de un bebé se tratara. Los niños sienten curiosidad. Ella les dice que es un violonchelo. Es frágil y no le gusta la humedad. Podría resfriarse si está mucho tiempo en una casa con goteras, como una persona. Así que lo confía a su cuidado hasta que le arreglen el tejado.

FERDINAND LLEVA A LOS NIÑOS A CASA

En el coche, el pequeño Lu preguntó en voz baja que por qué estaba triste la señora del burro. Y Ludo le contestó que era por la tormenta, el tejado de su casa había salido volando de podrido como estaba. Y ahora la señora Marceline se iba a morir de frío, seguro.

Se quedaron callados el resto del trayecto.

De vuelta en la granja, recorrieron todas las habitaciones vacías para encontrar el mejor sitio donde guardar el instrumento. Habían entendido muy bien las instrucciones: no podía estar demasiado cerca de una fuente de calor, ni demasiado lejos tampoco. Mientras buscaban, los niños le preguntaron a Ferdinand que por qué no le proponía a la señora Marceline que se fuera a vivir con él. Su casa era grande, había sitio de sobra, y su tejado no tenía goteras como el de la señora Marceline. Él les contestó riendo que no se conocían lo suficiente como para que le pudiera proponer algo así. Pero ¿por qué? Les explicó que, por lo general, uno sólo compartía casa con su familia, no era frecuente hacerlo con extraños. ¿Por qué? Pues porque en casa de los demás uno no se siente nunca del todo a gusto, ya que no se comparten los mismos gustos o las mismas costumbres. ¿Por qué? Ahí ya sólo contestó: pues porque no. Ludo protestó: «Porque no» no es una respuesta. Y Ferdinand estaba de acuerdo con él, pero como no se le ocurría ningún argumento prefirió zanjar ahí la conversación. Como si tuviera algo más importante que hacer que reflexionar sobre esas nimiedades.

Por fin encontraron el sitio ideal y dejaron el instrumento, todavía envuelto en la manta, sobre una mesa. Entonces levantaron la manta para ver cómo era, pero comprobaron que debajo había una funda, y ésa ya no se atrevieron a abrirla. La próxima vez le pediremos a Marceline que nos toque este violín tan grande, dijo el pequeño Lu. A los otros dos les hizo gracia.

Después de comer, Ferdinand llevó a los niños a su casa.

Cuando llegaron, Mireille estaba pasando la fregona por la cocina del restaurante. Les gritó que no pisaran por donde ya había limpiado, y tuvieron que esperar a que terminara para ir a darle un beso. Luego les avisó de que Roland seguía dormido, por lo que todavía iban a tardar un rato en poder subir a jugar a su habitación. Eso molestó a Ferdinand, pero hizo como si nada y se limitó a decir entre dientes «será idiota este hijo mío». Mireille fingió que no lo había oído y le ofreció un café. Ferdinand miró hacia fuera, a la calle. Se había puesto a llover otra vez a cántaros, y soplaban un viento muy fuerte. Rechazó el café, diciendo que tenía prisa, y, después de

despedirse con un beso de Ludo y del pequeño Lu, se marchó.

En cuanto cerró la puerta, Mireille se volvió hacia Ludo.

- Tenemos que hablar tú y yo.

Él ya sabía que le saldría caro lo de salir a la carretera con la bici tirando de su hermano pequeño. Normal, la idea había sido suya, y él era el mayor. Pero antes de que a su madre le diera tiempo a empezar a echarle la bronca, le preguntó con aire inocente:

- Por cierto, mamá, ¿habrá otro banquete la semana que viene?

- No, ¿por qué?

- No, por nada, por saberlo nada más.

El pequeño Lu, en cambio, no tuvo reparos en expresar más claramente su decepción.

- Vaya. Pues qué pena.

Lo cual enfadó a Mireille todavía un poco más.

Y a Ludo le cayó una buena bronca.

LUDO PREFIERE QUE LA BRONCA SE LA ECHE MIREILLE

Pues eso, que a mí me parece que aunque sea un rollo y a veces consiga hacerte daño con lo que dice -mi madre es un poco severa-, de todos modos es mejor cuando la bronca nos la echa ella y no Roland. Él siempre quiere darnos una torta o un azote. No me gusta la cara que tiene cuando se enfada porque pone los ojos en blanco. De golpe está muy rojo, y nos grita con voz aguda, como de mujer. En cuanto empieza, tenemos que apañárnoslas para acercarnos a la puerta porque así, si nos levanta la mano, podemos escaparnos. Nunca nos persigue por la escalera, sobre todo desde que se ha puesto tan gordo, porque se cansa y se pone a respirar muy fuerte, como un toro. Yo creo que un día se va a morir de un ataque al corazón. De todas maneras, si intentara alcanzarnos, Mireille se lo impediría seguro. A ella no se atreve a levantarle la mano, tiene demasiado miedo de que se vaya y no vuelva nunca más. Pero aun así dice siempre que, en cuestión de educación, la que tenía razón era su madre. Se llamaba Henriette, que es un nombre muy raro. Mamá le dice que odia a la gente que pega a los niños, que le parece horrible y que le recuerda a sus padres. Ellos le pegaban todo el rato cuando era pequeña. Hasta que un día vino la policía y se la llevó a vivir con el tío Guy y la tía Gaby. Ellos sí eran buenos con ella. No tenían hijos, y por eso la mimaron un montón. Aunque no sea verdad le dice a todo el mundo que sus verdaderos padres son ellos.

Cuando la bronca nos la echa mi madre, es muy sencillo: basta hacer como que sí, que estás de acuerdo con todo lo que dice, aunque se tire horas riñéndonos, y al final hay que llorar con lágrimas de verdad, echársele al cuello diciendo que sí, que lo hemos entendido, que ya no lo volveremos a hacer, y hala, se acabó. Después, algunas veces nos deja tomarnos un vaso de Coca-Cola y una bolsa de patatas antes de cenar. Un día mi hermano consiguió también que nos diera un polo. Estaba enfadadísima con Roland y le gritó muy fuerte que era culpa suya si había tenido hijos, y que por eso el pecho se le había puesto muy feo y todo caído. Si se hubiera quedado sola, no habría tenido hijos y todavía sería guapa. Mi hermano estaba en la puerta, lo oyó todo y se puso a llorar como un bebé. Cuando mi madre lo vio, ella también lloró, aún más fuerte que él. Y luego lo abrazó y le dijo que no era verdad, que no pensaba en absoluto esas cosas, que las había dicho sólo para fastidiar a papá.

Es posible.

Pero en lo de las tetas me parece que tiene razón. Un poco caídas sí que las tiene.

Bueno, el caso es que esa vez hasta nos dio un polo a cada uno, a mi hermano y a mí.
Y eso me mola un montón.

A FERDINAND LE ASALTA UNA DUDA

Al pasar por el camino que llevaba a casa de Marceline, Ferdinand redujo la velocidad pero no se detuvo. Se dijo que seguro que al final se tomaba a mal que la visitara tantas veces y tan seguidas. Hasta podía llegar a pensar que quería meterse donde no le llamaban. Y eso no iba nada con él, así que se volvió a su casa. Llovía a cántaros, no tenía ganas de hacer gran cosa salvo sentarse junto a la estufa y tomarse una copita de vino caliente. Pensó en encender la tele, pero antes de hacerlo echó un vistazo a la programación, y se le quitaron las ganas. No ponían más que series sin interés, iba a tener que buscar otra cosa con que distraerse. Subió al piso de arriba. Al ver los juguetes tirados por el suelo y la cama deshecha en la que habían dormido los niños, sintió una punzada de tristeza. Seguramente en ese preciso momento su madre estaría echándoles una buena bronca. Era normal, pero Ferdinand sólo esperaba que no fuera demasiado severa con ellos. Lo ordenó todo e hizo la cama. Y luego se puso a buscar a *Masmalo*, pero no lo encontró. Habría salido a dar una vuelta. Con la que estaba cayendo no creía que volviera muy pronto; al minino no le gustaba ni un pelo el agua.

Al bajar dio un rodeo por la habitación donde estaba guardado el violonchelo y levantó la manta que lo envolvía. Como los niños un rato antes, no se atrevió sin embargo a abrir la funda para ver lo que había dentro.

Por fin fue a la cocina y se puso a recorrerla de un extremo a otro, pensando en los destrozos que había provocado la tormenta en casa de su vecina, en los agujeros en el tejado, las goteras, el frío y la humedad que se habían adueñado de su casa. Se estremeció sólo de imaginarse ese frío. Intentó pensar en otra cosa, entretenerse escuchando la radio, haciendo crucigramas u hojeando un catálogo. Pero, una y otra vez, su mente volvía a centrarse en su vecina. Si se estrujaba la cabeza en busca de la definición de una palabra, inevitablemente levantaba los ojos al techo y volvía a ver las goteras. Escuchar la radio era peor todavía. No hablaban más que del índice récord de lluvia en esa época del año y de que las temperaturas estaban bajando. No había manera de pensar en otra cosa.

Se enfrascó, pues, en la lectura de su catálogo de bricolaje. Las últimas páginas, sus preferidas, estaban dedicadas a los inventos. Del estilo del concurso «Lépine», pero con cosas más prácticas. El recogemigas selectivo, el bastón telescópico atrapatarras, un utensilio para subirse los calcetines sin tener que agacharse y el pelador para zurdos. A Ferdinand le tentaba la esponja mágica que lo limpia todo sin frotar, desde el suelo hasta el techo, y por muy poco dinero, pero temía llevarse un chasco, prefería seguir soñando con que algo así funcionara de verdad: lo

mejor era rellenar cuidadosamente el formulario de pedido y no enviarlo nunca. Y eso fue lo que hizo, una vez más.

Al final del día se calentó los restos de espaguetis de la víspera, vio las noticias en la tele y, después de zapear un ratito, dio con una película del Oeste. Sólo que, por una vez, no le gustó. La protagonista era guapa, pero después de pasarse tres días cabalgando por el desierto perseguida por los malos, sin beber, comer, ni lavarse, seguía pareciendo recién salida de la peluquería, su maquillaje estaba impecable, y apenas se le había arrugado un poco la ropa. Por lo general esos detalles no le importaban, pero en esa película le pareció que exageraban.

Apagó la tele y se puso a ver caer la lluvia por la ventana.

El gato no había vuelto, se sentía solo y deprimido, así que se fue a la cama.

Pero no pudo pegar ojo.

Le hervía el cerebro, y sentía muchas emociones, todas mezcladas: tristeza, vergüenza, rabia, remordimientos... Estaba enfadado consigo mismo, se odiaba por su frialdad y su falta de humanidad. Encontró justificaciones para su actitud, pero no le convencieron. Entonces, incluso después de que hubiera vuelto su gato y a pesar de su ronroneo en el oído, que normalmente actuaba como un potente somnífero, pensó las cosas seriamente. Se planteó todas las preguntas: si, dónde, qué, cómo, sin olvidar por qué. Y las respuestas se le antojaron evidentes. Pero era demasiado sencillo, así que empezó a dudar. Cansado de cambiar tanto de idea, encontró una solución: al día siguiente pediría consejo a Guy y a Gaby, sus mejores amigos. Era lo más sensato. Justo antes de quedarse dormido, por pura costumbre se preguntó qué pensaría su difunta esposa de esa historia. Y entonces lo vio todo muy claro. Eran las cinco y media de la madrugada. Todavía le quedaban muchas cosas que hacer y muchas emociones sobre las que reflexionar. Pero, sobre todo, tenía que pulir un poco su idea. Sin molestar al gatito se levantó, se preparó un café y meditó un poco más mientras hacía tiempo hasta que fuera una hora decente para llamar a esa puerta.

FERDINAND ENSAYA SU PAPEL

Una vez delante de la puerta de la casa de Marceline, Ferdinand no se atreve a llamar. Ensaya mentalmente lo que le va a decir. Tiene que encontrar el tono adecuado y las palabras precisas. Es la mar de difícil. A ver... Buenos días, señora Marceline. Soy yo otra vez, Ferdinand. He vuelto para decirle que lo he estado pensando toda la noche, le he dado mil vueltas a todo este asunto, lo he sopesado, lo he analizado, lo he meditado todo y, francamente, se lo digo a las claras, ya no puede seguir en esta casa: tal y como está, es peligroso. Las vigas están demasiado deterioradas, y el tejado podría derrumbarse de un momento a otro. Tiene que irse de aquí, es urgente. Como sabe, vivo solo en la granja de al lado desde que mis nietos se mudaron, pronto hará dos meses. Hay varias habitaciones vacías y varias salidas independientes, así como todas las comodidades modernas. No hace tanto, allí vivíamos tres familias, ¿sabe?, tres generaciones. Sin molestarnos unos a otros. Así que nada, es muy sencillo, podría usted mudarse hoy mismo y quedarse hasta que terminen las obras en su casa, o sea, todo el invierno y parte de la primavera, supongo. Y, si quiere, hay sitio en el establo para su burro, un gallinero para sus gallinas y también...

Llama a la puerta.

La perra ladra y, al fondo, Marceline dice «adelante» con una voz apenas audible.

Está sentada en una silla, atontada y temblorosa, y tiene sobre el regazo al gato hecho un ovillo y con el pelo mojado.

- Ha vuelto. Creo que está herido.

- ¿Quiere que le eche un vistazo?

- Sí, por favor.

Ferdinand palpa al gato. Inquieta, la perra intenta impedirselo, le aparta la mano con el hocico y gimiendo le implora que pare. Él la acaricia y, con tono tranquilizador, dice que le parece que no tiene nada roto pero que se ha debido de pelear como una fiera, porque tiene costras por todas partes. En dos o tres días estará como nuevo, no se preocupe: los gatos son resistentes. Marceline suspira y se muerde los labios para no llorar.

Al cabo de un rato, Ferdinand la ayuda a levantarse de la silla y le pone el chubasquero sobre los hombros.

- Vamos, no puede quedarse aquí.

Coge al gato en brazos y sale de la casa el primero. Marceline y la perra lo siguen.

LA INVITACIÓN

Marceline duerme en el sofá, con el gato hecho un ovillo en el regazo y la perra tendida a sus pies. Ninguno de los tres tiembla ya. Ferdinand aprovecha para volver a la casita, salvar lo que puede estropearse más con el agua y cubrir el resto con lonas. Cuando vuelve, Marceline sigue dormida. Tiende a secar la ropa que ha cogido de su armario y vuelve a marcharse, esta vez acompañado de la perra, para dar de comer al burro y a las gallinas.

Está anocheciendo. Ferdinand vuelve a su casa, echa más leña a la estufa y pone la sopa a calentar. Entonces aparece por ahí *Masmalo*, que cree que ya es hora de cenar. Se encuentra de bruces con la perra, y es como si hubiera recibido una descarga eléctrica: se le eriza el pelo, se le dilatan las pupilas, arquea el lomo, se pone a dar saltos, escupiendo como un poseso, y termina escapando a todo correr para esconderse. Al cabo de un rato le puede la curiosidad, y vuelve para examinar a los recién llegados. El viejo gato está dormido, por ahora por ese lado no hay peligro. La perra en cambio lo mira, ¡con las orejas gachas y moviendo el rabo! ¿Eso qué quiere decir? Cuando él hace eso es porque está muy nervioso. Pero ella en cambio parece contenta, hasta se diría que quiere jugar. Es la primera vez que *Masmalo* ve un perro, no es de extrañar que no sepa bien cómo comportarse.

Ferdinand les deja que se las apañen solos y va a la bodega a buscar una botella de vino. Pone la mesa y mordisquea un mendrugo de pan para matar el hambre. La sopa sigue calentándose al fuego. Cuando pasa por delante, levanta la tapa para ver cómo anda. La prueba. La encuentra demasiado espesa, por lo que le añade un poco de agua y remueve. Consulta su reloj. Ya hace más de tres horas que Marceline y su gato duermen en la misma postura. Empieza a ser preocupante. Se acerca y se inclina para escuchar las dos respiraciones. La mujer ronca muy ligeramente, y el gato también. Ferdinand se queda más tranquilo. En ese preciso momento, Marceline abre los ojos, lo ve inclinado sobre ella y pega un grito. Ferdinand y el viejo gato dan un respingo, la perra ladra, y el gatito escapa corriendo.

La mujer mira a su alrededor, totalmente desorientada.

- No sé... qué ha pasado.

- ¿La tormenta? ¿El tejado?

- ¿Se ha venido abajo? ¿Es eso?

- No, no, sólo hay goteras. Pero muy grandes.

Marceline se levanta con el viejo gato en brazos.

- ¡*Cornélius*!

- He ido a darle de comer a su burro. Y a sus gallinas también. Pierda cuidado.
- Está usted seguro de que...
- Sí, sí.

Sirve un plato de sopa, la invita a sentarse y se lo pone delante. También le ofrece una copita de vino. Marceline no se atreve a rechazarlo. Después de un par de sorbos ha recuperado el color en las mejillas y ya casi sonrío. Hablan de cosas sin importancia, a ella le relaja no tener que pensar en nada por ahora.

Al terminar de cenar, le da las gracias por su ayuda, por su amabilidad, por haber pensado en dar de comer a su burro y a sus gallinas mientras ella dormía, qué detalle, y también por haberla invitado a cenar. Ya se encuentra mucho mejor, pero se hace tarde y tiene que volver a casa. Se levanta, se pone su chubasquero y recoge su ropa, que él había puesto a secar. Ferdinand está muy afligido. Esperaba poder darle a entender su intención sin llegar a expresarla con palabras, pero no le ha salido bien. Ahora va a tener que decírselo, va a tener que encontrar las palabras adecuadas. Para ganar un poco de tiempo le pregunta si, antes de marcharse, le apetece visitar la casa. Ella le dice que sí, pero sólo por educación. Recorren las habitaciones que se han quedado vacías desde que su hijo, su nuera y sus nietos se mudaron. Luego suben al piso de arriba. Ferdinand sigue esperando que le venga la inspiración. Por fin se lanza a una introducción alambicada y confusa en la que habla de una idea, que no es del todo suya, porque mire usted por dónde, tiene gracia pero la cosa se les ocurrió a sus nietos, pero bueno, el caso es que -y ahí se embala y no hay quien lo pare- ya que su casa no es habitable por ahora, y visto que él tiene sitio de sobra en la suya, le parece normal proponerle, y, por supuesto, le alegraría mucho que ella aceptara, que se instale allí. Son de lo más lógicos mis nietos, ¿no le parece? Así que mire, ésta es precisamente la habitación donde va a dormir esta noche. La cama está hecha, no tiene más que acostarse. Mañana estará más descansada y podrá pensar tranquilamente en cómo organizarse. Buenas noches, señora Marceline. Ah, una última cosa, qué prefiere desayunar, ¿café o té?

- Té.
- Pues tengo, mire qué bien.

Al salir le acaricia la cabeza a la perra y cierra la puerta. Está contento, ha conseguido decirlo todo y le parece que se ha mostrado persuasivo. Tampoco era tan difícil. Y mañana ya se verá lo que decide Marceline.

Ella se queda un rato largo inmóvil, sin quitarse el chubasquero, con el gato en brazos y la perra a los pies; como si su cerebro hubiera sufrido un cortocircuito.

- Pero... ah, bueno, pues sí, buenas noches...

TÉ PARA DESAYUNAR

- ¿Dos cucharaditas? Vale. Y una vez que echo el agua hirviendo, ¿cuánto tiempo la dejo? ¿Cómo que depende? Ah, ¿que para que esté un poco fuerte pero no demasiado hay que dejarla cinco minutos? Está bien, está bien. Bueno, pues gracias por la explicación. Y Gaby, entonces, ¿está mejor de su gripe?... Mierda... No lo sabía, Mireille no me ha dicho nada... ¿Prefieres que se lo diga yo? De acuerdo. Pufff, pues vaya, hombre, lo siento. Oye, si necesitas algo, no dudes en llamarme, ¿eh? ¿Me oyes, Guy? Me llamas, aunque sea en plena noche. Si no ¿para qué están los amigos? Dale muchos besos de mi parte. Luego me paso a veros. ¿Que mejor mañana? De acuerdo, Guy. Hasta mañana, hombre.

Ferdinand mira el reloj. Son las siete, aún no ha amanecido. Rebusca en el aparador y por fin encuentra lo que necesita: una gran tetera y una taza con su platillo a juego. Todo eso lo ganó Henriette en una tómbola. O en un concurso, quizá. Da igual, lo que fuera, se apuntaba a todos. Seguramente aspiraba al premio gordo, el centro de planchado, pero tuvo que conformarse con el juego de té. No lo utilizaron nunca porque a ella no le gustaba el té, prefería la achicoria. Ferdinand enjuaga la taza en el fregadero, la seca y lo deja todo en la mesa junto a la lata dorada donde guarda el té. Queda bastante bien.

El hervidor avisa con un silbido de que el agua está lista.

La vierte poco a poco en el filtro de la cafetera. Se pone a pensar en la conversación con Guy. La noticia sobre Gaby... Qué golpe más brutal. Me *cagüen* la pena negra, qué putada. Y Guy se va a quedar solo. Puede que no lo soporte. Esos dos siempre han estado juntos. Y ahora de golpe, zaca... Por más vueltas que le da, a Ferdinand no se le ocurre otra pareja que se haya querido tanto como Guy y Gaby. Se emociona al pensarlo. No es que les tenga envidia. Él no habría aguantado como ellos estar siempre a sol y a sombra con alguien, pero le gusta que exista gente así.

El sonido de unos pasos corriendo por la escalera lo saca de su ensimismamiento. Asoma *Berthe* en la cocina y se le pega a las piernas moviendo el rabo y con la lengua fuera, seguida de cerca por el pequeño *Masmalo*. Ferdinand lo levanta con una mano y lo abraza, y con la otra mano le acaricia la cabeza a la perra. Esos dos parecen congeniar, así que por ese lado las cosas marchan.

Deja la tetera delante de Marceline y él se sirve un tazón de café. Beben en silencio. Por fin le pregunta qué tal ha dormido. Muy bien, gracias. ¿Está mejor su gato? Duerme desde ayer, pero no

ha comido nada. Es normal, se está recuperando. Ojalá sea eso. ¿Ha pensado en lo que le...? Un poco. Ferdinand espera un instante. Ella no aprovecha la ocasión para decirle lo que ha decidido. Él se dice que el momento lo tiene que elegir ella, y cambia de tema haciéndole otra pregunta. Conoce a Gabrielle, ¿verdad? ¿Quién? La mujer de Guy, una pareja de viejos agricultores como él. Ah, Gaby, claro, son amigas, van siempre juntas a la biblioteca, pero hace quince días que no... Ya no va a poder ir más a la biblioteca. ¿Por qué? Se acabó lo que se daba. Le cuesta entender esa expresión. Hasta aquí hemos llegado. Eso quiere decir que... Sí, no le queda mucho tiempo. Oh...

- Mañana voy a ir a visitarla. ¿Quiere...?

- Sí, por favor.

- Le hará ilusión verla.

MARCELINE NO LO ENTIENDE

Después de desayunar, Marceline se puso el chubasquero y las botas y se marchó con la perra. Las dos tenían prisa por volver a casa. A lo lejos oyeron rebuznar a *Cornélius*. Cuando llegaron al principio del camino que lleva al patio, el animal las alcanzó trotando. Había conseguido abrir la puerta de su cercado, como de costumbre, y se había ido al huerto a buscar algo de comer. Al no encontrar nada, había vuelto al patio a quejarse sonoramente. Marceline lo acarició largo rato, le murmuró palabras cariñosas al oído y también lo regañó un poco al comprobar que había pisoteado las coles en su paseíto. Luego se acercó a la casa y abrió la puerta despacio. La lona del tejado no había aguantado. Medio arrancada, golpeaba contra la pared de la casa al capricho del viento. En el suelo había cuatro dedos de agua. El panorama era de lo más lúgubre.

Una hora más tarde se pone a llover otra vez.

Ferdinand lava los cacharros del desayuno, oye ladrar y va a abrir la puerta. Al hacerlo encuentra a *Berthe* en el umbral. La perra se sacude el agua con aplicación, empapándolo de arriba abajo. Al verlo, se le arrima a la pierna, terminando así de mojarlo por completo y, tras recibir su dosis de caricias, corre a tumbarse junto a la estufa.

Marceline cruza el patio de la granja, abrazada a dos grandes jarrones. El viento le ha arrancado la capucha del chubasquero, tiene el cabello empapado, y el agua resbala por su rostro.

Se planta delante de él y lo mira fijamente a los ojos.

- No tengo para pagar un alquiler, de sobra lo sabe.

- Yo no le he pedido nada.

- ¿Por qué?

- Porque es normal.

- ¿Qué es lo que es normal?

- Ayudarse unos a otros.

- No lo entiendo. Prácticamente nunca nos hemos dirigido la palabra, ni nos hemos estrechado la mano siquiera, apenas si sabía usted que yo existía y, de pronto, me propone...

- Ya lo sé. Pero no le dé más vueltas a eso, señora Marceline. Entre.

Se aparta de la puerta para dejarla pasar. Ella vacila un momento y al final se decide a entrar. Ferdinand quiere ayudarla a llevar los jarrones. Ella se aparta bruscamente, los abraza con fuerza y sube corriendo la escalera.

Cuando vuelve a bajar, luce una sonrisita contrita, como si quisiera disculparse por su reacción. Él le dice que no se preocupe, todos tenemos nuestras manías, no tiene importancia. Ella

le contesta que algún día -pero no enseguida porque se echaría a llorar seguro, son demasiadas emociones a flor de piel- le explicará por qué prefiere llevar ella misma esos jarrones. No es una historia muy larga.

MUDANZA

Ferdinand enganchó el remolque al tractor, y Marceline, la carreta a su burro. Cargaron todas sus cosas en menos de una hora. Lo que más tiempo les llevó fue el armario. Lo tumbaron y lo deslizaron por el suelo hasta la puerta, pero allí se quedó atascado. Ferdinand empujó, tiró y se afanó como un loco para intentar moverlo, pero fue en vano. Al poco rato, Marceline empezó a reír y a reír. Él se preocupó, pensando que era un ataque de nervios, pero enseguida vio que no, que era la situación en sí lo que le parecía tan divertido. Eso lo dejó pasmado. Que a esa mujer todavía le quedaran ganas de reírse, con todo lo que tenía encima, era... asombroso. ¡A él desde luego le dejó estupefacto! Se puso otra vez a empujar el armario, pero nada, erre que erre que no se quería mover. Así que Marceline decidió por fin que no pasaba nada por dejarlo ahí; para tan poco tiempo no valía la pena deslomarse, tampoco tenía tanta ropa que guardar. Podía vivir sin su armario.

De vuelta en la granja, amontonaron sus cosas en la habitación que los niños habían elegido para el violonchelo. En la planta baja, no muy lejos de la cocina. Una habitación pequeña y muy luminosa. Todo lo contrario de su casa.

Se decidió por ésa en concreto porque la ventana daba al establo donde vive ahora *Cornélius*. Al animal lo tranquilizará verla, y ella podrá vigilarlo. Nada más llegar, el burro se puso a estudiar el candado que cierra la puerta de su box; no tardará en averiguar cómo abrirlo, dos o tres días como mucho. El problema es qué hará luego, una vez fuera: le gusta pasearse a su aire, visitar los alrededores, sobre todo los huertos. A lo mejor a Ferdinand no le hace ni pizca de gracia encontrarse huellas de cascos en sus cultivos. Eso sólo le divierte a ella. Y no siempre...

Termina de guardar sus cosas. Oye un ruido y se vuelve, dando un respingo. Con la nariz aplastada contra el cristal y la mirada torva, *Cornélius* la observa.

Así que si Marceline quiere tener un poco de intimidad no le va a quedar más remedio que poner unas cortinas en la ventana.

GUY Y GABY

Guy peina el cabello de Gaby. Lo tiene tan fino y tan frágil que le da miedo estropeárselo, así que apenas lo roza con el cepillo, lo justo para alisarlo. Cuando termina le pregunta si quiere sujetarse el mechón con una horquilla. Sí que quiere. Busca su preferida, la de la flor blanca y grande. Una camelia, ¿no? Ella refunfuña, se lo ha repetido mil veces: gar-de-nia. Pero él nunca se acuerda. Hala, ya está lista. Él le sonríe. Ella ve en sus ojos que la encuentra guapa. Desde que volvió, ya no le trae su espejo, le contesta con evasivas, le dice que lo ha perdido cuando Gaby lo reclama. Ella cree que lo ha roto y no se atreve a reconocerlo, y por eso miente, como un niño que tiene miedo de que le regañen. Miente sólo un poco, no mucho. Bueno, lo necesario. En cuanto al espejo, a Gaby no le importaría saber que se ha hecho añicos, al contrario; desde hace algún tiempo ya no le gusta nada mirarse en él. Se habrá oxidado, o puede que el fondo se haya combado, el caso es que ya no se reconoce en el reflejo. En los ojos de Guy, al menos, sigue siendo Gaby. Él no se queda en la superficie, como ese espejo de pacotilla. Él va a buscarla a lo más hondo de sí misma, allí donde se esconde, y la ilumina con su amor.

Con él a su lado, sabe que cuando llegue el momento no tendrá miedo.

Guy ha sacado las pastas y ha preparado café y té para los invitados.

Ferdinand y él salen a dar un paseo por el jardín, a fumarse una pipa, mientras Marceline le da un masaje a Gaby en las piernas. Le sienta bien. Lleva quince días sin poder levantarse de la cama y empezaba a tener problemas de circulación. Pero después del masaje vuelve a notar que la sangre fluye. Y además ahora siente menos frío. Tiene ganas de hablar y le pide a Marceline que se acerque, así no necesita forzar la voz. Pese a la delgadez, el agotamiento y las dificultades para respirar, sigue teniendo destellos de alegría en la mirada. Le pide que le cuente de *Cornélius*, qué trastadas ha hecho tu burro de esas que hacen tanta gracia. Marceline le cuenta que aprendió a abrir el candado del cercado, luego se fue a dar un paseo por el huerto y le pisoteó las coles para castigarla por haberlo dejado solo una noche entera. Tiene narices el burro este, oye. Pero luego se le borra la sonrisa de la cara. Así que ya ves, Marceline de mi alma, se me acaba el tiempo. Sí, Gaby, ya lo veo. No pensaba que fuera a ocurrir tan pronto, hay cosas que ya echo de menos. ¿Cuáles? Cuéntame. Me hubiera gustado vivir la primavera una última vez, los brotes en las ramas de los árboles, el espino, el aroma de las lilas, el zumbido de las abejas libando las flores... ¿Y qué más? Oírte tocar el violonchelo, también. Oh, Gaby, no, por favor... ¿Te acuerdas del disco que me pusiste una vez? Era muy bonita esa música. Pero Gaby, si sabes que no puedo... Bueno, no pasa nada. Me hubiera gustado, nada más. Anda, corre, ve a buscar a Ferdinand, que si no voy

a estar demasiado cansada ya para hablar con él.

Ferdinand se sienta junto a su cama.

Tú siempre tan presumida, ¿eh, Gaby?, con tu horquilla y tu camelia. Ella refunfuña: ¿guarda. Ah, sí, es curioso, nunca me acuerdo de esa palabra.

Le indica con un gesto que se acerque más a ella y le habla al oído. Le dice que cuando ella ya no esté, tendrá que velar por Guy. Porque al principio puede que le cueste un poco vivir sin ella. Le tendrá que recordar las cosas que tiene que hacer, sus responsabilidades. Mireille y los niños lo van a necesitar. Gaby tiene miedo de que se olvide de ellos. Y si alguna vez le entran ganas de reunirse con ella, estaría bien que le dijera que tendrán tiempo de sobra para estar juntos. Toda la eternidad quizá, ¿no? Mira a Ferdinand, esperando su respuesta. Él está emocionado, le da un beso en la frente. Claro que le dirá todo eso a Guy, y lo meterá en cintura si es necesario, faltaría más. Puede contar con él. Gaby sonrío y cierra los ojos, agotada de haber hablado tanto rato. Bueno, ahora ya puede descansar tranquila.

GABY HUELE A VIOLETA

Cuando Mireille se enteró de lo de Gaby, quiso llevarla otra vez al hospital. Tenía que ser un error, alguien tenía que haberse confundido de historial, todo había empezado con una simple gripe, ¿no? ¿Por qué nadie quería escucharla? Y luego lo entendió: no era ningún error, Gaby se iba a morir de verdad. Se sintió traicionada. Por segunda vez en su vida, una madre la abandonaba. Nunca podría perdonarlo. No fue a verla en dos días. Al tercero, Guy fue a buscarla a su casa. Lloraron mucho los dos. Al final se miraron y se abrazaron. Compartían la misma pena. Juntos intentarían seguir adelante.

Al día siguiente, Marceline llamó a Gaby para decirle que se pasaría a visitarla a última hora de la mañana. Su amiga ya estaba muy débil, pero le pidió a Guy que la preparase especialmente para la ocasión. Eligió su vestido negro, el del cuello de encaje. Y quiso también que la peinara. Guy le rozó el cabello con el cepillo y, para que no se le cayera el mechón sobre la frente, le puso una horquilla, la de la gardenia. Para terminar, Gaby reclamó también una gotita de perfume detrás de los lóbulos. El de violeta, un toquecito de primavera. Y, hala, ya estaba lista. Entonces llegó Marceline. Le temblaban las manos al abrir la funda del violonchelo. Se sentó junto a la cama y cerró los ojos antes de empezar. En el momento de levantar el arco ya no temblaban en absoluto. Tocó la misma pieza que la del disco que Gaby había escuchado. Y a ésta le pareció aún más bonita al oírse la tocar a ella. Cuando terminó, juntó las manos para aplaudir pero no tuvo fuerzas para hacerlo. Le indicó con un gesto que se acercara y la besó en la mejilla. Marceline le dio las gracias. Gaby protestó: no, la que te da las gracias ahora soy yo. Es la primera vez que me ofrecen un concierto. ¡Mecachis en la mar, me hubiera fastidiado mucho perderme algo así!

Se echaron a reír como niñas, abrazadas la una a la otra. Y Marceline murmuró: «Allí donde vas, a lo mejor te encuentras con mis hijas...» «Sí, les daré un beso de tu parte, te lo prometo.»

Tres días después, Gaby murió.

Guy estaba a su lado. Le tomó la mano, y ella no sintió miedo.

LA CARTA DE LUDO (SIN LAS FALTAS DE ORTOGRAFÍA)

Querida tía Gaby:

Espero que estés bien y que haga más calor allí donde estés que aquí. Anoche heló, y el tío Guy tuvo que meter en casa tu limonero, si no seguro que fuera se habría muerto, para que te hagas una idea del tiempo que hace aquí. Ya estamos en invierno.

Te escribo esta carta porque hay cosas que quería decirte y antes no me dio tiempo.

He roto la lámpara con el tiovivo que da vueltas que me regalaste por mi cumple, pero ha sido sin querer. Estaba muy en el borde de la mesa, y se me enganchó el pie en el cable. Después Roland quiso darme una bofetada, como siempre, pero mamá no le dejó. Estoy hasta el gorro de mi padre, ¿sabes? Me pregunto cuándo se van a divorciar. Mamá se enfada todo el rato con él, y un día hasta le dijo que era un gilipollas. Sé que no debería contarte esto porque al fin y al cabo es un poco tu hija y a lo mejor no te gusta que diga palabrotas. Pero si alguna vez crees que no la has educado bien, yo te puedo asegurar que no es verdad, que lo has hecho muy bien. No tienes por qué preocuparte. Y además, te tiene que dar igual porque las palabrotas no quieren decir nada en realidad. Yo digo muchas y sé que no quieren decir nada de nada. Las que tú decías me gustaban mucho. Me hacía gracia cuando te enfadabas y decías jolines. Mi hermano dice mucho jolines, y también mecachis, como Ferdinand. Es pequeño, por eso no importa, no queda ridículo. Los chicos de mi clase decimos palabrotas de verdad como joder o hijo de puta. Pero es porque somos mayores.

Antes, cuando todavía estabas aquí, mamá no tenía tanto miedo de todo. Ahora quiere que estemos todo el rato con ella y, si nos caemos o nos resfriamos, enseguida piensa que nosotros también nos vamos a morir. Es un rollo. Espero que se le pase pronto.

El tío Guy está triste, pero intenta que no se le note cuando vamos a su casa. Quiere que creamos que todo va bien. A veces intenta hacer chistes, pero no tienen gracia, por eso no siempre nos reímos. Mireille también hace como que no sufre. Pero una vez la oí llorar por la noche. Es normal llorar cuando tu novia te deja o ya no tienes mamá. Yo al menos lloraría si ya no tuviera mamá. Pero si ya no tuviera papá me daría igual.

Bueno, ya está, tía Gaby, esto es todo lo que quería escribirte.

Si alguna vez quieres contestarme o decirme algo, estaría bien que pudieras meterte en mis

sueños. Intentaría recordarlos al despertarme por la mañana.

Un beso muy fuerte.

Firmado: Ludovic.

Tu sobrino nieto querido que tanto te quiere.

Mi hermano quiere que escriba en esta carta que él también te manda un beso. He visto el dibujo que te ha hecho: es una mariposa. Y ya verás qué firma más fea te ha puesto.

LUDICEN

SIMONE Y HORTENSE ESPERAN

Las once.

Hace una hora que Simone y Hortense esperan, sentaditas en sus sillas delante de la puerta, haciendo punto.

Esa mañana se levantaron más temprano que de costumbre. Lo primero que hizo Simone fue añadir leña a la estufa, y luego puso la cafetera al fuego para calentar el café del día anterior. Después volvió arrastrando los pies a la habitación con Hortense, y, juntas, sacaron del armario los vestidos negros, las chaquetas de color gris jaspeado, las medias de lana que hacen bolsas en las rodillas, los botines forrados y los abrigos de invierno con el cuello de falso astracán. Hacía tiempo que a esa ropa no le daba el aire. Olía a cerrado y un poco a naftalina también. Hortense se preguntó cuánto tiempo hacía que no... Pero ni siquiera le dio tiempo a terminar la frase, porque Simone le contestó enseguida:

- Un año justo. Cuando murió Alfred.

- ¿Alfred? ¿Y ése quién era, a qué se dedicaba?

- ¡Era herrero, mujer, piensa un poco!

Justo en ese momento, en la cocina, el café empezó a hervir, y Simone corrió a retirar la cafetera del fuego, perseguida por Hortense que exclamaba con voz chillona: ¡si el café hierve, al fregadero! Por supuesto, Simone se irritó con ella. Pero, así y todo, se lo bebieron. No estaba bueno, y encima tampoco tenían azúcar. Un olvido en la última lista de la compra. Qué se le iba a hacer, Hortense tenía lagunas.

En el alféizar, un gato cojo y con una oreja medio arrancada se puso a maullar de una manera que daba pena verlo. Simone le abrió y, levantando la voz para que la oyeran bien desde la casa de al lado, dijo:

- Tienes hambre, amigo mío, ¿a que sí? Anda, ven, que nosotras sí te vamos a dar tu lechecita. Vamos, hombre, es que no hay derecho...

Cerró la ventana y siguió mascullando:

- Serían capaces de matar de hambre al pobre animal. Esa gente no tiene corazón, te lo digo yo.

Tras servirle un gran cuenco de leche, se sentaron las dos a verlo beber. El gato se tomó su tiempo, se alisó los bigotes y se limpió el hocico. Justo en el momento en que iba a saltar sobre el regazo de Simone para su dosis matutina de caricias, ésta se levantó de un salto, lo rechazó con bastante brusquedad y le abrió la ventana para que saliera.

- ¡Largo de aquí, vamos! Las caricias, mañana. No, si todavía llegamos tarde por culpa del bobo este. ¡Hortense, por Dios, que son las nueve! Hay que espabilarse.

Y corrió a encerrarse en el retrete. Hortense le echó un vistazo a su recordatorio, colgado en la pared con chinchetas junto al aparador. A las nueve: periquitos. A las nueve y diez: asearse. Lo que ella pensaba. Así que abrió la jaula, cambió el agua y colgó una ración nueva de alpiste. A continuación se puso a mirar comer a los pájaros.

Y, en ese momento, se quedó en blanco.

Sí, había visto de reojo que el reloj marcaba ya las nueve y diez. Y recordaba muy bien que tenía algo que hacer. Peor aún, sabía el qué. Pero, de pronto, nada, no tenía ganas de moverse, no tenía ganas de nada. Bueno, sí, de una cosa nada más: quedarse donde estaba, mirando a los pájaros. Y eso fue lo que hizo. Al cabo de un rato se dijo que cuando Simone saliera del retrete, después de hacer de vientre, no le iba a gustar nada. Tenía que espabilarse, que hacer memoria. Así es que cerró los ojos y, de prisa, repasó el recorrido mentalmente, como un deportista de alto nivel antes de una carrera. Las diez y diez: asearse. Abrir el armario de debajo del fregadero, sacar los dos barreños, coger las manoplas de baño y el cucharón, sacar el agua caliente de la olla puesta al fuego, con cuidado de no derramarla, llenar el barreño de Simone, el rojo, y después el suyo, el azul, ponerse la manopla de baño, frotarla con jabón, y luego lavarse, empezando por la cara y el cuello, luego las axilas, luego la entrepierna...

Pero seguía sin moverse. Entonces empezó a asustarse.

En ese momento Simone salió del retrete. Se dio cuenta de que algo no iba bien. Se acercó a Hortense muy despacito, le cogió la mano y le habló en voz baja, casi un susurro. Como si Hortense fuera sonámbula.

- No pasa nada, Hortense. Mírame, mírame. ¿Ves?, no estoy enfadada. De todas formas, qué mas da que nos lavemos o no, nadie se va a dar cuenta. Será nuestro secreto, tuyo y mío. Lo que nos vamos a divertir, ya lo verás. Cuando la gente se acerque a darnos un beso, nada de mirarnos, ¿eh? Porque si no, yo no podré aguantarme la risa. Y, oye, si olemos muy mal, ¡pues nos ponemos un poco más de colonia que de costumbre, y listo!

Hortense ahogó una carcajada.

Se vistieron. Se echaron mucha colonia, soltando grititos. Después se sentaron en sus sillas, delante de la puerta principal, y sacaron las agujas de hacer punto y los ovillos de lana.

Ahora son las once. Hace ya más de una hora que tejen mientras esperan a que alguien venga a buscarlas.

Hortense da cabezadas. Ya no se acuerda muy bien de dónde tienen que ir hoy, pero se fía de Simone. Ella no tiene lagunas de memoria. Ni siquiera necesita apuntarse las cosas, se acuerda de todo. Si no estuvieran juntas, Hortense estaría perdida. Por completo.

UN POCO MÁS TARDE, EN CASA DE GUY

Roland se ocupó de la comida. Nada complicado, pero quería que fuera reconfortante porque hacía frío, como siempre en Todos los Santos. Así pues, de menú se decantó por una buena sopa de verduras, y a la de los niños le añadió un puñadito de letritas de pasta, esperando que les hiciera ilusión. Y luego preparó también empanadillas de carne y pastelitos de patata. Llenaban mucho y se podían comer sin cubiertos, algo de lo más práctico, porque así no tendrían que fregar tantos cacharros.

Ahora está calentando vino especiado. A la gente le había gustado, ya casi no quedaba.

Todos tienen las mejillas coloradas y los ojos brillantes, y hablan alto. Pero no es sólo por el vino: hay mayoría de viejos entre los presentes y algunos están un poco duros de oído.

Mireille charla con Marceline en un rincón.

Es la primera vez que intercambian más de tres frases seguidas. Ahora todo es distinto. Marceline y Gaby eran amigas, y eso une, claro. Mireille le da las gracias por haber tocado el violonchelo para su tía. Fue un momento muy dulce, muy relajante. No sabía que Marceline fuera música. Nunca lo hubiera imaginado siquiera, con la de tiempo que hace que la ve con su carreta y su burro, vendiendo fruta y verdura en el mercado... Marceline le explica. Lo del otro día fue sólo porque Gaby se lo había pedido, no pudo negarse. Pero hace mucho tiempo que ya no toca. Años. Mireille no se atreve a preguntarle por qué, debe de ser por algo grave. Se lo preguntará la próxima vez, o cuando se conozcan mejor. Mientras tanto, le dice que le encantaría que sus hijos aprendieran a tocar un instrumento. Ludovic y Lucien, sus dos Lulús. Tiene que planteárselo en serio.

Ferdinand, Raymond y Marcel salen con Guy al jardín. Se sientan los cuatro en el banco, mirando al frente sin decir nada.

Pero apenas llevan un rato cuando llegan Mine y Mélie, muy afligidas.

- Las hermanas Lumière, nos hemos olvidado de ellas.

Los cuatro hombres se levantan de un salto.

- Mierda, es verdad.

Entran en casa muy deprisa, se ponen las chaquetas, vuelven a salir y se reúnen delante del coche de Ferdinand, aparcado un poco más allá. Guy le quita las llaves de las manos, es el único que sólo se ha tomado un vaso de vino. Arranca el motor. Los otros tres lo siguen a pie.

La casa está a menos de cincuenta metros. Una vez en la puerta vacilan, incómodos, pensando en qué decir para disculparse. Pero alguien abre antes de que les dé tiempo a llamar. Es Hortense, que, justo en ese momento, lo recuerda todo.

- ¡Figuraos que pensábamos que el entierro era esta mañana! Hay que ver cómo estamos, qué cabeza, ¿eh?

Los cuatro hombres se inclinan para besarlas, y Simone ahoga una risita. Hortense la mira enfadada, pero es inútil, al contrario, ahora Simone ya no puede contener la risa.

Hortense se siente incómoda. Empuja a Simone hasta la calle.

- ¡Hala, vamos, sube al coche!

Y, un poco más discretamente, añade:

- Pero deja ya de reírte. ¿Qué van a pensar de nosotras? Me estás haciendo pasar mucha vergüenza.

LAS VISITAS A GUY

Ferdinand.

Los días siguientes al entierro.

Ferdinand va a ver a Guy, se planta en su casa sin avisar. Si su amigo no acude a abrirle, rodea la casa y entra por la puerta de la cocina, que está siempre abierta. Es consciente de que se está abandonando, se olvida de comer, de lavarse y, algunos días, hasta de levantarse de la cama. Sólo hace un esfuerzo cuando Mireille va a visitarlo con los niños, los miércoles y los sábados. Esos días se pone ropa limpia, ordena un poco la casa y abre las contraventanas. Pero el resto del tiempo es capaz de quedarse sentado sin hacer nada durante días enteros. Ya no se interesa por nada, salta a la vista.

Ferdinand está preocupado. Intenta encontrar pretextos para sacarlo de casa. Le propone ir al bar a saludar a los amigos y a jugar al dominó, pero a Guy no le apetece. Aparte de Mireille y los niños, sólo hay una cosa que lo saque de su letargia: hablar de Gaby. Entonces sí que se anima. Necesita recordar, expresarse. Le asusta mucho olvidar algo relacionado con ella. Ferdinand lo escucha. Sabe muy bien que Guy va a necesitar tiempo para acostumbrarse a vivir sin Gaby. Meses, o quizá años. Puede incluso que no se le cierre nunca la herida. Es probable. Pero lo que es seguro es que no piensa darle la espalda. Lo prometió. Pero no sólo por eso: a él nunca se le pasaría siquiera por la cabeza darle la espalda a un amigo.

Marceline.

Sábado, al terminar el mercado.

Después de cargar sus cajas de frutas y verduras en la carreta, Marceline va a ver a Guy. Llama a la puerta, pero él no acude a abrir. No se oye un solo ruido en la casa, nada. La rodea, pasa por el jardín y llama con los nudillos en el cristal, como antes, cuando iba a buscar a Gaby para ir juntas a la biblioteca. Acercándose mucho a la ventana alcanza a distinguir una silueta. Guy está sentado a la mesa de la cocina, con la mirada perdida, sin reaccionar. Ella abre la puerta y va a sentarse a su lado. Espera con paciencia a que Guy vuelva la cabeza y la mire. Tiene los ojos hundidos, como si sólo vieran interiormente. Su voz apenas es audible.

- Ya no tiene sentido.

A Guy no le da vergüenza decirle eso a Marceline, ella sabe lo que siente. Gaby le contó un día la tragedia de su vida.

Marceline le acaricia el dorso de la mano y le habla en voz baja:

- Creo que a ella le hubiera gustado que usted tratase de seguir adelante.

Guy no quiere llorar delante de ella. Se levanta muy deprisa y sale de la cocina.

- ¿Le importa poner agua a calentar, Marceline? Tardaré sólo un momento. Porque se queda a tomar un té conmigo, ¿verdad?...

Mireille.

Domingo por la noche.

Los niños ya están en la cama. Todavía es pronto, y no tiene sueño. Decide barrer un poco detrás del mostrador. Roland ya ha subido a acostarse. Lo oye hablar por teléfono y decir: «Hola, papi.» ¡Qué ridículo, a su edad! Eso le irrita. Eso, y lo demás. Pero sobre todo el que no haya entendido que últimamente le cuesta estar sola. Bueno, que les den morcilla a las pastillas, se sirve una copita de jerez y se la bebe de un trago. Consulta otra vez el reloj. Las ocho y media. No es tan tarde.

Llega a la puerta de la casa de Guy y Gaby. Otra cosa más que asimilar: a partir de ahora tendrá que acordarse de decir «la casa de Guy», nada más. Mireille se siente totalmente desamparada.

Las persianas están cerradas, no se filtra nada de luz. Llama con los nudillos. Nada. Rodea la casa, pasa por el jardín y golpea suavemente el cristal de la ventana de la cocina. Nada tampoco. Gira el pomo, y se abre la puerta. Llama a Guy, pero éste no responde. Enciende la luz y entonces descubre el desorden, los cacharros sin lavar amontonados en el fregadero, las sobras en la mesa y la ropa sucia tirada por el suelo. Nunca antes había visto la casa así. Sube corriendo al piso de arriba y abre deprisa la puerta de la habitación de Guy. Lo ve tumbado en la cama, vestido, y deja escapar un grito. Él da un respingo y se vuelve hacia ella.

- No te he oído entrar. ¿Qué pasa, Mireille? ¿Por qué gritas?

Por nada. Necesitaba verlo, nada más. Se ha llevado un susto porque no le contestaba cuando lo llamaba, y también le ha afectado ver todo ese desorden. Por eso ha subido hasta su habitación. Y, al verlo ahí, tendido en la cama vestido, ha creído de verdad que... que estaba muerto. Bajan a la cocina, Mireille necesita beber algo. Guy le ofrece una copita de jerez. Ella prefiere agua, por lo de las pastillas. Se bebe el vaso de un tirón. Ya se encuentra mejor. Besa a Guy con cariño y le dice que no se preocupe, que ya está bien. Se va a ir a casa pero mañana por la mañana volverá para ayudarle a recogerlo todo.

ROLAND AL TELÉFONO

- Hola, papá.
- ¿Eres tú, Roland?
- Pues claro. ¿Quién más te llama papá?
- Podría haber sido Lionel, desde Australia.
- ¿Cuándo fue la última vez que te llamó?
- Ya no me acuerdo, las Navidades pasadas, quizá. Bueno, ¿a qué debo el honor?
- A nada especial. Es que hace ya unos días que no te veo en la terraza del bar de enfrente, intentando hacer tropezar a las chicas con tu bastón, y me preguntaba si... ¿va todo bien?
- Sí, sí.
- ¿No te aburres mucho tú solo?
- No, no, qué va.
- ¿Tienes con qué entretenerte?
- Tengo muchas cosas que hacer.
- Ah, vale.
- ¿Y tú? ¿Qué tal el restaurante?
- Bien.
- ¿Y los niños?
- Bien también.
- ¿Y Mireille?
- Ha vuelto a trabajar, eso le ayuda a pensar en otra cosa. Pero de todas maneras el doctor Lubin le ha recetado antidepresivos, ¿sabes?
- ¿Lubin? Pero ¿todavía no está en la cárcel ese tipejo?
- Y dale, siempre estás con lo mismo... A lo mejor deberíamos evitar el tema.
- Tienes razón. Bueno, te agradezco la llamada, es un detalle por tu parte.
- Es normal, papá.
- Igualmente, no deja de ser un detalle. Pero, oye, Roland, que tus hijos de seis y ocho años me llaman Ferdinand. ¿No crees que...?
- Bueno, ¿qué pasa? Te molesta que te llame papá, ¿es eso?
- No, pero a los cuarenta y cinco años, uno podría pensar que...
- ¿Qué tiene que ver la edad? De todos modos, no podría llamarte de otra manera, es demasiado tarde. Y, además, es que yo alucino, oye. Te llamo para saber de ti, y ¡zaca!, tú vas y

me sueltas esta pulla. Tú siempre atacando, ¿eh? Pues mira, estoy hecho polvo, son las ocho y media de la noche, y me voy a la cama. Hala, adiós, pap... Ferd... No me sale, joder.

- No tiene importancia, Roland. Buenas noches, hijo.

Ferdinand vuelve a sentarse a la mesa de la cocina.

Esa noche prepara la cena Marceline.

Sólo utiliza ingredientes que ella misma cultiva en su huerto, la miel que producen sus abejas y los huevos de sus gallinas. Le ha explicado que no tiene valor para matar a los animales que cría, que les coge cariño, y claro, no puede. Así que ha resuelto el problema así: ya no come carne, y se acabó. Ferdinand no le hace muchas preguntas, claro, pero ha entendido que lo que le pasa sobre todo es que no le alcanza para comprar carne. Porque hace tres días él preparó pollo, y Marceline se lo comió tan ricamente. Hasta le felicitó por lo bueno que estaba.

Además, ya sabe algunas cosillas más sobre ella. Que es polaca, y no rusa o húngara como él creía; que en realidad se llama Marcelina, pero todo el mundo la llama Marceline; que estuvo casada, en Francia, como unos veinte años, por eso habla tan bien y casi sin acento, y que trabajó en muchos países extranjeros cuando era música. Le gustaría saber por qué ya no lo es, pero no se atreve a preguntárselo, seguro que es por algo grave. Y bastantes cosas malas le han pasado ya a la pobre mujer, piensa Ferdinand, no hacen falta más.

Marceline le pone el plato delante, en la mesa. Él hace una mueca.

- ¿No le gustan los colinabos?

- Sí, sí, pero yo a ellos no.

- Les he puesto un poco de bicarbonato.

- ¿Ah, sí, y eso por qué?

- Porque anula los efectos indeseados, los gases, ya sabe...

- ¿Y de verdad cree que funciona?

- Algo sí, ya lo verá.

- Eso espero.

Marceline se ríe.

- Si no, después de cenar podemos tomarnos el café fuera, así estará usted más cómodo. Con un poco de suerte no lloverá.

Ferdinand piensa en Henriette. Con ella nunca hacían bromas sobre ese tema.

Después de cenar salen un rato fuera. No por los colinabos -tenía razón Marceline, el bicarbonato es eficaz contra los gases- sino porque *Cornélius* reclama ruidosamente que le hagan un poco de caso. Es un burro muy independiente, entra y sale del establo cuando le da la gana, se pasea por la granja, pasa mucho tiempo estudiando la manera de abrir las puertas y las barreras, sobre todo las que llevan a las huertas, pero, cuando llega la noche, quiere que vayan a darle las buenas noches antes de dormir. Igual que un niño.

MIREILLE TIENE ALGO QUE PEDIR

Cuando Mireille llega al patio de la granja, la luz de la cocina sigue encendida. Le extraña que la reciban ladridos. *Velcro*, el perro tonto de Ferdinand, murió hace al menos seis meses, y su suegro juró que nunca más tendría otro. Habrá cambiado de idea y no se ha acordado de decírselo, piensa Mireille. Eso le molesta, pero enseguida cambia de actitud: necesita pedirle una cosa. Y se dice que el pobre viejo tiene derecho a tener sus manías. Además, no es mala idea tener un perro para combatir la soledad...

Baja del coche, la perra la reconoce y se le acerca moviendo el rabo. Mireille está perpleja.

Ferdinand abre la puerta y se extraña de verla ahí. Es la primera vez que vuelve a la granja desde que se mudaron, y de eso ya hace casi dos meses y medio. Además, a esas horas y sin avisar antes... Se preocupa. Roland llamó hace una hora pero no le dijo nada especial, ¿les ha pasado algo a los niños? Ella dice que no con la cabeza, no, están bien. Parece agotada, se desploma sobre una silla. Marceline le ofrece un café, ¿o mejor una infusión? Mireille prefiere algo más fuerte. Un licorcito, si hay, estaría muy bien. Marceline va a buscar su famoso licor de ciruela, y Ferdinand saca tres vasos. Brindan. Y luego Marceline pone la excusa de que tiene que ir a cuidar de su viejo gato para dejarlos a solas.

En cuanto sale de la habitación, Mireille mira a Ferdinand con una sonrisita. Él presiente que va a decir una tontería y prefiere adelantarse. Le explica el motivo por el que Marceline está en su casa. La tormenta, las goteras del tejado, el riesgo de derrumbe y su decisión de invitarla a su casa, donde hay sitio de sobra y está tan vacía desde que ellos se fueron. Añade que, al principio, ella no quiso, claro, pero que consiguió convencerla, por lo que se va a quedar hasta que su tejado esté arreglado. Mireille se queda callada un momento. Al final murmura, como si hablara consigo misma, que nunca se lo hubiera imaginado. Con la de tiempo que hace que... Es verdad, creía conocer al padre de su marido, un viejo un poco estirado, un poco frío, no muy simpático, todo hay que decirlo, y ahora, de buenas a primeras...

- Bueno, ¿has venido hasta aquí sólo para decirme eso, Mireille?

- No, quería hablarle de... Pero espere un momento, antes me gustaría saber por qué no le ha contado esto a nadie.

- Para evitar malentendidos. La gente es capaz de imaginar muchas tonterías. Bien lo sabes tú...

- Tiene razón.

Mireille se sirvió otro poco de licor.

Y, por fin, tras dos copitas de jerez, un antidepresivo y dos vasos de licor de ciruela, empezó a contarle el motivo de su visita.

Su tío Guy no estaba bien en absoluto. Tenía que haberse fijado, se estaba hundiendo por completo y no hacía nada por evitarlo. En unos pocos días había adelgazado muchísimo, era terrible. Y esas ojeras... Esa mirada... Los niños ya no querían ir a verlo porque les daba miedo. Parecía un fantasma.

Se puso a llorar, pero aun así siguió hablando.

Entonces, a lo mejor, si no estuviera solo, ¿recuperaría el gusto por la vida, quizá? Haría cosas, se ocuparía de los niños, y también de ella, un poquito. Mireille lo necesitaba, sobre todo ahora. Si Guy no viviera solo, quizá estaría mejor...

Ferdinand le dio unas palmaditas en la mano. Ella se acurrucó sobre su pecho. Era la primera vez que estaban tan cerca el uno del otro. Él no tenía costumbre. Rebuscó en su bolsillo y le tendió un pañuelo. Ella se sonó ruidosamente, esperando una respuesta.

- Tu tío es muy cabezota. Si no quiere, será muy difícil convencerlo.

- Pero si se lo propone usted, a lo mejor sí quiere...

Mireille esperó otro poco a ver qué contestaba Ferdinand.

- Iré a verlo mañana.

Los efectos de la mezcla de las medicinas con el alcohol se hicieron notar por fin: no era capaz en absoluto de conducir. Ferdinand le cogió las llaves, metió en el maletero de su coche la bicicleta de Marceline (la suya tenía las ruedas desinfladas) y la llevó a su casa.

En el camino de vuelta tuvo la suerte de que no llovió. Pero como hacía mucho tiempo que no montaba en bicicleta tuvo que pararse varias veces para descansar.

Buena le esperaba al día siguiente...

UNGÜENTO

Lo que se temía: al despertarse por la mañana, Ferdinand tenía las piernas rígidas y doloridas, y el coxis hecho puré. Tanto, que no podía sentarse ni ponerse de pie. Por fin, a las siete y media se decidió a pedirle ayuda a Marceline. Ésta le subió un frasco con un ungüento que había elaborado ella misma. A ella le funcionaba, podía probarlo él también. Ferdinand estaba un poco escéptico, pero no tenía alternativa. Se frotó las piernas como ella le indicó y no tardó en notar cierta mejoría. Pudo bajar a la cocina sin demasiada dificultad para felicitarla por su valioso remedio. Por supuesto, evitó decir «remedio de abuela», porque la pobre mujer no tenía nietos, y Ferdinand no quería ofenderla.

Mientras se tomaban ella su té, y él, su café, hablaron del día anterior. A ella le había conmovido que Mireille fuera a verlo sin avisar. Sobre todo porque era la primera vez que lo hacía, si lo había entendido bien. Parecía una niña, tan desamparada, tan frágil. Ferdinand hizo una mueca. La conocía desde hacía mucho tiempo, así que, aunque pareciera muy mona y muy simpática, no había que fiarse mucho de la pequeña Mireille. No era siempre como la había visto el día anterior. Con sus hijos, por ejemplo, era muy severa. Y a él no le dejaba verlos con el pretexto de que decía demasiados tacos; cuando no era verdad, porque ponía mucho empeño en no hacerlo. Pero bueno, sí, estaba de acuerdo, la noche anterior a Mireille se la veía frágil, sí. Y a él también le había conmovido mucho que fuera a verlo para hablar con él.

Trataron de imaginar cómo organizarse si al final acababan viviendo juntos los tres. Recorrieron todas las habitaciones de la casa.

No habría ningún problema, la verdad.

Se desearon un buen día, y cada uno se fue por su lado.

Marceline tenía trabajo acumulado en la huerta. Quería aprovechar que no llovía para plantar ajos y chalotas de invierno, y para sembrar habas y guisantes. Debía hacerlo antes de que helara y la tierra se pusiera demasiado dura.

GUY CON QUINCE KILOS MENOS

Guy no acude a abrir, así que Ferdinand rodea la casa por la huerta, pero la puerta de la cocina está cerrada con llave. Tiene que romper un cristal para poder entrar.

Ahora están sentados uno al lado del otro en la cama. Ferdinand habla de responsabilidades, de Mireille y los niños. Le dice que a Gaby no le habría gustado nada que se abandonara así. Le habría entristecido. Pero sobre todo, me *cagüen* diez, habría odiado que estuviera quince días sin lavarse ni afeitarse. ¡Seguro que le habría pedido el divorcio, no habría soportado la peste que echa! Guy sonrío ligeramente.

Abajo, Mireille lava los platos. Se le rompe un vaso y grita: ¡joder! Ferdinand enarca las cejas y se hace el extrañado. Pero, en el fondo, está feliz de ver que ella también dice tacos.

De acuerdo, Guy acepta lavarse. Ferdinand lo ayuda a levantarse, su amigo apenas se sostiene en pie. Normal, ha perdido quince kilos en quince días, y eso que no le sobraba ni uno. Coge ropa limpia del armario y se apoya en el brazo de Ferdinand para recorrer el pasillo hasta el cuarto de baño. Una vez allí, no le deja entrar y le dice que lo espere abajo. Todavía puede lavarse solo, ni que estuviera impedido.

Una hora más tarde, baja a la cocina limpio y afeitado. Mireille le prepara algo de comer. Una taza de té, tostadas y huevos revueltos. Guy hace un esfuerzo, pero le cuesta tragar.

A las diez y cuarto, Mireille tiene que irse a trabajar. Abraza a Guy y le frota la espalda, como para hacerle entrar en calor. Le dice al oído que no se preocupe, pronto se sentirá mejor. Se aparta para mirarlo, y él sonrío. Mireille quiere creer que de verdad va a hacer un esfuerzo, y le besa con cariño. Y cuando ya ha abierto la puerta para marcharse, se lo piensa dos veces y vuelve para besar a Ferdinand en las mejillas. Hasta entonces, siempre se las había apañado para despedirse de lejos del cascarrabias de su suegro.

Una vez a solas, Ferdinand pasa al ataque. Sin rodeos, le pregunta qué echaría más en falta si algún día tuviera que irse de su casa. Y Guy contesta enseguida: nada. Ferdinand se queda desconcertado, no esperaba una respuesta tan rotunda. Entonces Guy le da una explicación muy simple: ni a él ni a Gaby les gustó nunca esa casa. Cuando se jubilaron, tuvieron que vender la granja para hacer frente a unas deudas, y con lo que les quedó no pudieron permitirse nada mejor. Así es la vida.

Entonces Ferdinand pone las cartas sobre la mesa. Le habla de lo que él, Mireille y Marceline han pensado proponerle. Y, evidentemente, Guy dice que no. Pero Ferdinand no se rinde. Con Marceline ya tuvo que esforzarse por encontrar las palabras y los argumentos adecuados; no le

asusta tener que volver a hacerlo. A Guy lo conoce como si lo hubiera parido. Es más terco que una mula: para que avance no hay que empujarlo ni tirar de él, hay que tener mano izquierda.

Y Ferdinand lo intenta el día entero, pero sus esfuerzos resultan inútiles.

Al final, sin argumentos ya, le pone la chaqueta en los hombros y le dice:

- No te puedes quedar solo, Guy, no es bueno para ti. Anda, ven conmigo, nos vamos.

DOS + UNO EN LA GRANJA

Guy no quiso llevarse sus cosas, ni siquiera un pijama. Ferdinand no se ofendió, al contrario, le pareció bien. ¡Eso quería decir que su amigo todavía tenía fuerzas para dar guerra! De todas maneras, tenía pijamas de sobra, le podía prestar alguno. Desde que Marceline se mudó a su casa, curiosamente no había vuelto a tener ese sueño en que nadaba con unos delfines en las aguas azules y cálidas de una laguna tropical. Por un lado lo siente, era un sueño muy agradable. Pero, por otro, ya no se hace pis en la cama, y eso está muy bien.

Cuando entraron en el patio de la granja, *Cornélius* estaba delante de la puerta de la cocina, estudiando el funcionamiento del picaporte. Unos minutos más y seguro que habría conseguido abrirlo. Guy ya había oído hablar de sus hazañas porque se las había contado Gaby -todavía recuerda lo que le gustaba decir a su mujer que vaya un sinvergüenza estaba hecho el burro ese-, pero nunca había tenido ocasión de verlo en acción. Ferdinand no era tan indulgente con él porque le había tocado sufrir otras proezas del burro, tales como que le había pisoteado las zanahorias de su huerta y otros detalles igual de desagradables. Su primera reacción fue, pues, la de irritarse. Pero, al ver la expresión de Guy, se calmó enseguida. Y hubiera estado dispuesto a invitar al burro a que entrara para que se sentara en el sofá y hasta se bebiera una copita con ellos, sólo porque había hecho sonreír a su amigo. Vaya un sinvergüenza estaba hecho el burro ese.

Subieron a la primera planta, y Ferdinand le propuso a Guy instalarse en la antigua habitación de Henriette mientras decidía en cuál quedarse definitivamente. La cama era cómoda, y la decoración había cambiado por completo, ahora estaban todas las manualidades de los niños. Y allí habían dormido la otra noche los dos diablillos, después de su fuga en bicicleta...

Ferdinand preparó la cena, una sopa de puerros, zanahorias y cebada perlada. Al anochecer, oyó a la perra arañar la puerta y le abrió. El animal le hizo fiestas, y luego se pegó a las piernas de Guy para que éste también la acariciara. Como si lo hubiera hecho siempre. Luego entró Marceline, no sin antes quitarse las botas, agotada por su largo día de jardinería, y con el deseo urgente de cambiarse de ropa, tomarse una sopa bien calentita e irse a la cama. Al ver a Guy se le iluminó el semblante y fue a darle un beso. ¡Ferdinand lo había conseguido! Al pasar delante de él, ella lo miró con una chispa de alegría en los ojos e inclinó la cabeza, felicitándolo discretamente. Cuando ya iba a encerrarse en su habitación, se lo pensó mejor, volvió a la cocina y le plantó dos besos, algo que no había hecho nunca antes. Lo que no había cambiado era que se seguían tratando de usted...

Después de cenar, salieron los tres a darle las buenas noches a *Cornélius*.

Antes de separarse del animal, Marceline le susurró unas palabras cariñosas al oído y le pidió que dejara un poco en paz las cerraduras, los candados y pestillos de toda índole, porque a Ferdinand no le hacían ni pizca de gracia sus travesuras. Retrocedió un paso para ver su reacción, y el burro asintió con la cabeza. Marceline se llevó una sorpresa, a lo mejor era verdad que ese animal lo entendía todo.

Al volver se le cayó un sobre del bolsillo. Guy lo recogió del suelo y se lo tendió. Lo había cogido del buzón de su casa y luego se le había olvidado abrirlo. Tenía muchas cosas pendientes, tantas que se le había olvidado por completo. Lo abrió, algo nerviosa. Era el presupuesto de reparación del tejado de su casa. Lo leyó detenidamente y, al llegar al total, que incluía materiales, mano de obra e impuestos, se dejó caer sobre una silla. Guy y Ferdinand advirtieron que se había puesto muy pálida. Entonces ella se disculpó, estaba tan cansada que no se tenía en pie, iba a tener que acostarse enseguida. Los dos amigos le dieron las buenas noches, ella acarició a la perra y se fue a la cama.

Guy y Ferdinand no tenían sueño. Al hojear la programación televisiva, Ferdinand vio que había un documental sobre ballenas que estaba a punto de empezar; no se lo podían perder. Cogieron dos vasos y la botella de licor de ciruela y fueron corriendo al salón. Como dos viejos granujas.

QUIZÁ SEA GRIPE

Para ser su primera noche en casa de Ferdinand, Guy durmió bastante bien: una hora y media, y luego otra hora y media al cabo de un rato. Para él no era nada anormal, pues sufría de insomnio. Hacia las tres de la madrugada salió a dar una vuelta, necesitaba estirar las piernas y respirar el aire de los alrededores. La perra lo acompañó hasta la casa de Marceline y, a la luz de su linterna, comprobó el estado del tejado: iba a costar un dineral arreglarlo, se dijo. No era extraño que la pobre mujer estuviera preocupada.

De regreso en la granja, dio un rodeo por el granero. Al pasar junto al tractor no pudo resistir las ganas de subirse. Pero no lo puso en marcha, para no despertar a nadie. Después fue al taller y echó un vistazo a las herramientas. Buscaba algo en lo que ocuparse, pero no encontró nada interesante. Notó que se acercaba una ola de tristeza, así que se volvió a la cama antes de que lo sumergiera.

Las ocho de la mañana.

Marceline no se ha levantado todavía. Normalmente a eso de las siete ya está preparando el desayuno. La perra está inquieta, va y viene de la cocina a la puerta de su habitación. Ferdinand la mira afligido. Pone agua a calentar para preparar el té, entonces oye un ruido en el pasillo y va a ver qué es. Es el viejo gato, que está arañando la puerta. Le abre, y *Mo-ye* pasa corriendo entre sus piernas. *Masmalo*, que estaba esperando ese momento, corre detrás de él para jugar, pero el viejo gato se vuelve y le da un zarpazo para que se esté quieto. ¡Por la mañana no quiere que nadie lo moleste! Tiene cosas importantes que hacer. Cosas como explorar el lugar, encontrar los mejores sitios para cazar, afilarse las uñas en los troncos de los árboles y marcar su nuevo territorio. Tiene trabajo. Le gusta jugar, sí, pero cuando no tiene otra cosa que hacer. El gatito encuentra enseguida otro entretenimiento: el rabo de la perra. Se mueve todo el rato, es divertidísimo.

Las nueve de la mañana.

Marceline sigue sin salir de su habitación. Ferdinand no sabe qué hacer. Pasa varias veces delante de su puerta y se para a escuchar, pero no se oye nada.

No le dice nada a Guy para no preocuparlo.

A las diez se decide por fin a llamar a la puerta. Le parece oír un gemido, así que insiste. Otro gemido. Abre la puerta y llama a Marceline. La ve tendida en la cama, en la penumbra. Se acerca y le pregunta si le pasa algo. Ella le contesta con voz temblorosa que no se encuentra bien. Tiene fiebre y le duelen las piernas y la espalda, piensa que es gripe. Ferdinand le toca la frente: está

ardiendo.

Va a ver a Guy a su habitación y le cuenta lo que ocurre. Guy se agobia. Con Gaby pasó igual, al principio todos pensaban que era una gripe. Hasta el doctor Lubin hizo ese diagnóstico. Ferdinand le pide que no vuelva a pronunciar el nombre de ese tipejo. Es una birria de médico, ¡y encima es tonto de remate! Mientras tanto, no saben qué hacer con Marceline.

Oyen llegar el coche de Mireille, que se moría de ganas de saber cómo iban las cosas en la granja pero no se atrevía a llamar. Así que se hace la que venía a verles así sin más, bueno, sí, para saludarlos. Ah, y ya que estaba se ha pasado por casa de su tío y le ha traído unas cuantas cosillas, por si las echa en falta. Su neceser, calcetines de lana, un pantalón limpio y sus botas de goma. Nunca se sabe, llueve mucho últimamente. Ah, y también unas fotos que había en el aparador. Y todo eso se lo dice en plan muy natural, claro. Fotos de Gaby y de los niños. Las mira antes de dárselas y se echa a llorar.

Sin ponerse de acuerdo antes, Guy y Ferdinand deciden no contarle nada sobre Marceline. Todavía está demasiado frágil y es mejor no asustarla con otra enfermedad. De modo que, cuando un ratito después les pregunta cómo está la vecina y dónde, le contestan los dos a coro que está bien y que se ha marchado muy temprano a cultivar su huerta.

En cuanto Mireille se marcha, Guy se instala en la cabecera de Marceline, le da una aspirina y le pone un paño húmedo y fresco en la frente. Mientras tanto, Ferdinand llama a Raymond. Es curandero, sabrá lo que hay que hacer. Éste le contesta que sabe curar el eccema, las verrugas, el reuma y otras muchas cosas, pero que de gripe no tiene ni idea. Le pone con su mujer, que seguro que sabe. Mine sabe de algún que otro remedio, infusiones de tomillo, grogs para que el enfermo sude, caldos y cataplasmas, aunque cree que si la fiebre es alta es mejor llamar a un médico. ¡Pero ni se te ocurra llamar a Lubin, Ferdinand, por favor! Está de acuerdo con ella. Mine le aconseja que llame a Gérard, el yerno de Mélie. Es simpático y competente, y por lo general no tarda en ir a visitar al paciente.

DIAGNÓSTICO

Gérard fue a ver a Marceline ese mismo día a última hora. La examinó y le hizo unas cuantas preguntas sobre sus antecedentes médicos. Ella le contestó que no había tenido ningún problema de salud en los siete años que llevaba viviendo allí. Podía ser, pero Gérard tenía la sospecha de que había otra razón. Cada vez se topaba con más gente que no se podía permitir ir al médico, gente que no tenía ningún seguro ni ninguna clase de subsidio. Y, efectivamente, llegado el momento del papeleo, le dijo que no hacía falta. Le enseñó la caja de hojalata que había en la estantería y le dijo que cogiera de ahí lo que le debía. El médico le contestó que eso ya lo arreglarían cuando estuviera recuperada.

Gérard se reunió con Ferdinand y con Guy en la cocina. Le sirvieron una copita de licor de ciruela. Le pareció que estaba bueno. Y esperaron a que les diera su diagnóstico.

Es una gripe, en efecto. De tomo y lomo. Por ahora no tienen que agobiarse porque no se puede hacer gran cosa, sólo esperar y vigilar el curso de la enfermedad. Tomarle la temperatura regularmente, y hacerle beber mucho líquido, agua y caldos. ¿Infusiones de tomillo? Bueno, si quieren... ¿Se lo ha sugerido Mélie? Lo sabía. Pero tiene razón, es un remedio muy bueno. Si le duele la cabeza o le sube la fiebre, denle paracetamol o aspirina. Si no mejora de aquí a tres días, vuelvan a llamarme, y entonces veremos qué hacemos.

Antes de marcharse, se volvió hacia Guy y le dijo que se había enterado de lo de su mujer, que lo sentía mucho y que qué tal se encontraba. Guy le contestó que, por el momento, prefería no hablar del tema. Gérard no insistió. Se estrecharon la mano, y se marchó.

Ferdinand fue a la farmacia a comprar todo lo necesario, de camino aprovechó para hacer otros recados y, antes de volver, pasó un momento por casa de Mine y de Marcel para pedirles prestado un termómetro porque no encontraba el suyo por ninguna parte.

Ahora Guy y Ferdinand velan por turnos a la enferma.

Guy ha elegido el turno de noche, con su insomnio es lo más práctico. Y Ferdinand se ocupa de ella durante el día. Tienen que tomarle la temperatura cada dos horas y apuntarla en una hoja para hacer una curva, como en el hospital. Y apuntan también lo que le dan de beber: agua, caldos e infusiones de tomillo. Eso lo ha decidido Guy, y Ferdinand no ha querido cuestionar la utilidad de esa lista. Cada uno tiene sus manías, se ha dicho, y, en todo caso, mal no va a hacer.

Es la primera vez que utilizan un termómetro electrónico. Mine le ha explicado cómo funciona. Se pone unos segundos en la oreja, y, ¡hala!, suena un pitido, y en la pantalla se lee la temperatura. Les parece mágico. Les da la impresión de estar en una película de ciencia ficción. O no, en *Star*

Trek. Se acuerdan a la vez del doctor Spock y sus orejas puntiagudas, de las inyecciones sin jeringuilla, las anestésicas generales en las que bastaba apretar con dos dedos el cuello y, ¡zas!, la gente se desplomaba en el suelo...

¿Y la teletransportación?

A ver si se dan prisa en inventarla, les encantaría probarla al menos una vez antes de cascar.

¿Te imaginas, Ferdinand?

Sí, sería la bomba.

AMENAZA TERAPÉUTICA

Marceline tiene mucha fiebre. Agarra a Ferdinand del brazo y le suplica que la escuche. Con los ojos brillantes, le habla de la perra, del viejo gato y del burro. No tiene a nadie a quien confiárselos. Si aceptara quedarse con ellos, se sentiría muy aliviada y mucho más serena. La primera reacción de Ferdinand es decirle que sí, que por supuesto. Pero entonces le surge una duda: ¿y si fuera eso lo que espera Marceline para dejar de luchar? Entonces le dice que no. Y le explica los motivos. ¿La perra? Sí, es verdad, es cariñosa pero, sinceramente, prefería cómo era todo antes de que llegara. Su casa estaba más limpia, más ordenada, sin manchas de patas ni pelos por todas partes. Además, araña las puertas, y eso raya la pintura y queda feo, en primavera tendrá que poner otra capa. ¿El viejo gato? Le recuerda a su hijo mayor. No quiere a nadie, sólo se preocupa de sus asuntos, es decir, de cazar, afilarse las uñas en los troncos de los árboles, marcar su territorio y, de paso, pegarle zarpazos a *Masmalo* por cualquier motivo. No es en absoluto la clase de gato que a él le gusta. ¿Y el burro? El burro menos todavía, y no lo encuentra nada divertido. A él los animales que no hacen más que lo que les da la gana, que no quieren estar encerrados y rompen los cercados no le gustan un pelo. Visto el estropicio que ha hecho en la huerta y allí donde ha puesto las patas, no, gracias, menudo sinvergüenza. Lo siento, Marceline, pero no cuente conmigo para cuidar de sus animales. Y si aun así se le ocurriera a usted cargarme con ellos, no dudaría ni un segundo en abandonarlos, queda usted avisada. Yo parezco muy amable y tal, pero en el fondo no lo soy en absoluto.

Sale de la habitación, agotado. Guy lo ve llegar a la cocina y se levanta despacio, seguro de que tiene una mala noticia que anunciarle. Pero Ferdinand no dice nada. Coge una botella de vino de la despensa, se sirve un vaso, se lo bebe de un trago y se desploma sobre una silla. La perra viene a pegarse a sus piernas y él la acaricia cariñosamente. Guy vuelve a sentarse.

Y Ferdinand le hace algunas preguntas.

Por supuesto, Guy no tiene todas las respuestas, sólo sabe algunas cosillas. Las que le contó Gaby. Así que puede decirle que...

Sí, Marceline lleva una pesada carga, pero no se siente con derecho a contarle nada si ella no lo hace.

Sí, es probable que no tenga familia. En cualquier caso, aquí ya no tiene ninguna.

Seguro que si ha aguantado hasta ahora ha sido por tener que cuidar de esos animales. Ha sido una buena idea amenazarla con abandonarlos, ahora no le quedará más remedio que hacer un esfuerzo por curarse.

No, basta, no piensa decirle nada más.

INFUSIÓN DE TOMILLO

Intenta correr, pero algo se lo impide, algo le traba las piernas, grita para que la suelten, que no la retengan, si no será demasiado tarde, no podrá llegar hasta ellas, y eso no puede ser, no, no se quiere quedar, es imposible, llora, suplica, golpea, pero siente que le merman las fuerzas, ya casi no logra moverse, ya está, ya no tiene fuerzas, nada de fuerzas, ni siquiera tiene voz, eso debe de ser el final, sí. De repente se tranquiliza, el cuerpo ya no le duele, parece ligero como una pluma, a su alrededor todo se ilumina, algo más lejos ve a sus hijas que le hacen señas desde la otra orilla; parecen serenas, les sonrío, por fin se reunirá con ellas...

- Marceline... Marceline...

Es la voz de Guy, que la llama bajito.

Marceline no se mueve. Él insiste.

- Despierte, Marceline. Es la hora de la infusión.

Abre los ojos. Él la ayuda a incorporarse y a apoyarse en las almohadas.

- He tenido un sueño raro.

- ¡Y tanto que sí! Ha corrido usted, y se ha peleado y, al final, debe de haber llegado donde quería llegar, porque parecía usted contenta y muy tranquila. Un sueño para deportistas ha tenido usted.

Le tiende el tazón de infusión de tomillo.

- Bébasela antes de que se enfríe.

Ella obedece.

- Olenka y Danuta, ¿son sus hijas?

Ella asiente con la cabeza.

- Ha pronunciado sus nombres hace un momento, mientras dormía.

- Sí, lo recuerdo muy bien.

Le bajó la fiebre, y Marceline por fin pudo levantarse de la cama. Llevaba cuatro días tumbada, las piernas no la sostenían. Ferdinand y Guy la ayudaron a llegar hasta la ventana. Pudo ver a *Cornélius*, que había salido él solito de su box y se paseaba por el patio. Al oírla golpear con los nudillos en el cristal, volvió la cabeza y se acercó a ella trotando.

LA ELECCIÓN DE GUY

Al final Guy decidió instalarse en la antigua habitación de Lionel, el hijo mayor de Ferdinand. Éste la había dejado hacía treinta años, cuando tenía diecisiete. No había, pues, ningún peligro de que volviera y quisiera recuperarla. Un tipo muy raro este Lionel; llamaba de vez en cuando para dar señales de vida. Por lo general, hacia las cuatro de la mañana. Allí, en Australia, son las ocho de la tarde, pero se le olvida que hay diferencia horaria, o a lo mejor es que le trae sin cuidado. Es lo más probable. Así es él. Ya de pequeño no tenía amigos, le gustaba hacer llorar a su madre, arrancarles las alas a las moscas y hacerle creer a su hermano que era un vampiro. Y después se marchó, muy lejos, para no ver a nadie y no tener ninguna atadura. Al parecer encontró lo que buscaba. Ni mujer, ni hombre ni hijos, vive solo en mitad de la nada. Y ha dado con el trabajo acorde con esa situación, pues se ocupa del mantenimiento de la *Dingo-fence*: la cerca antidingos, que es la valla más larga del mundo, más de cinco mil seiscientos kilómetros. Sirve para impedir que los perros salvajes (los dingos) ataquen los rebaños. Pero parece ser que no es muy eficaz. Eso dice Lionel, y él lo debe de saber, con todo el tiempo que lleva ocupándose de la cerca esa.

Para ir a buscar los muebles de Guy engancharon el remolque al tractor y sacaron una lona por si llovía. Condujo Guy, y Ferdinand se sentó en el guardabarros a su lado. El sonido del motor, esos asientos metálicos tan fríos, los baches tan grandes, el olor a gasoil, todo les recordó tiempos pasados. No pronunciaron palabra durante todo el trayecto, concentrados como estaban en saborear el placer de recuperar todas esas sensaciones.

La mudanza fue rápida. Guy sólo quería llevarse el limonero y unas cuantas herramientas de su taller de mecánica. Pero como Ferdinand insistía, entonces se decidió a llevarse también la cama, una mesita de noche, el tocador de Gaby y una cómoda para guardar su ropa. El resto prefirió dejarlo.

Cuando llegaron a la plaza del pueblo, apagó el motor del tractor e invitó a Ferdinand a tomar una copa. Sonó la campanilla de la puerta del restaurante, y Roland se asomó desde la cocina. Se sorprendió mucho de verlos allí. Llamó a gritos a su mujer:

- ¡Mireille! ¡Baja, corre, que están el tío Guy y pap... y mi padre!

Mireille bajó enseguida.

Se sentaron los cuatro a tomar una copita de vino blanco. Mireille estaba contenta. Enseguida se fijó en que Guy tenía buen aspecto. Había engordado en poquísimo tiempo, era obvio que el aire de la granja y compartir casa le sentaban muy bien. Y Roland se dio cuenta en ese momento de que a nadie se le había ocurrido ponerlo al corriente de todos esos cambios. Se levantó,

ofendido, tratando de disimular el dolor que notaba de repente en la parte superior izquierda de la caja torácica -el doctor Lubin le había dicho que era psicósomático y que no tenía que preocuparse-. Dijo que tenía trabajo pendiente en la cocina y los dejó a los tres charlando. De lo más oportuno, porque Guy quería hablar con Mireille. Como ya casi era la hora de la salida del colegio, Ferdinand se ofreció a ir a recoger a los niños, y Mireille aceptó. Lo nunca visto. Así que Ferdinand se fue corriendo antes de que su nuera cambiara de opinión.

Mientras tanto, Guy le contó a Mireille que quería dejarle su casa.

No había en ella muchos recuerdos porque los de verdad, los grandes y los que tenían que ver con ella, desde que Mireille tenía cuatro años hasta que cumplió los dieciocho, se habían quedado en la granja. Ya hacía diez años que se habían marchado de allí. Y como no tenía mucho apego por esa casa, Mireille podía hacer lo que quisiera con ella. Venderla o alquilarla, lo que le diera la gana. Pero a Mireille no le pareció nada bien, hasta lo regañó un poco. Creía que estaba quemando etapas, que tenía que pensarlo más antes de abandonarlo todo. Y además tomarse el tiempo de ver si estaba cómodo compartiendo casa: en sólo diez días no podía darse cuenta de todos los problemas que podían surgir con Ferdinand y Marceline. Lo mismo al final se cansaba de ellos, y entonces ¿qué haría, si no tenía ningún sitio adónde ir? Tenía que ser razonable. A ella también, a veces, le entraban ganas de mandarlo todo a la porra. Llevaba nueve años casada con Roland. Pero ella no quería tomar una decisión a la ligera y luego arrepentirse. Querer separarse del marido o de los amigos era un poco lo mismo, al fin y al cabo. Podía ocurrir, y en ambos casos te exponías a llevarte un chasco si luego las cosas no eran como habías imaginado. Había que pensarlo mucho antes de dar el paso.

Guy se quedó callado.

Al cabo de un rato, le tendió las llaves de su casa. Ella vaciló y las dejó en la mesa. Estaba seguro de querer darle esa casa. No era gran cosa, pero era para ella y nadie más. Gaby también lo habría querido; lo habían pensado los dos. Todo eso se lo dio a entender sin necesidad de pronunciar una sola palabra. Mireille comprendió y asintió. Sólo entonces Guy le contó lo que había decidido hacer. Le dijo que no podía vivir solo, con dos semanas había tenido de sobra. Necesitaba estar con gente alrededor, sentirse útil, compartir momentos. Si no, perdía el interés y las ganas de vivir. Así que nada, eso, que había tomado una decisión: viviría con sus amigos. La granja era grande, podía ser independiente y aislarse cuando lo necesitaba. Se había instalado un taller en una parte del granero y de noche hacía bricolaje, cuando tenía insomnio. Estaba muy a gusto. Además, una sola casa con varios abuelos reunidos era buena cosa para los niños...

Mireille cogió las llaves de la casa, se inclinó para darle un beso y le susurró al oído: «Gracias, tío.»

CARAMELOS, CHICLES Y LENGUAS DE GATO

A la salida del colegio, al ver Ludo y el pequeño Lu a Ferdinand esperándolos al otro lado de la verja, se precipitaron hacia él y se le echaron al cuello salvajemente. Acto seguido exigieron merendar. Él les dijo que sí sin rechistar, y dieron un rodeo por la panadería. Normalmente, con Mireille, volvían derechos a casa; pero esa vez pensaban aprovecharse al máximo. Eligieron todo lo que ella nunca les dejaba tomar: caramelos, chicles y bollos de chocolate. Durante el camino de vuelta se las apañaron para zampárselo todo y hacer a la vez un montón de preguntas, sin dejarle tiempo a Ferdinand de contestar, por supuesto. Querían saber: si el pequeño *Masmalo* había crecido, si seguía cazando ratones, que cuándo podrían ir a su casa, que ya pronto iba a ser Navidad y que si Ferdinand sabía qué regalos iban a tener y que sus padres iban a divorciarse. Ahí hubo un silencio, y Ludo se dio cuenta de que tenía que añadir algo, por lo que se sacó el chicle de la boca para explicar, con esa sonrisita de satisfacción de quien sabe algo que los demás no saben, que no era del todo seguro, claro, pero sí muy probable porque Mireille y Roland discutían todos los días. Nada más terminar la frase se volvió a meter el enorme chicle en la boca y siguió masticándolo concienzudamente. Ferdinand se limitó a decir: ah, vaya.

Un poco más lejos, les enseñó al pasar por delante la tienda cerrada de las hermanas Lumière* y la casa en la que vivían. Naturalmente, el pequeño Lu quiso saber por qué se llamaban así y también por qué no se paraban a saludarlas visto que las conocían, y si eran o no primas de la familia. Ferdinand levantó los ojos al cielo, un poco exasperado por tantas preguntas, y, sin más comentarios, fue a llamar a su puerta. Nadie acudió a abrir. Al pegar el oído oyó unos murmullos. Para tranquilizar a las dos viejas, gritó su nombre. Simone abrió y se volvió hacia el interior de la casa: ¡No pasa nada, Hortense! Puedes guardar la escopeta, no es más que Ferdinand, que ha venido con sus nietos a saludarnos.

Entraron, y las dos mujeres se extasiaron con los niños: que qué guapos estaban y que cuánto habían crecido, caramba, ¡cómo pasa el tiempo, mecachis! Sólo hacía quince días desde la última vez que los habían visto, después del entierro de Gaby, pero ni una ni otra se acordaba ya. Luego Hortense los invitó a seguirla hasta la despensa y, poniendo cara de golosa, les sacó una gran caja metálica mientras Ferdinand hablaba con Simone en voz baja sobre por qué y para qué necesitaban una escopeta. Los niños ya no tenían hambre, pero Hortense insistió, quería que

cogieran varios dulces distintos. Vamos, vamos, no seáis tímidos, coged tantos como queráis, que si no se van a estropear. Cogieron dos cada uno, muy educados. Ludo mordió una lengua de gato pero la escupió enseguida porque estaba rancia. Para evitarle a su hermano pequeño la misma experiencia, le dio un codazo en las costillas. Pero el pequeño Lu no le entendió y gritó ¡ay!, tratando de devolverle el golpe. Ludo lo esquivó y consiguió decirle al oído que los dulces estaban podridos, y entonces el pequeño Lu se tranquilizó enseguida. Hortense se fue con Ferdinand y Simone para charlar, y ellos aprovecharon para acercarse a la jaula de los periquitos, y metieron los dulces entre los barrotes para librarse de ellos discretamente.

De vuelta en el restaurante vieron a Guy, de espaldas, hablando con su madre. No se decidían a acercarse a él. La última vez que estuvieron en su casa les dio mucho miedo. Se parecía un montón al enterrador de los tebeos de Lucky Luke, y además olía superfatal, desde que se había muerto Gaby parecía que ya no quería lavarse nunca más. ¡A lo mejor ni siquiera pensaba lavarse nunca más los pies! Mireille les había explicado que era normal, a veces ocurría que la gente se abandonaba por completo cuando se sentía muy triste, pero que al cabo del tiempo se recuperaba. Hoy parecía normal, limpio, afeitado y contento. Por fin se abalanzaron sobre él y lo besaron salvajemente. Mireille sonrió y miró el reloj, eran las cinco. El restaurante estaba sólo a tres minutos del colegio, pero ellos habían tardado media hora. Ferdinand le explicó que se habían parado para saludar a las hermanas Lumière y que se habían demorado más de la cuenta, que lo sentía mucho. Y de paso le dijo a Guy que tenían que ir pensando en marcharse. Con el tractor no era prudente conducir de noche.

Luego se fue a la cocina a despedirse de Roland.

- Ya nos vamos.

- Vale.

- Bueno, ¿y tú estás bien?

- Sí, sí.

- ¿Y el restaurante?

- También.

- ¿Y los niños?

- Sin problemas.

- ¿Y Mireille?

- Muy bien.

- Bueno.

Vaciló antes de añadir:

- Estaría muy bien que vinierais un día a comer a casa los cuatro.

- Sí, ¿por qué no?...

- ¿Este domingo?

- Háblalo con Mireille a ver.

- Bueno, pues... ¿hasta pronto, entonces?

- Sí, hasta pronto, papá.

Roland se mordió el labio.

- No pasa nada, hijo. Al final he pensado que no me molesta que me llames así.

EL GRAN SUSTO DE LAS HERMANAS LUMIÈRE

Ferdinand pasa la bayeta antes de poner la mesa y va a la bodega a por una botella de vino. Marceline echa más leña en la estufa y barre los trozos de corteza que han caído al suelo, mientras Guy prepara la cena. Esa noche le toca a él. Ha decidido hacer espaguetis, su gran especialidad. Es también la de Ferdinand, así que hay mucha rivalidad en la cocina. Naturalmente, le piden a Marceline que zanje la cuestión. Cada vez se parece más a una competición, y eso a ella no le gusta, así que dice que no.

Quizá sea ése el problema de ser tres, piensa cada uno por su lado, sin compartirlo.

Los espaguetis de Guy, con ajo y setas, rozan la perfección. Ferdinand va a tener que espabilarse.

Después de cenar se ponen los abrigos, los gorros y las bufandas y van a darle las buenas noches a *Cornélius*. Luego se sientan en el banco de fuera, el que está contra la pared y tiene una pequeña marquesina, supuestamente para proteger de los aguaceros, aunque no sirve de mucho. Esa noche no importa porque no llueve. Los dos viejos saborean su café fumándose una pipa, y Marceline se toma una infusión, su estómago sigue algo frágil desde que tuvo la gripe. Al cabo de un ratito, Ferdinand se decide a contarles la visita a casa de las hermanas Lumière. Al principio habla serenamente, pero poco a poco se va acalorando de rabia. Les cuenta el miedo que tenían de abrir la puerta y que habían bajado la escopeta del desván, y los rodeos de Simone para evitar contestar a sus preguntas. ¿Para qué la escopeta? ¿Qué pensaban hacer con ella? ¿De qué, de quién tenían miedo? Era normal que les preguntara, ¿no? Marceline y Guy asienten con la cabeza. Y, de pronto, Simone se decidió y se lo contó todo de un tirón. Era por culpa del sobrino de Hortense, que quiere recuperar la casa para venderla. Un poco de derecho a hacerlo tiene, ella lo puso en su testamento, pero se supone que tiene que esperar hasta que ambas hayan fallecido. Ante el notario estaba de acuerdo, y eso fue lo que se pactó. Sólo que ahora, como tiene prisa, dice que ha firmado unos papeles para que internen a Hortense por sus problemas de memoria, y emplea la palabra «Alzheimer» para aterrorizarlas por completo. Y, claro, es sólo cuestión de días que vengan a buscarla para llevársela, ¡así que Simone va a tener que espabilar para encontrar un lugar donde vivir si no quiere encontrarse en la calle! Eso es literalmente lo que les dijo, el muy desalmado.

El problema es que ellas se lo creyeron todo. A Ferdinand le resultó imposible hacerles

cambiar de opinión.

Tras un largo silencio, añade que preferirían morir antes que separarse, eso está claro. Guy lo corrobora.

Para que Marceline, que apenas las conoce, entienda la situación, se la resumen. Las hermanas Lumière no son verdaderamente hermanas. Llevan el mismo apellido porque Hortense estuvo casada con el hermano de Simone. Fue al principio de la guerra, se conocieron, se enamoraron y lograron convencer al alcalde del pueblo de que los casara unos días más tarde. Por desgracia, al día siguiente de la boda, al reincorporarse a su regimiento, el pobre Octave pisó una mina. Sus padres murieron de pena, y Hortense se quedó sola con Simone, su cuñada, que entonces contaba sólo quince o dieciséis años. Hortense tenía apenas veintitrés. Y, desde entonces, no se han separado un solo día. Abrieron una tienda de electricidad y la llamaron La factoría eléctrica de las hermanas Lumière. Con un apellido así, estaban destinadas a esa clase de negocio. Además de los productos básicos -cables, enchufes, revestimientos, interruptores-, se buscaron una especialidad: las lamparitas de noche y las lamparillas. Simone diseñaba los modelos, y Hortense los fabricaba. Las preferidas de Gaby eran las de tiovivos que dan vueltas impulsados por el calor de las bombillas de filamento. Las encontraba muy poéticas. A veces iba a su tienda sólo para verlas girar. Cerraron el negocio el año pasado.

Va a hacer ya setenta años que viven juntas. Bodas de platino, dijo Marceline, impresionada.

Empieza a llover, y vuelven corriendo a casa. Ferdinand añade más troncos a la estufa, Guy lava las tazas en el fregadero, y Marceline pone las alubias en agua para el almuerzo del día siguiente. Y... tratan de imaginar cómo se organizarían si fueran cinco viviendo en la granja. Recorren la casa y se dicen que sigue habiendo sitio de sobra. No habría ningún problema, la verdad.

Se paran al pie de la escalera, todavía necesitan hablar un poco más. ¿Será difícil convencerlas? Al fin y al cabo, no son como ellos dos, Guy y Marceline. Al ser más viejas, serán menos flexibles. ¿Hortense, noventa y cinco años, y Simone, ochenta y ocho? ¡Pero si podrían ser sus madres! Qué gracia... Deben de tenerle mucho apego a su casa, llevan viviendo allí toda la vida; eso será un problema. Sea como fuere, no pueden dejarlas en esa situación, sería... ¡omisión de socorro! Sí, sí, es verdad. Bueno, venga, no será muy fácil. Y ya está.

Ferdinand presiente que se pasará la noche estrujándose el cerebro, buscando las palabras adecuadas y perfilando sus argumentos. Marceline y Guy no dudan de sus capacidades. Saben por propia experiencia de lo que es capaz Ferdinand.

Se desean buenas noches. Marceline y Ferdinand se van cada uno a su habitación, y Guy se pone el abrigo. Antes de salir, coge unas brasas de la estufa y las mete en un cubo. *Berthe* lo acompaña, como todas las noches. Al entrar en el taller se estremecen los dos, el termómetro marca cuatro grados. Pone las brasas en el brasero y lo acerca lo más posible al banco de trabajo. *Berthe* se instala a sus pies, hecha un ovillo, sobre un montón de sacos de yute, y Guy se pone manos a la obra. Tiene dos bicicletas que arreglar para esa semana. Varias noches seguidas de trabajo. Justo la presión que necesita para no apoltronarse.

En la cama, Ferdinand mira al techo, con el ronroneo del gatito en la oreja. Por ahora no le ayuda a dormir, está pensando en mañana.

¿Qué les va a decir? ¿Con qué palabras? Y, sobre todo, ¿cómo?

El pobre está un poco asustadillo.

TRES + DOS

A Ferdinand le sorprendió lo rápido que fue todo. Al cabo de apenas tres frases, Simone se levantó, agarró de la manga a Hortense y se la llevó a la habitación. Las oyó hablar en voz baja menos de un minuto, luego volvieron, un poco temblorosas y con los ojos empañados, y lo abrazaron, primero una, y después la otra. El sobrino había estado allí el día anterior, después de marcharse Ferdinand y los niños, y las había dejado muertas de miedo. Habían pasado muy mala noche. Primero, llorando a sus dos periquitos, a los que habían encontrado muertos en el fondo de la jaula, con las patas para arriba y la tripa hinchada -una muerte del todo inexplicable-, y después planeando su partida, la grande, la definitiva, con sendas dosis de somníferos preparadas en sendas mesitas de noche. Habían previsto pasarse el día limpiando la casa de arriba abajo, pues querían dejarla impecable. Que nadie pudiera acusarlas, cuando ya no estuvieran, de marranas. ¡Ah, no, eso no! Jamás. Al final del día pensaban escribir una cartita para aquellos a los que pudieran interesar las razones de su partida. También habían decidido el menú para la cena, primer plato, segundo plato y postre: ¡nada más que dulces! Pastelillos rellenos de crema de café, merengues y bizcochos borrachos. ¡La diabetes y el cochino colesterol podían irse al cuerno, no pensaban privarse de nada! Y después habrían ido a acostarse -hacia las ocho y media, a no ser que hubiera habido una buena película en la tele o un documental interesante-, se habrían dicho adiós, hasta la vista, y algo como: «Con un poco de suerte y un grave error de rumbo, a lo mejor nos encontramos en el Cielo, querida», para reírse juntas por última vez, y, una hora después, todo habría terminado. La propuesta de Ferdinand llegaba, pues, como... ¿un chaleco salvavidas, un oasis en el desierto, una luz al final del túnel? Era una tregua, en cualquier caso. Así es que le dijeron que sí.

Para empezar, Ferdinand las llevó a la granja. Llovía a cántaros cuando llegaron. Pero no se les arruinó el peinado porque Marceline y Guy las esperaban fuera y las acompañaron hasta casa tapándolas con sus paraguas. En cuanto la dejaron junto a la estufa, Hortense se quedó dormida. Todos esos cambios en su rutina, el cansancio y las emociones acumuladas en los últimos días la habían dejado agotada. Empezó a dar cabezadas mientras se tomaba el café. Simone se encogió de hombros diciendo que no le hicieran caso, que le ocurría a menudo pero que no duraba mucho. Efectivamente, un cuarto de hora después se despertó sobresaltada. Tras mirar en derredor, sonriendo y asintiendo con la cabeza en señal de aprobación, se inclinó hacia Simone y le dijo en voz baja, pero lo bastante fuerte como para que todos la oyeran, que esos jóvenes eran encantadores y muy educados, que tenía que reconocerlo. Simone levantó los ojos al cielo,

irritada, y le dijo que dejara de decir tonterías. Y Hortense refunfuñó que sería fantástico si algún día llegaba a admitir que estaba equivocada. ¡Por Dios, Simone! ¡Los jóvenes de hoy en día no son todos tan malos, estoy harta de repetírtelo!

Debía de hacer lo menos veinte años desde su última visita a la granja para ver a los padres de Ferdinand, y no reconocieron nada.

Después de recorrerse toda la casa, eligieron dos pequeñas habitaciones contiguas situadas en la planta baja, algo muy práctico para Hortense, que ya no podía subir escaleras pues le dolían demasiado las rodillas, tanto que algunos días ni siquiera podía levantarse de la silla de ruedas. En una de las habitaciones decidieron instalar su dormitorio, y, en la otra, un saloncito para poder estar a solas las dos si lo necesitaban. A Ferdinand, Guy y Marceline les pareció una buena idea. Era más prudente.

Ahora tocaba ocuparse de la mudanza.

Ellas se fueron delante con Ferdinand para ir preparando las bolsas y las cajas. Guy enganchó el remolque al tractor, y Marceline se sentó a su lado en el guardabarros. No estaba acostumbrada. El sonido del motor, esos asientos metálicos tan fríos, los baches tan grandes y el olor a gasoil la marearon enseguida. No pronunciaron una sola palabra durante todo el trayecto, concentrados como estaban, ella en no vomitar, y él en saborear todas esas sensaciones que, cada vez, lo devolvían al pasado.

La elección era difícil, y Hortense y Simone estaban demasiado nerviosas por todo el jaleo. Nunca habían tenido que mudarse antes. Al menos no en los últimos setenta años. Ferdinand les propuso que lo hicieran todo en varios viajes, pero eso no las tranquilizó nada, al contrario. Se fueron a un rincón a hablar entre ellas en voz baja y, cuando volvieron, le dijeron que les daba mucho miedo que el sobrino regresara durante su ausencia y le prendiera fuego a todo. Una vez más, Ferdinand trató de explicarles que nadie tenía derecho a entrar en su casa sin su permiso, que se podía impedir que el sobrino lo hiciera, pero no le escucharon. Decidieron limitarse a elegir unas cuantas cosas. Hacía tan sólo unas horas ¡estaban dispuestas a dar el gran salto sin llevarse nada, así que eran mayorcitas ya las dos como para saber elegir! No se llevarían más que lo estrictamente necesario, Ferdinand se sorprendería.

Lo «estrictamente necesario» no era la expresión más adecuada para calificar lo que decidieron llevarse al final. Con tantos años acumulados -y multiplicados por dos, encima- habían juntado muchas pertenencias, como es natural. Ferdinand, Guy y Marceline ahogaron una carcajada. ¡Había lo menos para llenar hasta arriba cuatro remolques! Cargaron primero todos los enseres de su dormitorio y del salón. Pero cuando volvieron para un segundo viaje, las dos mujeres habían cambiado de opinión, y ya sólo quedaban unos pocos cachivaches, una maleta de productos eléctricos y la silla de ruedas. Una vez cargada ésta en el remolque, Hortense, vestida con su gabardina y calzada con sus botas de goma, insistió en que la ayudaran a subir al remolque, pese a los gritos y las recriminaciones de Simone. Quería hacer el viaje ahí arriba, sentada en su silla, para ver el paisaje y admirar el panorama, como cuando era pequeña e iba subida en la carreta de sus padres. Simone se enfadó. ¡Pero Hortense le replicó que no le tenía miedo! ¡Que pensaba hacer lo que le diera la gana! ¡Y punto!

Se esforzaron entre los tres para subirla al remolque. Y Simone se tapó los oídos, murmurando: «Ya está, se le está yendo la cabeza», cuando Hortense se puso a cantar a voz en cuello: *Aim singuin in de rein, aim singuin in de rein, uat a biu tiful filin, aim japi eguen...* Un

homenaje a la película que no se perdía por nada del mundo cuando la echaban por la tele, en Navidad. Nunca había entendido muy bien la historia, ni lo que decían en las canciones, pero le encantaba que la gente se pusiera a bailar y a cantar bajo la lluvia con ese aire tan contento. Le parecía maravilloso. Eso no lo hacía nunca nadie en la vida real. Bueno, sí, los niños, pero sólo si no andaban los padres cerca...

Guy puso en marcha el tractor.

Y Hortense gritó: ¡Sube al coche, Simone! ¡Rumbo a lo desconocido!

Durante el resto del trayecto no pronunciaron una sola palabra. Concentradas como estaban, Simone, en tratar de no llorar pensando en todo lo que dejaba atrás, al amparo en el coche de Ferdinand, y Hortense, encaramada en lo alto del remolque azotado por el viento y la lluvia, saboreando ese paseíto que la llevaba al pasado, noventa años atrás, como si fuera ayer y volviera a tener cinco años.

SUEÑO ACUÁTICO

Ludo se levanta, va de puntillas hasta la cama de su hermano pequeño y se inclina sobre él para preguntarle en voz baja:

- ¿Por qué lloras?
- Quiero que venga mamá.
- Está trabajando.
- Quiero que venga igual.
- Antes dime por qué lloras.
- Me he hecho pis.
- ¿Y quieres que venga sólo por eso?
- Mi pijama está todo mojado.
- Hay otros en el cajón. Toma, ponte éste.
- Las sábanas también están mojadas.
- ¿Todavía tienes ganas de mear?
- No. Pero dime una cosa, Ludo, ¿mear es una palabrota?
- Sí.
- Ah.

El pequeño Lu está encantado.

- ¿Seguro que ya no tienes ganas?
- No, me lo he hecho todo en la cama.
- Entonces vale, puedes venirte a dormir a mi cama.

Se acuestan uno al lado del otro. El pequeño Lu está contento.

En la oscuridad mira al techo sonriendo.

- Ludo, ¿sabes por qué no me he podido aguantar?
- No.

- Porque estaba soñando que estaba en el mar, y el agua estaba tibia, y no necesitaba flotador porque sabía nadar y bucear, y veía muy bien debajo del agua, y podía nadar como los peces grandes y jugaba con ellos, y eran muy simpáticos conmigo, eran como mis mejores amigos, y luego después, no sé por qué, bebí mucha agua y me *hací* pis en el mar.

- Sí, ya sé. A mí a veces también me pasa cuando estoy en la piscina.

Un momento después:

- ¿Ludo?

- Mmm...

- ¿Estás dormido?

- Mmmcasi.

- ¿Y sabes qué? Que en mi sueño estaba también la tía Gaby. Nadaba conmigo, y jugábamos los dos con los peces grandes.

- ¿Ah, sí?

- Sí.

- ¿Y te hablaba?

- Un poco.

- ¿Y qué te decía?

- Ya no lo sé...

- ¡Intenta acordarte!

- Era en el sueño... lo intento, pero ya no me acuerdo...

Ludo le da la espalda bruscamente, mete la cabeza debajo de las sábanas y murmura...

- Qué mierda.

Con el corazón hecho pedazos.

EL CORAZÓN DE HORTENSE ESTÁ CANSADO

Hortense está en cama desde que Simone y ella llegaron a la granja. Se le ha bajado el catarro al pecho, y le cuesta respirar. Gérard se acercó a visitarla el día anterior y dijo que si no mejoraba en las cuarenta y ocho horas siguientes, no habría más remedio que ingresarla. Mientras tanto, le prescribió un tratamiento que incluía inyecciones, por la mañana y por la noche. Tendrán que llamar a una enfermera, o ponérselas ellos mismos, tampoco es tan complicado. Antes de marcharse, Gérard prefirió hablar claro: aunque hubiera una mejoría, no debían hacerse ilusiones, sería sólo pasajera. El corazón de Hortense está cansado.

Entre los cuidados que hay que prodigarle, la nueva casa y todos esos cambios tan radicales, Simone tiene los nervios a flor de piel. Esa mañana Guy se ofreció voluntario para la primera inyección. Ella le puso sobre aviso: se exponía a que Hortense le mandara a hacer gárgaras, pues la anciana era muy quejica y, además, tenía pánico a las agujas. Efectivamente, fue un mal trago. Hortense primero lloró, luego quiso negociar y, enseguida, pasó a insultarle, y cuando él se acercó por fin con la jeringuilla, intentó golpearlo. Guy clavó la aguja como pudo, donde pudo y de cualquier manera. ¡Ella pidió auxilio a Simone, le suplicó que no la dejara sola con ese monstruo que había tratado de asesinarla cobardemente! Unos minutos más tarde, el hematoma provocado por el pinchazo se le extendía ya por toda la pierna. Simone se asustó y llamó psicópata a Guy.

Ofendido, éste decidió dejar a los demás arreglárselas con las dos ancianas y enfrascarse en la elaboración de un *planning*. De modo que ahora mismo está ocupado en dibujar con aplicación una tabla en una hoja de papel, traza líneas y columnas para los horarios, las medicinas que hay que administrarle a Hortense, cuándo hay que tomarle la temperatura, etc. Y decide ponerle un título: *Organivieja*. No es muy bonito que se diga, pero es su pequeña venganza, y a él le hace gracia. Mientras tanto, Ferdinand prepara el té y el café del desayuno, preguntándose si al final no habrá sido una mala idea traer a casa a las dos viejitas. Es una responsabilidad muy grande, él en ningún momento había previsto tantos problemas de salud. Ahora se arrepiente de su decisión.

Hay tensión en el ambiente. Beben a sorbitos su té o su café reflexionando sobre el problema. Los dos gatos y la perra notan que no es buen momento para reclamar las sobras del desayuno, así que se están tranquilitos junto a la estufa. Los gatos ven llover por la ventana, y, en cuanto a *Berthe*, bosteza, se estira despacio sobre las baldosas de la cocina y se sume en un sueño ligero. Sueña que está paseando, es verano, hace calor... De pronto ve moverse algo entre la hierba alta,

a lo lejos. Echa a correr, su respiración se acelera, y gime. Molesto, *Mo-ye* decide ir a dar una vueltecita al desván. De camino salta sobre el lomo de la perra, clavándole las garras con fuerza. *Masmalo* lo imita.

Entonces Guy, Marceline y Ferdinand levantan la cabeza al mismo tiempo. Se les ha ocurrido una idea. ¿Tal vez la misma a los tres? Pero cada uno decide no decir nada por el momento a los otros dos. Prefieren madurar su idea durante el día, analizarla en profundidad, sopesar los pros y los contras y dar con los argumentos que la sostengan. No quieren precipitarse, ya hay suficientes desgracias, no necesitan ninguna más.

Hacia las once Marceline vuelve de la huerta y busca a los dos hombres para exponerles su plan, pero no los encuentra por ninguna parte. Cambia el agua de las alubias, las pone a hervir con una pizca de bicarbonato (para evitar los gases) y va a llamar a la puerta de las hermanas Lumière. Simone está encantada de verla. Le dice al oído que Hortense se ha dormido por fin, y aprovecha su visita para ir al retrete. Le gusta tomarse su tiempo en el trono, escuchar la radio, hacer crucigramas, es su recreo del día. Al cabo de un cuarto de hora, al ver que no vuelve, Marceline sale de la habitación de puntillas, dejando la puerta abierta por si Hortense se despierta, y se va a la cocina. Echa un vistazo al *planning Organiveja* pegado con chinchetas en la puerta: Guy la ha apuntado para el turno de cuatro a seis. No le viene bien, así que le cambia el horario a Ferdinand.

Antes de mediodía éste llama para decir que no los esperen para almorzar pues él y Guy se han encontrado con unos amigos en el bar y van a comer todos juntos. Muy bien. Simone ya está sentada a la mesa, tiene un hambre de lobo. Entre bocado y bocado, le dice a Marceline que a Hortense le gustaría tomar el café en su habitación pues quiere hablarle de cosas importantes. Marceline le pregunta si sabe de qué, y Simone le contesta, algo secamente, que ya se verá. Odia hablar con la boca llena, es peligroso, podría atragantarse y ahogarse. ¡Y ya lo que les faltaba!

Hortense se para a cada palabra para respirar, es agotador. Para aliviarla, Simone completa sus frases y añade comentarios. Hortense intenta decir que... es muy amable por haberlas acogido. Sí, sí, no es algo que hubiera hecho cualquiera, eso desde luego. Y también... que no se hace ilusiones sobre su salud, por lo que si empeorase, quiere estar segura de que ayudarán a Simone a tomar la decisión de env... Las últimas palabras quedan ahogadas por un terrible ataque de tos, y Simone, esta vez, no la ayuda a terminar la frase. De todas formas la han entendido, preferiría terminar en un hospital. Con lágrimas en los ojos, Simone le da un beso en la frente.

- Sí, sí, Hortense mía, se hará como tú quieres. Pero ahora tienes que descansar, todavía no ha llegado tu hora. Si no yo lo sabría, ¿o qué te crees?

A las dos, Marceline empieza su turno de velar a la enferma.

Simone podrá dormir la siesta.

O pasar el rato en el cuarto de baño haciendo crucigramas, lo que prefiera...

A MURIEL LE DA UN BAJÓN

La profesora se volvió frunciendo el ceño, recelosa. Los alumnos siguieron cogiendo apuntes como si nada, y Muriel hizo una mueca, hundiendo la cabeza entre los hombros. Era la tercera vez esa semana que olvidada apagar el móvil durante las horas de clase. Si la profesora descubría que era otra vez el suyo el que había sonado, era capaz de expulsarla. No había sacado muy buenas notas, y eso sería... el fin. ¡Sólo le quedaba esperar que al imbécil que acababa de mandar el mensaje no se le ocurriera llamarla para comprobar que le había llegado!

Esperó a la pausa del almuerzo para echar un vistazo al móvil. Era un sms de Mireille, la dueña del restaurante. Le ofrecía otro curro: al día siguiente, sábado, desde las dos de la tarde hasta la madrugada. Y le pedía que le contestara urgentemente. Sería como la otra vez, para terminar a las dos de la madrugada, se dijo Muriel. Era una pena, porque estaba hecha polvo. No es que hubiera motivo, pero últimamente sólo tenía ganas de dormir y dormir sin parar. Incluso cuando estaba en clase. Por eso, ese fin de semana, antes de devolverle la habitación al propietario, tenía previsto aprovechar para no dar un palo al agua, para quedarse todo el día tumbada a la bartola y escuchar música o dormir a pierna suelta, sobre todo no abrir un solo cuaderno, no dar ni golpe, vamos. Pero necesitaba pasta y tenía que buscar otra casa si no quería verse en la calle. Joder. Sólo quedaba una semana para las vacaciones de Navidad. Si no encontraba nada antes, estaba jodida y bien jodida. Tecleó la respuesta para Mireille: «OK x millón gracias Muriel.» Y se fue a la agencia inmobiliaria. Eran las doce y media pasadas, había un cartel en la puerta: «Su agente está haciendo una visita, por favor vuelva después de las 14 h.» Se lo imaginó en su casa, sentado a la mesa con su mujer, comiendo y viendo las noticias en la tele. Eso la enfureció, y volvió a la escuela. Al pasar delante de la panadería aflojó el paso para disfrutar del aroma a pan recién hecho, pero no se detuvo. No valía la pena comprobar otra vez si se había perdido alguna moneda en el fondo de su bolso o se había colado por el agujero del forro. Ya había buscado bien el día anterior y no había encontrado nada.

Cuando despertó, algo más tarde, estaba tendida en la cama de la enfermería y no sabía cómo había ido a parar allí. Pero de golpe lo recordó todo. Volvió a ver la cabeza de Louise, inclinada sobre ella, preguntándole con aire preocupado si estaba bien... «¿Muriel? ¿Estás bien? Joé, tía, qué pálida estás. Profesora, venga rápido, Muri...», y ¡zas!, fundido en negro. Ya no había sonido ni imagen. La enfermera le trajo un vaso de agua con azúcar y la ayudó a incorporarse para que pudiera beber. Le sentó bien. Luego le volvió a tomar la tensión -8-5, le estaba subiendo despacito- y le hizo unas preguntas. ¿Se había desmayado alguna vez antes? Nunca. ¿Tenía alguna

preocupación en ese momento? Nada especial. ¿Estaba embarazada? ¡Pues claro que no! ¿Comía con regularidad? Muriel eludió la pregunta y trató de levantarse. Pero entonces vio estrellitas bailando ante sus ojos y volvió a tumbarse enseguida. La enfermera suspiró. Rodeó su escritorio, rebuscó en un cajón, sacó una barrita de cereales -que había guardado allí a propósito para su tentempié de media tarde- y se la tendió a regañadientes. Muriel se la zampó casi sin masticar y le dio las gracias con una sonrisa de oreja a oreja. Se encontraba ya mucho mejor, y pudo volver corriendo a las aulas.

No quería perderse la clase práctica sobre inyecciones, transfusiones, extracción de sangre y administración de tratamientos... Llevaba demasiado tiempo esperando ese momento.

A LA SALIDA DEL COLEGIO

A las cuatro menos cinco sonó el teléfono, pero Simone no contestó. Estaba viendo una serie en la tele y se había puesto los cascos, por lo que no oyó el timbre. Tuvo que correr Marceline a descolgar. Mireille quería hablar con Guy o con Ferdinand. ¿Aún no habían vuelto? Bueno, no importaba, se lo contaría a Marceline. Roland y ella habían discutido; pero había sido una pelea seria, mucho más que las otras veces. Por eso necesitaba que alguien fuera a recoger a los niños al colegio al terminar las clases, a las cuatro y media, y se los llevara a la granja a pasar allí el fin de semana. ¡Así no tendrían que presenciar sus peleas y no acabarían traumatizados! Pero también había otra razón: les habían encargado, sin avisarles con mucha antelación, que prepararan una cena de cumpleaños para el día siguiente, unos sesenta cubiertos. Terminaría tarde, así que de todas maneras los niños estarían mucho mejor con ellos en la granja. Ella no tenía más remedio que quedarse, por el trabajo, pero era una putada... ¡Huy, perdón! Marceline le dijo que no se preocupara, que tenía previsto ir al pueblo de todas maneras, así que se daría prisa en prepararse e iría ella misma a recoger a los niños al colegio.

Redactó el informe de su turno de guardia en unas pocas frases: Hortense al final se había tomado todas las medicinas, se había bebido la infusión, había hecho las inhalaciones sin protestar demasiado y había dejado incluso que le dieran un masaje en las piernas para evitar las llagas. La fiebre le había bajado un poco, era buena señal. Ahora estaba durmiendo, por lo que Simone podría seguir viendo tranquilamente la serie -pero ya sin los cascos, ¿eh?- y quizá hasta le diera tiempo a empezar un crucigrama o un sudoku nivel 6, para sacudir un poco sus pobres neuronas atontadas con la cursilada que estaba viendo en la tele. Simone se rió sin apartar los ojos de la pantalla.

No podía perder tiempo. Después de vestirse con ropa de abrigo, Marceline se puso el chubasquero y las botas. *Cornélius* estaba en el fondo del huerto. Cuando la oyó llamar, llegó galopando, pisoteando de paso los últimos puerros de Ferdinand. Lo enganchó a la carreta, mascullando que no le parecía bien esa forma de comportarse, era una vergüenza, de verdad, echar a perder todas esas verduras tan buenas. El burro asintió, pero a Marceline no le hizo gracia. Entonces frotó la cabeza contra su hombro, y ahí ya sí consiguió arrancarle una sonrisa. En cuanto terminó de engancharlo, *Berthe* se encaramó a su lado en la carreta, y salieron de la granja a toda velocidad.

Mireille la esperaba en la puerta del colegio con los niños. Había llenado un carrito de la compra con ropa, juguetes, libros y comida suficiente para un regimiento. Los dos hermanitos

estaban muy nerviosos. Le tendieron a *Cornélius* el corazón de las manzanas que se acababan de merendar, y éste, sin esperar siquiera a sus preguntas, se puso a asentir con la cabeza, desconcertando al pequeño Lu. Pero como parecía que su hermano no lo veía raro, dejó a un lado sus dudas.

- Qué, parece que te gustan mucho las manzanas, ¿eh, *Cornélius*? Entonces, ¿te alegras de vernos? ¿Quieres llevarnos en la carreta? Pero mira, vamos con este carrito y las carteras, ¿no será mucho peso para ti?

La respuesta llegó como un jarro de agua fría.

- Mecachis... ¿Has visto, Ludo? Dice que es mucho peso.

- Que no, hombre, mira. *Cornélius*, estás de broma, ¿verdad?... ¿Ves?

Y su hermanito suspiró.

Después de darles un beso y enumerarles todas sus obligaciones -hacer los deberes, no decir palabrotas, cepillarse los dientes mañana y noche y, por cierto, ni un caramelo en todo el fin de semana, ¿eh?-, Mireille le pidió a Marceline si no le importaba darles clase de solfeo -ay, perdone que no se lo haya dicho antes, ¿sería posible?, qué detalle, muchas gracias-, y se marchó corriendo porque tenía un montón de cosas que preparar en el restaurante. Marceline se puso en camino, pero no tomó la dirección de la granja, sino que se detuvo junto a un gran edificio y les dijo a los niños que tenía que hablar con alguien, aún no sabía con quién, pero que ya lo vería sobre la marcha, y que no tardaría. Fue el pequeño Lu el primero en descubrir el coche aparcado algo más lejos, con Guy y Ferdinand sentados dentro. Qué susto se pegaron cuando llamaron al cristal de la ventanilla gritando ¡uh! Los niños se partían de risa.

Ni siquiera les dio tiempo a explicarles qué hacían ahí porque, enseguida, se abrieron las puertas del edificio ante el cual se encontraban, y salió un tropel de alumnos corriendo y gritando. Ludo reconoció enseguida a Muriel y a Louise, las chicas que habían ido a trabajar al restaurante el día del banquete. Eran muy simpáticas y muy guapas, y le había encantado su perfume, por lo que insistió en ir a saludarlas. Marceline y Ferdinand lo siguieron. Al verlo llegar, Louise se echó a reír.

- ¡Anda, Muriel, mira, pero si es el hijo de la dueña del restaurante! ¿Y qué haces tú por aquí? ¿Es que buscas una novia enfermera, es eso? Mira tú qué listo el niño...

Ludo agachó la cabeza y murmuró «pedorra», y entonces Muriel intervino:

- No le hagas ni caso, es boba, pero no es culpa suya, ¡está la primera en la lista de espera para un trasplante de cerebro!

Se echaron a reír las dos, y Ludo se marchó corriendo, ofendido, dejando a Marceline y a Ferdinand plantados en medio de los corrillos de jóvenes. Cada uno por su lado, ambos se dijeron que quizá su idea no fuera tan buena después de todo, que tal vez tuvieran que buscar otra solución y que no tenía sentido decir nada a nadie por el momento. Justo cuando ya volvían con Guy y con los niños para marcharse, Muriel se detuvo junto a ellos para contestar una llamada al móvil. Y oyeron su conversación: sí, ese año era mucho más duro, que sí, que sí, que estudiaba mucho, que no, que aún no se había mudado, y de hecho ya se estaba agobiando, le daba miedo no encontrar nada porque entonces no tendría más remedio que marcharse de allí, cambiar de escuela, o dejar los estudios... En ese momento se le quebró la voz pero se recuperó enseguida. Lo bueno era que la habían llamado para un curro en un restaurante, un día nada más, pero menos da una piedra, al menos ese día comería todo lo que quisiera, y... y nada, encontraría una solución sí o sí, bueno, no

le quedaba batería, tenía que colgar, ya hablarían otro día, un beso, abuelita, y no te preocupes, todo va a salir bien, te lo prometo. Colgó, se sentó en el bordillo de la acera, bajó la cabeza y se puso a llorar. *Berthe* se le acercó gimiendo, le hundió el hocico entre el cabello y en el cuello y le mordisqueó la oreja. Sorprendida, Muriel levantó los ojos. Ante ella estaba la perra, pero también Ludo y su hermano pequeño. Los niños le tendían unos caramelos con cara triste, y, detrás de ellos, estaban los tres viejos, que la miraban sonriendo.

Y así fue como conocieron a Muriel.

A la pregunta: ¿sabes poner inyecciones?, ella contestó que sí, pero no dijo que no había puesto una en su vida, naturalmente. Luego, para ponerla a prueba, le hicieron una descripción de Hortense exagerando los aspectos más negativos. Le hablaron de su estado de salud, los cuidados que debía recibir, su pánico a las agujas, sus cambios repentinos de humor, sus lagunas de memoria... Ella los escuchó sin decir nada. Les pareció que no se amilanaba, era lo que andaban buscando, alguien que no se ahogara en un vaso de agua. Los conquistó a los tres, de modo que le explicaron su plan, un plan que cada uno había pergeñado por su cuenta sin ponerse siquiera de acuerdo con los demás: a cambio de una o dos horas de cuidados al día, según las necesidades, le ofrecían alojamiento, comida y colada. Muriel abrió unos ojos como platos. Si sólo hubiera dependido de ellos, habrían cerrado el trato ahí mismo, pero aún tenía que pasar el examen de Hortense, que no era moco de pavo. Muriel declaró que estaba dispuesta a intentarlo, y le hicieron un hueco en el coche.

PRIMERA INYECCIÓN

Tras preparar la jeringuilla, Muriel se lavó cuidadosamente las manos y se puso los guantes. Luego cogió una gasa, la impregnó de un producto antiséptico y limpió con ella la piel que rodeaba la zona superior externa de la nalga de la paciente con un movimiento circular: desde el centro hacia fuera, para alejar los gérmenes del punto de punción... Hasta ahí todo bien, salvo que le temblaban ligeramente las manos. Se concentró, respiró hondo y se inclinó hacia Hortense. Con aire misterioso, le murmuró al oído que notaba algo extraño en esa casa. Como si las paredes hablaran, ¿no le parece, señora Lumière? Hortense la miró sorprendida y, sin rodeos, le gritó que estaba completamente chalada, ¿que más le valía que la viera un médico! ¡Simone, no me dejes con esta chica, está loca de atar! ¡Se cree que es Juana de Arco, oye voces! Pero Muriel no se dejó impresionar. Se acercó más aún a Hortense. Pero escuche, escuche bien, parece casi como si las paredes cantaran, se lo aseguro. Con voz trémula y rota, exagerando las erres...

*Oís esos cantos
melodiosos y dulces.
Barrrrcos de flores
donde las parejas bailan
prometiéndose amooooorrr eterrrno...*

A Hortense se le iluminó la mirada. Y, con total naturalidad, cantó la estrofa siguiente...

*Noches tierrrrnas,
noches dulces,
noches de amoorrr...
Noches dulces...
Noches tierrrrnas...*

Recordó la canción entera, desde el principio hasta el final. Mientras cantaba, Muriel aprovechó para pincharla. Su primera inyección. Su bautismo, por decirlo así. Hortense no dejó de cantar, ni siquiera cuando la aguja le atravesó la piel. Esta vez no hubo ni gritos, ni llantos ni moretón en el muslo. Un trabajo impecable. Y cuando todo acabó, Simone aplaudió. Fue un verdadero triunfo.

A continuación Ludo y su hermanito acompañaron a Muriel a visitar la granja.

Sin dudarle un segundo, eligió una habitación en la otra ala de la casa, la que había quedado desocupada a la muerte de los padres de Ferdinand hacía veinte años. Era pequeña y vieja, pero le recordaba a la casa de sus bisabuelos, donde pasaba las vacaciones cuando era pequeña. El mismo ambiente, el mismo olor. Una mezcla de polvo, humedad, papelajos viejos y... ¡pis de ratón! Los niños se rieron cuando lo dijo. Ferdinand y Marceline, mucho menos. Sabían lo que significaba eso. Olfatearon el aire, molestos, y sus miradas se cruzaron. Estaba claro que habría que pedir ayuda a *Mo-ye* y al pequeño *Masmalo*, y después fregar el suelo con jabón de lagarto, enjuagar con vinagre blanco, añadir bicarbonato... Si es que con eso era suficiente. Muriel siguió visitando la granja. Al abrir un cajón del aparador descubrió una colección de llaveros, tapones de corcho, algunos con agujas para comer caracoles pinchadas encima, viejas velas de cumpleaños medio fundidas y unas fotografías en blanco y negro muy pequeñas con los bordes dentados. Lo que más le llamó la atención fueron las postales de recuerdo, pegadas en los cristales de las puertas del aparador. Tuvo una impresión de *déjà-vu*. ¿Eran las mismas que en casa de sus bisabuelos? Lugares donde, estaba segura, jamás habían puesto los pies en su vida. Y, sin embargo, les hubiera encantado ver Biarritz y sus elegantes bañistas posando en la playa de la Milady, el monte Saint-Michel envuelto en bruma, el paseo de los Ingleses en Niza, su carnaval, sus palmeras y ese mar tan azul, o los castillos del Loira...

Sentados a la mesa de la cocina, hablan sobre el futuro inmediato.

Muriel va a intentar convencer a su casero para que le deje marcharse antes de lo previsto y le reembolse la última semana de alquiler. Si acepta, podría mudarse mañana mismo, sábado. Si no quiere, que es lo más probable, pues nada, habrá que esperar a la semana siguiente. Pase lo que pase, hasta entonces se las apañará para venir mañana y noche a ponerle a Hortense sus inyecciones.

Es muy emocionante, Muriel todavía está que no se lo cree. Pero, de pronto, se agobia: ¡mañana sábado hay un problema! Tiene que trabajar en el restaurante hasta la madrugada, no podrá ir a ponerle la inyección de la noche. Entonces Guy le dice que conoce bien a la dueña del restaurante y que va a intentar arreglarlo con ella. Coge el teléfono, llama a Mireille y le explica la situación. Ésta protesta un poco y se muestra reacia, por pura costumbre. Pero después de calcular que Muriel tardará como mucho media hora en ir y venir, y sabiendo que los primeros comensales no llegarán antes de las ocho, al final accede, por esta vez pase, tío Guy. Muriel se ha quitado un peso de encima.

Antes de irse les avisa de que todas sus pertenencias caben en una sola maleta, una mochila y dos cajas de cartón. La mudanza no llevará mucho tiempo. Una decepción para Guy, esta vez no será necesario que saque el tractor y el remolque. Echará de menos los baches de la carretera, el asiento de metal tan duro, el olor a gasoil... Una verdadera lástima.

NOMBRES DE GATO

Después de cenar, Guy fue a acostar a los niños. El pequeño Lu le pidió que le leyera su cuento preferido, pero a las pocas páginas se quedó dormido como un tronco. Ludo se sabía la historia de memoria, no le apetecía volver a escucharla. De hecho, él no quería que le leyeran libros, era mayor y se los leía él solo, y además ya no necesitaba mimos para dormirse. Justo antes de que Guy saliera de la habitación, le preguntó si podía ir al cementerio con él al día siguiente. A Guy le sorprendió la pregunta. Por lo general iba a las siete de la mañana, cuando aún era de noche, no era el horario más adecuado para llevar a un niño. Así que le contestó que irían juntos, prometido, pero... otro día. Ludo insistió, le dijo que era muy importante, que tenía que ir a toda costa, que era como una promesa que debía cumplir. Un poco turbado y sin pensárselo demasiado, Guy le propuso llevarlo el domingo.

Como parecía que no iba a llover esa noche, Ferdinand, Marceline y Simone se habían instalado en el banco de fuera a beberse el café y las infusiones. Cuando se les unió Guy, hablaron de todo lo que tendrían que hacer en el futuro apartamento de Muriel: cambiar el colchón porque el que había era muy viejo, poner una bombona de gas llena para la cocina y el calentador, arreglar la lamparita de noche y cambiar el fluorescente de la cocina, sellar con silicona los bordes de la ducha y del fregadero, lavar las cortinas... Eran muchas cosas, iban a tener que organizarse para poder dar abasto con todo. Sobre todo si la niña se mudaba al día siguiente, como esperaban. Suspiraron todos a la vez. Simone, porque era un alivio que Hortense la hubiera aceptado tan bien, y Ferdinand, Marceline y Guy, porque se alegraban de que se les hubiera ocurrido la misma idea a los tres a la vez. Tal vez fuera una señal. En cualquier caso, Muriel parecía una joven simpática y competente, sólo quedaba ver cómo se desenvolvía. Pero no había ningún motivo para que las cosas no salieran bien. Más cansada que los otros tres, que eran más jóvenes, Simone se levantó y anunció que quería supervisar ella misma todo el tema de la electricidad. Era su terreno, al menos lo había sido los últimos setenta años, que no se les olvidara, ¿entendido, compañeros? Señorita Simone Lumière, ¿con un apellido así, como para olvidarlo!, contestaron los tres a coro. A Simone le gustó ese comentario y se fue a la cama muy contenta. El segundo en levantarse del banco fue Guy, no para acostarse, sino para trabajar parte de la noche en su taller. Tenía una nueva bicicleta que arreglar, y esa misma noche se le había ocurrido regalársela a la pequeña. Le sería muy útil para ir y venir de la granja a la escuela de enfermería. Marceline y Ferdinand estaban de acuerdo. Sería perfecto que pudiera ser autónoma, claro. Guy fue por unas brasas para su brasero, se despidió de sus amigos y atravesó el patio

rápidamente. Con la cabeza en el regazo de su dueña, *Berthe* lo siguió con la mirada y, justo cuando iba a cerrar la puerta del taller, se puso en pie de un salto y lo alcanzó a todo correr. Marceline y Ferdinand se quedaron sentados en el banco, sin decir nada, saboreando el placer de estar solos. Pero no duró mucho porque pronto se levantaron de un salto ellos también al recordar una cosa muy urgente: ¡los ratones! Marceline fue a buscar a *Mo-ye*, y Ferdinand, al pequeño *Masmalo*. Y, cada uno con su gato bajo el brazo, entraron en la vieja habitación. El olor a pis de ratón era muy fuerte. Los gatos entendieron perfectamente lo que se esperaba de ellos, no hacía falta hacerles un dibujo. Saltaron de los brazos de sus respectivos dueños y se pusieron manos a la obra enseguida.

Después del olor, lo que más notaron fue el frío. Veinte inviernos seguidos sin la más mínima lumbre, no era de extrañar que el ambiente fuera tan gélido. Por eso, pese a lo tarde que era ya, decidieron deshollinar la chimenea y encender la estufa. Iban a ser necesarios al menos tres días y tres noches para que las paredes empezaran a calentarse, así que más valía empezar cuanto antes.

Hacia medianoche, cuando terminaron esas tareas, volvieron a la cocina para lavarse las manos. Se las frotaron largo rato en el fregadero para quitarse todo el hollín incrustado. En realidad se tomaban su tiempo para poder estar un rato más uno al lado del otro. Les apetecía seguir hablando juntos de cosas sin importancia, del menú del día siguiente o de los nombres de sus gatos...

- Por cierto, ¿por qué se llama *Masmalo* el suyo?

- Ese nombre no lo elegí yo, fueron mis nietos. El gatito les pareció tan dulce, tan blandito, que le pusieron nombre de caramelo, ya sabe, *marshmallow*, pero como es difícil de pronunciar, ¡pues se quedó en *Masmalo*!

- Es un nombre muy lindo. Suena un poco masculino, pero ahí está la gracia.

- ¿Cómo que ahí está la gracia?

- *Masmalo*, el gatito malo, ¡más bien la gatita mala, diría yo!

- No comprendo...

- Sí, sí, Ferdinand, se lo aseguro, es verdad.

- Pero...

Su primera reacción fue pensar que Marceline estaba equivocada. Porque, caray, se habría dado cuenta de si el gatito no tenía... Y, entonces, le entró la duda. Por más que hacía memoria no conseguía recordar haber visto las pelotillas en el trasero de su gato. Ayayay... Se puso a pensar en lo que les diría a los niños, en cómo iba a justificarles ese error de discernimiento. Quizá el no haber tenido nunca antes gato explicara la cosa... Marceline se echó a reír al ver la cara que ponía. Ferdinand se relajó. *Masmalo*, un gatito malo para cazar ratones, sí, tenía su gracia el nombre. Y sí, vale, no se le daba muy bien determinar el sexo de los gatos. Ni el de los perros, de hecho. Se burló de sí mismo al evocar aquella ocasión en que se cruzó con *Berthe* en la carretera, el día de la famosa fuga de gas, y le habló como a un perro. Le gritó, lo recordaba perfectamente: «¿Adónde vas, chaval? Por ahí de juerga, ¿eh?» Pues sí, tenía que reconocer que no veía tres en un burro. Marceline estaba de acuerdo con él.

- El suyo también tiene un nombre bastante especial. *Mo-ye*, ¿qué es, polaco?

- Sí.

- ¿Y significa algo?

- Sí.

- ¿El qué?
- *Moe*, quizá.
- ¿*Mo-ye* significa «quizá»?
- Sí.
- Ah.

La continuación lógica sería, por supuesto, que él le preguntara que por qué eso de «quizá». Entonces tendría que explicarle, entrar en detalles, hablar del pasado, y a Marceline le dio miedo. Para zanjar el asunto fingió un bostezo, pretextó un cansancio repentino y muy grande, le deseó buenas noches y corrió a acostarse. Él se quedó como un tonto, plantado en mitad de la cocina, con un trapo en la mano y la desagradable impresión de que lo habían dejado tirado como a una colilla. Hasta que oyó el sonido quedo de sus pasos en el pasillo. Marceline se detuvo en el umbral, asomó la cabeza por la puerta y le dijo muy bajito...

- Fue Danuta quien decidió ponerle ese nombre. Ella y Olenka. Mis hijas. Les parecía bonito.

Ferdinand se sorprendió. Era la primera vez que le hablaba de sus hijas. Bajó los ojos, farfullando que sí, en efecto, era muy bonito, y se concentró en las rayas del trapo con el que llevaba ya varios minutos secándose las manos.

Cuando se fueron a la cama eran casi las dos de la madrugada. Hacía mucho tiempo que no se habían acostado tan tarde y les sentó bien. Hablaron mucho. Ferdinand, de sus dos hijos, y Marceline, de sus gemelas. Después de esa conversación ambos sabían ya un poco más el uno del otro. Ella, que Ferdinand lamentaba no haber sabido ser mejor padre, y él, que Marceline había perdido a sus dos hijas en un accidente, pronto haría siete años. Le dio mucha impresión enterarse, sintió que se le encogía el corazón. Estuvo a punto de tomarle la mano, pero se contuvo a tiempo.

¡Pero no hablaron sólo de cosas tristes!

Hasta se rieron un poco. Sobre todo cuando Ferdinand se puso a pensar en voz alta sobre lo que les diría al día siguiente a los niños para explicarles lo de la gatita *Masmala*. ¿Que ese día no se había puesto las gafas? ¡Pero si sabían perfectamente que no llevaba gafas! ¿Que había bebido demasiado? Ése era un argumento muy feo, seguro que se le ocurría otro mejor, sostuvo Marceline. Bueno, pero una cosa estaba clara, no era el único en equivocarse, conocía a otros que tampoco andaban muy finos. ¡Por ejemplo, Raymond y Mine, especialistas en la materia! Y también Alain, Fergus y Barbara, otros que lo mismo. Y Marie, Marco y Loubé, y Christian y Moïra... Y le dio ejemplos: *Youki* en realidad era *Youka*, *Riton* debería haberse llamado *Rita*. El *Blando* había terminado siendo *Pepita*, y las dos gatas de los Sauvage... ésa sí que fue buena, ¡una de las dos tenía bolas! Qué risa el día en que se lo dijo el veterinario...

Y patatín y patatán.

Hablaron mucho, mucho rato.

Hasta las dos de la madrugada.

Al pie de la escalera, les habría gustado darse un abrazo antes de irse a dormir. Un abrazo del todo casto, se entiende. Pero no se atrevieron.

La próxima vez, ¿*Mo-ye*?

LOS LULÚS COCINEROS

El sábado por la mañana, Ludo y el pequeño Lu se despertaron con un hambre de lobo. Bajaron a la cocina, pero no había nadie. No estaba siquiera *Berthe* para hacerles fiestas, ni los dos gatos tampoco. Por encima del pijama se pusieron unas botas y unos chubasqueros que les estaban muy grandes y salieron para ver si los encontraban fuera. Pero todos habían desaparecido, hasta el burro se había marchado. Hacía un frío del demonio. Fueron corriendo al gallinero a coger unos huevos, luego a la antigua lechería por un tarro de miel, y al sótano por un puñado de nueces. Luego volvieron corriendo antes de quedarse como dos témpanos de hielo.

Ludo sacó el cuchillo grande para cortar el pan, y el pequeño Lu, de rodillas sobre una silla, cascó los huevos en una ensaladera. Después de batirlos con un tenedor, pusieron las rebanadas de pan en remojo en la mezcla pegajosa, presionando bien para que se empaparan como esponjas. Luego el pequeño Lu partió las nueces con un martillo, y Ludo sacó una gran sartén del armario. Lo complicado iba a ser encender el fuego. Cuando cocinaban en casa, de eso se encargaban siempre Roland o Mireille. Pero allí Ludo iba a tener que apañárselas solo. Comprobó varias veces el encendedor, y sí, hacía clic clic cuando le daba al botón. Con cerillas se lo habría pensado, pero con el encendedor no había llama, podía estar tranquilo, no se iba a quemar. Cuando sintió que estaba preparado, inspiró hondo y... muy deprisa abrió el gas, pufff, apretó el botón del encendedor, clic, el fuego se encendió, uff, y recuperó la respiración y se secó el sudor de la frente. Había pasado un poco de miedo. Naturalmente, al pequeño Lu le impresionó mucho la sangre fría de su hermano. Calculó que todavía le quedaban dos años para tener ocho y poder, como él, encender el fuego. Eso era mucho tiempo, pero qué se le iba a hacer, ya estaba acostumbrado. En la vida siempre había que esperar: que si los cumpleaños, que si Navidad, que si las vacaciones...

Untaron las torrijas de miel y les pusieron nueces por encima antes de desearse buen provecho. El pequeño Lu dijo que estaban buenas pero que les faltaba una pizca de sal. Ludo estaba de acuerdo, así que la añadió. Se terminaron su ración, prepararon dos platos más y fueron a llamar a la puerta de las hermanas Lumière. Hortense gritó de alegría al verlos entrar, y los besó con frenesí unas veinte veces por lo menos. Tuvieron que limpiarse las mejillas con la manga de tantos perdigones como les soltó. Para poder probar su receta, Hortense reclamó su dentadura, que estaba metida en un vaso de agua, a su lado, sobre la mesilla de noche. Ante la mirada estupefacta de los dos niños, Simone la sacó, la enjuagó, le puso un poco de pegamento rosa y se la tendió a Hortense, la cual, tras metérsela en la boca, les dedicó una sonrisa de oreja a oreja.

Comieron las dos con mucho apetito, extasiándose a cada bocado de sus dotes culinarias. Los Lulús estaban felices de recibir tantos halagos.

Hortense quería jugar a las cartas, así que los niños le propusieron el juego de las siete familias, pero ella prefería la batalla. Antes de empezar, Simone les pidió que eligieran el color de la lana de los jerséis que les iba a tejer. Su regalo de Navidad, añadió, guiñándoles un ojo. Espantado, el pequeño Lu le dio un codazo a su hermano en las costillas. ¡Un regalo tenía que ser una sorpresa, si no, vaya una birria de regalo! Ludo se encogió de hombros, muy disgustado él también. Y, tras reflexionar un momento, se inclinó para susurrarle al oído a su hermano que siempre pasaba igual con los viejos, no sabían guardar un secreto. Al pequeño Lu le parecía que era una pena. Y se dijo que él, de viejo, nunca sería así...

Y jugaron a la batalla. Quiso el azar que los dos hermanos ganaran por turnos las primeras partidas, lo que puso a Hortense de pésimo humor. Por eso prefirieron mirar para otro lado cuando hizo trampa y dejarla ganar todas las demás partidas. Hortense recuperó la sonrisa, lo cual era mucho más agradable, la verdad.

DETENER LAS AGUJAS

Ese mismo sábado Muriel se despertó al amanecer y estuvo a punto de ir a llamar a la puerta de su casero. Se moría de ganas, pero prefirió esperar a una hora más razonable. Mientras tanto ocupó el rato recogiendo sus cosas. Cuando por fin fue a verlo, éste ya había salido. Muriel se llevó un buen chasco, y sólo pudo dejarle una nota. De vuelta en su habitación, ya no le quedaba nada que hacer, todo estaba guardado en la maleta, la mochila y las dos cajas de cartón, y no le apetecía un pimiento volver a sacar sus libros y sus apuntes para repasar las clases, así que se puso a dar vueltas como un león enjaulado.

A las once y media el casero seguía sin llamarla, y le entró un poco de bajón, pero no tenía tiempo para deprimirse, ya era la hora de su cita, así es que se fue a la plaza del mercado. Marceline casi había terminado de recoger su tenderete. Había cargado las cajas de verduras, las mermeladas y la miel en la carreta, y ya sólo le quedaba doblar la lona. Muriel se ofreció a ayudarla, pero ella le aconsejó que primero fuera a presentarse a *Cornélius*. Era un burro un poco especial, era muy capaz de negarse a llevar a alguien si se sentía ninguneado. Le dio un trozo de zanahoria, añadiendo que quizá con eso pudiera engatusarlo, por si acaso estaba de mal café. Muriel la miró incrédula, le parecía que estaba de la olla, pero no se atrevió a decir nada y mucho menos a negarse. Tras comprobar que nadie la miraba se acercó al animal, vaciló unos segundos y se sintió tonta de remate al decirle: «Hola, me llamo Muriel, ¿le importaría llevarme en su carreta?» Pero lo hizo. En voz baja, por supuesto. *Cornélius* miró a la muchacha con un ojo solo, olfateó el aire a su alrededor y luego su mano, aceptó la zanahoria que Muriel le tendía y se la comió asintiendo con la cabeza. Pasmada, la joven no pudo evitar lanzarse a su cuello para darle las gracias. ¡Nadie le había dicho nunca que los burros comprendieran así de bien todas las palabras! Fue a anunciarle la noticia a Marceline, y ésta suspiró aliviada.

Por supuesto, Hortense se llevó una gran decepción cuando se enteró de que Muriel iba a tener que marcharse nada más ponerle la inyección. Y lo dejó muy claro, quejándose a voz en grito. Si hubiera podido patalear de rabia lo habría hecho. Le hubiera gustado que la pequeña Muriel se quedara más rato, la juventud le levantaba la moral, era su soplo de aire fresco, sus fresas con nata en pleno invierno. Estando con niños, recuperaba fuerzas, ¿lo entiendes, Simone? ¡Estoy hasta el gorro de todos esos viejos! ¡No me gustan, no son divertidos y además huelen mal! Simone levantó los ojos al cielo, mascullando: «Otra vez está delirando.» Pero Muriel le indicó con un gesto que no tenía importancia, estaba acostumbrada. En su familia había habido casos así.

Segunda inyección.

Con ésa tuvo más miedo que con la primera, y eso la alteró. Por tanto se concentró mucho en la preparación. Se esforzó por recordar, punto por punto y en orden, todas las indicaciones de higiene, con los términos técnicos adecuados y todo. Pero era el pinchazo en sí lo que le daba miedo, claro. ¿Y si fallaba esta vez? ¿Y si, al pinchar, daba sobre un nervio o un vaso sanguíneo? Sería una catástrofe. Para aplacar su angustia y, de paso, la de Hortense, empezó a tararear.

Y Hortense, que se las sabía todas, enseguida supo de qué canción se trataba y se puso a cantar a voz en cuello:

*Si se pudieran detenerrr las agujaaaaas...
del rreloj que marrrca las horas de la vidaaaaa...
no sufriríamos el triste miedo
de oírr la hora de la separación.*

Tras marcharse Muriel, Simone se sentó en el borde de la cama, y, a dúo, terminaron la estrofa. Exagerando las erres, con la voz trémula y los ojos empañados.

*Después de pasarrrnos toda la vidaaaa...
queriéndonos sin celoooooos...
Tristes como estamos no deberíamos pensarr
que un día, por desgracia, habremos de separarrnos.
Vivamos de esperanza, de qué sirrrve amarrgarrse
si no podemos detenerrr las agujas.*

Hortense le acarició la mano a Simone. Y de pronto, más animada, se incorporó en la cama, se limpió la nariz con la manga de la bata y reclamó la bolsa con los ovillos de lana. Le costó elegir la mejor para una bufanda, pero al final se decantó por una jaspeada. Era moderna, le sentaría bien a la chiquilla, ¿verdad? ¿Tú qué opinas, Simone? Conciliadora, ésta le contestó que le parecía muy bien. La ayudó a empezar, para facilitarle la tarea. Hortense consiguió tejer tres hileras antes de quedarse dormida sobre su labor, cansada de tantos esfuerzos y tantas emociones.

VIEJAS TARTANAS

Los gatos debieron de pasarse la noche entera y toda la mañana cazando ratones porque, después de comer, cuando Marceline abrió la puerta del futuro apartamento de Muriel, los encontró tumbados en sendas sillas junto a la estufa, con la tripa bien llena. Ni siquiera tenían fuerzas para levantar la cabeza y saludarla. Lo primero que hizo fue fregar el suelo del cuarto de baño y luego el de la cocina, y cuando iba a empezar con el de la habitación, se dio cuenta de que el viejo papel de la pared se estaba despegando a trozos. Daba pena verlo. Ferdinand y ella se mostraron de acuerdo en que no podían dejar la habitación en ese estado, así que lo arrancaron todo. Después, con los niños, Marceline preparó pintura. Dos kilos de puré de patatas, dos kilos de blanco de España, almidón para espesarlo todo y agua. Para el toque de color, se decantaron por el verde. Se podía conseguir hirviendo hojas de estragón, que además olían muy bien; pero por desgracia no era temporada. Entonces optaron por utilizar un ladrillo. Metieron uno en una bolsa, lo golpearon con un martillo hasta pulverizarlo y lo añadieron a la mezcla. Le dio un toquecito rosa que a Ludo le pareció perfecto. Sobre todo para una habitación de chica...

Después de preparar la pintura, los Lulús se fueron al granero a jugar al escondite. En un rincón oscuro, bajo un montón de heno, encontraron dos viejas bicis cubiertas de cagarrutas de pájaro. No era extraño, con la cantidad de nidos de golondrina que había justo encima. Al ponerlas de pie vieron que eran justo de su tamaño, lo que les llamó la atención. Como Ferdinand pasaba por ahí, les explicó que habían sido de su padre y de su tío Lionel cuando eran niños. El pequeño Lu se quedó impresionado. Miró a Ludo para espiar su reacción y se tranquilizó al ver que estaba como él. Porque, jopé, era difícil creer que su padre hubiera sido pequeño alguna vez. Y, además, que hubiera tenido un hermano del que nunca habían oído hablar era aún más raro. Ante sus caras de incredulidad, Ferdinand no encontró más solución que enseñarles una foto en la que salían dos niños montados cada uno en una bici: uno era muy mofletudo y sonreía con una mueca, y el otro, un poco mayor y menos corpulento, miraba para otro lado, como si no le gustara que le hicieran fotos. Ferdinand les comentó que el pequeño con la sonrisa boba era su padre cuando tenía siete años, y el que estaba enfurruñado era su tío Lionel, con ocho años. Por supuesto no reconocieron a Roland, por lo que la foto no les convenció mucho. Pero Ludo leyó en voz alta lo que ponía justo debajo: «Roland y Lionel, Navidad 1974.» Estudió bien la fotografía: las bicis eran del mismo color que las que habían encontrado en el granero, así que empezó a pensar que, a fin de cuentas, quizá no fuera una trola toda esa historia.

Al verlos llegar a su taller, Guy se burló de ellos y les preguntó qué pensaban hacer con esas

dos viejas tartanas tan oxidadas. Pero el pequeño Lu protestó: ¡De tartanas nada! ¡Son las bicis de papá y de su hermano Lionel cuando eran pequeños, para que te enteres! Guy reconoció su error, y el niño le explicó con mucha seriedad que, desde esa mañana, había decidido montar en bicicleta de verdad. Que el triciclo era cosa de bebés, y que quería aprender en esa bici. Bien. ¿Y Ludo? A él le daba un poco igual, él tenía una superbici de montaña pero, por solidaridad, apoyaba a su hermano. Además no era mala idea tener otra allí en la granja, una que no le importara estropear yendo por caminos llenos de barro asqueroso. Así pues, Guy examinó las dos viejas tar... bicicletas. Arreglarlas le iba a llevar mucho trabajo para un resultado mediocre. Los cuadros pesaban mucho, no tenían marchas, y había que cambiar todas las piezas. Pero no importaba, esa misma noche había terminado de renovar la de Muriel, así que tenía tiempo que dedicarles.

Para empezar les dio a los niños unas máscaras de protección y unos guantes. Les pareció divertido disfrazarse así. Guy quería que untaran ellos mismos de aceite lubricante las partes oxidadas, sin respirar las emanaciones ni ponerse perdidos. Luego les enseñó a desmontar una rueda con los mangos de unas cucharas. Hacía tanto frío en el taller que prefirieron buscar los agujeros de los neumáticos en la cocina. Una vez inflados los metieron en un barreño con agua y, al presionarlos, las burbujas de aire subieron a la superficie. Eso les pareció muy divertido. El pequeño Lu se encargó de trazar un círculo con boli alrededor de los agujeros, para saber luego dónde pegar los parches.

RECORDATORIO

A última hora del sábado, Ludo empezó a preocuparse. Se preguntaba cómo podía asegurarse de que su cita del día siguiente con Guy seguía en pie. Con sólo ocho años ya se había llevado más de una decepción gorda en su vida. Desconfiaba, sabía por experiencia que los adultos eran capaces de cualquier cosa, como por ejemplo de cambiar de opinión sin avisar, desdecirse sin dar ninguna razón, engañar, enredar y engatusar a los más pequeños, a lo mejor no siempre con mala intención, vale, pero como si fuera una cosa normal, con total impunidad y sin el más mínimo remordimiento. Con su tío Guy quería ir con cautela, sonsacarlo con habilidad, hacerle preguntas discretas. Tío, cuando tú eras pequeño, ¿ya había despertadores? O para despertaros por las mañanas, en la granja, ¿sólo teníais el quiquiriquí de los gallos? Pero Guy le murmuró al oído: No te preocupes, chavalote, vendré a buscarte al amanecer. Y cuando yo digo algo, lo hago; no hay más que hablar.

Al día siguiente, a las siete, Guy despertó a Ludo, tal y como le había prometido. Todavía era de noche. Bajaron sin hacer ruido, se abrigaron bien y salieron. Detrás de la bici de Guy estaba la que habían encontrado en el granero, llena de cagarrutas, que había sido del hermano desconocido de su padre. Ahora estaba limpia y lista para montar.

Pedalearon, uno al lado del otro, sin decir una palabra. Con la velocidad, el frío les hizo llorar, les enrojeció las mejillas y les cortó los labios.

Al llegar dejaron las bicis en la cuneta, se arrebujaron en los abrigos, se ajustaron los gorros y se limpiaron el moquillo que les resbalaba por la nariz. Querían estar un poco presentables. Luego Guy indicó a Ludo que lo siguiera sin hacer ruido. Borearon la alta tapia, Guy levantó la escalera que estaba oculta entre la hierba, la apoyó contra el muro, y subieron uno detrás de otro para colarse en el cementerio.

Ludo le pidió a Guy que lo esperara a unos pasos de distancia. Con su linterna inspeccionó minuciosamente la tumba de Gaby, pero no encontró ninguna grieta, ninguna rendijita entre las losas. Al final metió el papelito, doblado en ocho, en la tierra del rosal plantado al pie.

El texto de la nueva carta a Gaby (sin las faltas de ortografía, claro):

Querida tía Gaby:

Te escribo para decirte que pienso con todas mis fuerzas en mis sueños todas las mañanas, y por eso sé que no has venido a verme ni una sola vez. Me ha puesto muy triste que prefieras elegir el sueño de mi hermano y que nades en el mar con él y con los peces grandes. Te

recuerdo que fui yo quien te pidió lo de los sueños, la idea no fue suya. Además, a mí me hubiera gustado mucho tener ese sueño porque me encanta bucear en la piscina, el récord de aguantar debajo del agua sin respirar lo tengo yo. Ahora mismo me están entrando muchas ganas de decirle a mi hermano que es idiota, pero si lo hago, va a llorar y se va a chivar a mamá. Llorar por nada, me pone nervioso. Ya te lo escribí en la otra carta, me dan igual las palabrotas, yo las digo todo el rato. Pero si vinieras a verme en mis sueños, a lo mejor intentaría dejar de decir las. Sería superdifícil, pero podría intentarlo si tú quieres.

¿Estás bien allí donde estás? Aquí te pelas (quiere decir que hace mucho frío). Pronto va a ser Navidad, espero que nos den muchos regalos. A lo mejor tú ya sabes todo lo que pasa aquí. Si no, te puedo decir que Roland y Mireille se van a divorciar ya pronto. El tío Guy se ha acostumbrado a no verte más, pero sigue sin dormir por la noche y arregla bicicletas sin parar. Y Ferdinand yo creo que quiere besar a Marceline, pero no consigue decidirse a hacerlo. Y ha pasado otra cosa que no te va a gustar mucho: resulta que tu limonero la ha palmado. El tío Guy se olvidó de regarlo durante demasiado tiempo. Bueno, ya está, no te escribo más. Espero que vengas pronto a mi sueño.

Firmado: Ludovic

Tu sobrino nieto que te quiere a pesar de todo.

De vuelta en la granja, Ludo subió a despertar a su hermano. Se prepararon unas rebanadas de pan con mantequilla y dos grandes tazones de chocolate, y luego fueron a ver a Hortense. Le propusieron jugar otra vez a las cartas. Ella eligió el cinquillo. Ganaron dos partidas cada uno, y la anciana se molestó mucho. Por eso después hicieron la vista gorda cuando ella se puso a hacer trampas. Hortense recuperó la sonrisa, y Simone les dio caramelos.

Luego fueron a coger setas con Ferdinand. Tuvieron que ponerse unos chalecos fluorescentes encima de los abrigos, por si se cruzaban con algún cazador. Era obligatorio, había muchos en esa época, podía ser peligroso. Hablaron y cantaron a voz en grito durante todo el paseo para que no los confundieran con faisanes o jabalíes. A pesar del jaleo que armaban, vieron pasar un corzo y dos conejos. Pero no encontraron ninguna seta. Ferdinand se puso de mal humor, alguien debía de haber descubierto su rincón de las setas y se les había adelantado. Volvieron a casa con las manos vacías.

Por la tarde, como llovía mucho, vieron una película. En general, Ferdinand saca los DVD en préstamo de la mediateca, o se los dejan sus amigos, pero ése lo compró porque le parece muy bonito. Se titula *Océanos*, y claro, salen ballenas y delfines. Mientras lo estaba viendo, el pequeño Lu se acordó de pronto de que esa noche había tenido el mismo sueño que la otra noche. Ese en el que nada con Gaby y los peces grandes. Los reconoció en el documental, ¡eran ésos, esos de ahí! Ludo se enfadó y le dijo que era tonto. ¡Porque, jopé, todo el mundo sabe que los delfines no son peces grandes, son mamíferos, como los humanos! Ferdinand no se decidió a intervenir porque no lo tenía tan claro...

Cuando terminó el documental fueron a hacerle una visita a Marceline en su habitación. Abrieron la funda del violonchelo y tocaron las cuerdas con el arco, pero sólo consiguieron producir crujidos. Le pidieron que tocara y se sentaron en la cama a escuchar. Desde las primeras notas se quedaron con la boca abierta. El sonido era muy dulce, te hacía vibrar la piel de la tripa,

y sentías un cosquilleo hasta los dedos de los pies. Cuando terminó la pieza, le pidieron otra. Marceline les dijo que estaba cansada. Tenía los dedos demasiado rígidos. Para poder tocar tendría que haber practicado todos los días, pero hacía demasiado tiempo que lo había dejado. El pequeño Lu le preguntó por qué, pero ella no tuvo tiempo de contestarle porque justo en ese momento *Cornélius* llamó al cristal de la ventana. Los niños se precipitaron a abrirle y le hicieron fiestas. Y el animal asintió con la cabeza para indicar que estaba contento.

LA SEPARACIÓN

Los Lulús se lo pasaron genial el fin de semana, y claro, cuando volvieron a su casa, el domingo por la noche, se les cayó el alma a los pies. Mireille los esperaba fuera, en la escalinata de entrada, pues tenía algo importante que decirles. Al verle la cara, enseguida supieron de qué se trataba. Todo había terminado entre ella y Roland. Habían decidido separarse. Resultado: ellos tres se iban a mudar. Ipso facto. Es decir, ahora mismo. Ya había empezado a cargar el coche, tenían que ayudarla a meter lo que faltaba. La noticia, aunque no era del todo inesperada, los cogió un poquitín desprevenidos. Y Guy, que los había acompañado, se llevó también una sorpresa. Se quedaron los tres plantados delante de Mireille sin saber qué hacer, hasta que el pequeño Lu rompió a llorar muy fuerte. Para consolarlo, ella lo abrazó y lloró con él. Mientras tanto, Guy cargó los bultos en el coche, y Ludo fue a la cocina a ver a su padre. Se lo encontró sentado en un rincón, en el suelo. Se le hizo un nudo en el estómago al verlo así, abandonado como... un viejo saco de patatas agujereado. Se acercó y le dio la mano para ayudarlo a levantarse, pero pesaba tanto que no consiguió moverlo ni un milímetro, y al final se cayó encima de él. Les entró a los dos la risa, y se quedaron así mucho tiempo, abrazados, riéndose. Y cuando dejaron de reír, siguieron abrazados un rato más.

Mireille tuvo que negociar.

La antigua casa de los tíos Guy y Gaby no estaba lejos, a sólo un par de calles, así que no tendrían que cambiar de colegio, no perderían a sus amigos, verían a su padre todos los días si querían, hasta podrían ir a dormir a su casa, en su habitación de siempre, que seguiría igual. Resumiendo: que toda esa historia no iba a cambiar sus vidas radicalmente. Un poco más tranquilos, fueron a elegir unos cuantos juguetes que llevarse a su nueva casa y subieron al coche. Y, desde lo alto de la escalinata, Roland les dijo adiós con la mano.

VINO TRISTE

Mireille y los niños viven en casa de Guy, y todo marcha bien. Ludo y su hermano se han ambientado enseguida, y hasta hay cosas que les parecen mejor que antes, como por ejemplo poder ir y venir del colegio ellos solos. Ahora está aún más cerca que del restaurante, sólo hay que cruzar dos calles. Mireille por fin cedió y les dio permiso para hacer solos el camino. Y ahora también les deja ir a comprar el pan a la panadería, que tanta ilusión les hace. No se imagina siquiera que, cada vez que van, se compran toneladas de golosinas, porque si no, no les dejaría, claro. Se las compran con la paga que les da Roland. Mireille no sabe nada de eso, es un secreto entre ellos tres. De todas maneras, Mireille y Roland ya no se hablan. Siguen trabajando juntos porque no tienen más remedio, ni él ni ella. Ella, porque no sabe hacer otra cosa, y él, porque no es capaz de gestionar el restaurante él solo. Pero Mireille dice que no va a seguir así mucho tiempo, esa situación no es llevadera. Sueña con encontrar otro trabajo, en otra rama totalmente distinta. Todavía no sabe en cuál. En esa región no hay muchas oportunidades. Así que, mientras tanto, se traga el orgullo y echa sus horas en el restaurante. Las noches que sabe que terminará tarde, se lleva consigo a los niños y deja que duerman allí. No ocurre muy a menudo, porque odia volver y verse sola en esa casa, le deprime. Tiene tendencia a beber, y el alcohol no casa bien con los antidepresivos. Por lo general, después de un par de copas se planta delante del espejo grande del vestíbulo, en el que puede verse de cuerpo entero, y se echa a llorar diciendo que ha fracasado en todo. Tiene veintiocho años, dos niños, y pronto estará divorciada. Es el fin. Ya nunca conocerá a nadie, su vida amorosa está acabada. Es demasiado vieja, demasiado idiota y, sobre todo, tiene tripa y los pechos caídos. Es espantoso. Qué tío podría desear a una chica como ella...

Por eso prefiere no estar sola en su casa por las noches, después del trabajo. Para evitar empinar el codo y acabar delante del espejo, ese en el que puede verse de cuerpo entero. Cuando bebe, le da por deprimirse. Tiene el vino triste, como suele decirse. Pero le pasa igual con otra clase de alcohol, ya lo ha probado; le produce exactamente el mismo efecto.

CARPETA *SOLIDARVIEJOS*

Las hermanas Lumière han decidido poner su casa en venta. Simone estaba harta de tener que ir por allí todas las semanas para dar una vuelta, comprobar si habían forzado las persianas o si se habían colado animalillos a anidar en un armario o debajo del fregadero, recoger el correo y leer las cartas amenazadoras de su sobrino, todo eso le ponía muy nerviosa. Más valía terminar de una vez por todas. Y ya se sienten a gusto en la granja, tanto como en su propia casa, así que de qué sirve conservarla, no son más que gastos inútiles. Simone avisará al cartero: a partir de ahora, todo tiene que llegar a la granja directamente. Sin olvidar su revista, *Le Canard enchaîné*, que reciben todos los miércoles y a la que llevan suscritas desde hace... ¿una eternidad?

Fue Muriel quien les habló del agente inmobiliario, y no se anduvo con rodeos a la hora de decirles que no era un tipo muy eficaz. A ella, por ejemplo, no le había encontrado nada. Pero resulta obvio que la venta le motiva más que el alquiler, porque en menos de tres días ya ha enseñado la casa a varias personas. Una pareja parece particularmente interesada, les ha dicho, ya han ido a visitarla varias veces. Les ha encantado la antigua tienda de electricidad, es exactamente la clase de espacio que andaban buscando para transformarlo en taller de artista. No hay más que esperar su oferta. Las dos mujeres están impacientes, sobre todo Simone. A Hortense le trae un poco sin cuidado; para ella todo eso queda ya lejos.

Pequeño balance recapitulativo:

1. Mireille y los niños viven en casa de Guy.
2. La de Marceline no está ni mucho menos arreglada.
3. Las hermanas Lumière han puesto la suya en venta.

Ya es hora de aclarar las cosas y de hacer cuentas en la granja. Naturalmente, la tarea recae sobre Guy. A los demás no se les da muy bien eso de hacer *plannings* ni dibujar tablas. Pero a él sí le gusta, es su manía. Ha preparado una nueva carpeta, de gastos e ingresos, y la ha llamado: *Solidarviejos*. Le divierte inventarse nombres. Ése suena un poco polaco, del país de Marceline, así que tiene su encanto.

Para ser lo más equitativo posible, ha pedido a los demás que aporten al fondo común la mitad de su pensión mensual de jubilación. Según sus cálculos, debería bastar para pagar todos los gastos de la granja. Es mucho menos de lo que cada uno gastaba en su casa, lo cual les ha extrañado a todos pero están encantados. Para Ferdinand, Guy, Simone y Hortense es muy sencillo. En el caso de Marceline abordó la cuestión de otra manera, puesto que no recibe pensión

ni subsidio de ningún tipo. Es sencillo también y, al final, viene a ser lo mismo, puesto que su participación corresponde a la mitad de lo que produce en verduras, flores, huevos, miel, mermelada, aceite de nuez, etc. La otra mitad es lo que vende en el mercado.

Contando sólo el agua, la luz y el teléfono, y añadiéndole el descodificador de televisión, las contribuciones, los impuestos locales y los seguros, la diferencia es considerable. Antes, pagaban todo eso en cada casa, pero ahora sólo en una. Un solo teléfono, un solo impuesto, un solo seguro... El ahorro es importante. Les sobrará algo de dinero, quizá hasta puedan comprarse un... Es demasiado pronto, ¡todavía no han tenido tiempo de pensar lo que van a hacer con todo ese dineral! Están nerviosos y contentos.

EN LO QUE A MURIEL RESPECTA...

Muriel se ha instalado en la otra ala de la casa. Por las mañanas y por las noches pasa a ver a Hortense, la lava, le pone la inyección y le administra sus cuidados. Cuando no llueve, la ayuda a sentarse en la silla de ruedas y la saca a tomar un poco el aire. Y, aparte, también se ofrece cuando alguien más necesita sus servicios. Ferdinand se hizo una herida en la mano cortando leña, y ella insistió en cambiarle el vendaje todos los días. Él le prometió que le dejaría quitarle los puntos llegado el momento. Muriel está encantada. Ahora ya sólo le queda practicar un poco para aprender a sacar sangre. Tiene tendencia a ir con prisa, a ser un poco brusca, y quiere mejorar todo eso. Su objetivo es ser superprofesional y a la vez dulce y cuidadosa. No como esas brujas que iban a vaciar el vientre de su madre y a las que les traía sin cuidado si le hacían daño cuando le clavaban aquel pedazo de aguja para extraer la ascitis. Y si se quejaba, le decían que se había buscado la cirrosis, ¡que tendría que haberlo pensado antes de empinar el codo! Muriel quiere llegar a ser eficaz y dulce al mismo tiempo, está segura de que es posible. Para las extracciones de sangre, Guy se ha ofrecido voluntario para que practique con sus venas, no le molesta, no les tiene miedo a las agujas y no es nada quejica.

Así que, en lo que a clases prácticas se refiere, esa granja es fantástica, y en cuanto a alojamiento, también. Hay espacio, no tiene que plegar la cama en cuanto se levanta por las mañanas para poder vestirse, ni que fregar los cacharros en el lavabo nada más comer si quiere hacer pis. Está muy contenta. Sólo hay una cosa que no le gusta: no hay Internet. Es un rollo cuando tiene que buscar información para sus deberes de clase, enviar un e-mail a sus amigas, chatear en las redes sociales o incluso jugar a juegos tontos. Lo echa de menos. Por lo demás, todo bien. Los abueletes son majos. Y eso que no es tan fácil eso de vivir juntos, cada uno tiene su personalidad, su manera de ser...

Hortense, por ejemplo. Vale, puede ser tronchante a veces, pero hay que saber camelársela porque vaya un mal genio que tiene... Entre sus altibajos de humor y sus lagunas de memoria, algunos días no son nada fáciles. ¡Y qué quejica es! Es complicado atenderla. A menos que la haga cantar. Jo, tiene gracia, en cuanto se pone a cantar, adiós lagunas, se acuerda de todo, de la letra y de la música, y se calma, se vuelve dulce y encantadora. Flipante. A ese paso, Muriel tendrá que ir a hacer un cursillo a la residencia donde vive su bisabuela para renovar su repertorio de canciones, ¡porque si no va a ser un infierno!

Y luego está Simone, que es una mandona, y sólo porque es la más joven de las dos y todavía está más o menos en forma. Le pone de los nervios. Pero, a la vez, todo lo que hace, lo hace por

Hortense, tiene buena intención, no se puede uno cabrear con ella. Tiene tanto miedo de perderla, la pobre... Seguro que cuando eso ocurra, se dejará morir directamente, ya nada la retendrá en este mundo. ¡Eso es lo que pasa cuando te tiras tantos años pegado a alguien! Ya no tienes vida personal. A Muriel eso le parece patético. Pero bueno, a ella no le va a pasar porque es superindependiente.

Y luego está Guy, el ingenioso, el salvador de bicis muertas, el realizador de *plannings* inútiles. Parece que cultivara su insomnio como si de un huerto se tratara. Tiene sus parterres de gardenias -que él se empeña en llamar camelias, otra manía de viejo- y arriates donde siembra nomeolvides-Gaby, flores de difunta para su propia difunta, toquecitos de Mireille-maravilla y grandes arbustos de Lulús, que estallan de colorido... No, ahora en serio, le cae bien Guy, es un tipo simpático, aunque también le resulta un poco pesado con sus manías. Pero a Muriel le encanta la bicicleta que le ha regalado. Es tan especial que a nadie se le ocurrirá nunca robársela, ¡aunque se olvide de ponerle el antirrobo! ¡Garantizado!

Y luego está Ferdinand, que se cree tan discreto y no lo es en absoluto, que está tan seguro de haber conseguido ocultar esa enorme herida que tiene en el pecho. ¡Tiene gracia! Hace como que no espera ya nada de la vida, en plan viejo sabio alejado del mundanal ruido, pero ¡joder, que sólo tiene setenta años! Ese viejo no abre los ojos, si fuera menos tonto y los abriera de par en par, vería que su vida no ha terminado, que aún le queda tiempo. Vería...

A Marceline. La más joven de los cinco, la única con quien se puede hablar sin rodeos porque te entiende con medias palabras, y le gusta bromear. Pero, extrañamente, bajo ese aire tranquilo, oculta algo aún más doloroso que los demás. Ha conseguido pasar inadvertida, a pesar de ese ligero acento extranjero que aún conserva, y a pesar de ir por ahí con una carreta tirada por un burro. Pero a Muriel no se le quitan las ganas de preguntarle por qué ha ido a parar allí, por qué se esconde en ese pueblucho perdido. Algo no cuadra. Aparte de eso, está tan chalada como todos los demás. No hay más que ver esa historia que cuenta de que hay que preguntarle al burro si acepta llevarte en su carreta... De la olla, está de la olla por completo.

Llegan las vacaciones de Navidad, a Muriel le vienen de perlas. Por fin puede levantarse tarde por las mañanas y echarse unas buenas siestas por las tardes. Tiene sueño atrasado. El resto del tiempo se ocupa de Hortense, repasa sus apuntes de clase y ayuda a preparar las comidas. No tiene tiempo para aburrirse. Además, Mireille le ha ofrecido trabajo en el restaurante: tres cenas y un almuerzo a la semana. Ya ha pensado lo que va a comprarse con ese dinero: ropa. Desde que come con regularidad ha cogido algunos kilos, y ya no le cabe ningún pantalón.

CASCANDO NUECES

Apenas son las cinco de la tarde y ya es de noche. Ludo camina al ritmo de los pasos de *Cornélius*, con una mano en su cuello y la otra en el lomo de *Berthe*. Entre los dos se siente seguro, su imaginación puede volar tranquila. Está solo, los enemigos han hecho prisioneros a sus padres, pero él, con su burro *Cornélius* y su perra *Berthe*, ha conseguido escapar, por eso caminan desde hace horas. Es mejor hacerlo de noche para no ser vistos, pero deben tener cuidado de no hacer ruido. No pueden toser, ni estornudar, ni ladrar, ni siquiera tirarse pedos, y eso es difícil para un burro, pero *Cornélius* no es un burro como los demás, lo entiende todo. Por eso aprieta el trasero y no se tira ningún pedo, ha entendido muy bien que es peligroso, podría despertar a los malos, y eso sería terrible. Cogerían sus escopetas y les dispararían hasta matarlos, son así de crueles. Bueno, ahora están supercansados, no hay más que ver a la perra, le cuelga la lengua casi hasta el suelo, si esto sigue así lo mismo se muere de sed, habría que encontrar agua para salvarla, pero ya no hay fuentes por culpa de la guerra, las han cerrado todas. Pero no importa, él encontrará un río. Pero antes tienen que descansar un poco, es agotador caminar durante horas. Anda, mira, un granero abandonado, podrán esconderse y dormir en la paja, pero antes de acostarse van a comer, empiezan a sonarles las tripas de hambre. Es genial porque tienen un montón de provisiones: en la carreta llevan tres grandes sacos de nueces. Los han robado de casa de una señora que se murió de frío porque su tejado se derrumbó. Pobre, cuando llegaron a su casa ya era demasiado tarde, no pudieron salvarla...

Cornélius se detiene en la puerta del granero, y Marceline baja de la carreta los tres grandes sacos de nueces. Tras desenganchar al animal, le acaricia el cuello y le murmura al oído: «Gracias por tu trabajo y buenas noches, querido *Cornélius*.» Éste asiente, se vuelve hacia Ludo y lo empuja un poco al frotarse contra él. Luego le da un golpe con el hocico a *Berthe* al pasar y se mete en su establo para dormir.

Sentados a la mesa de la cocina, Hortense y los Lulús cascan las nueces con un martillo. Ferdinand, Guy, Marceline y Muriel las pelan. No deben dejar ni un trocito de cáscara, es importante. Cuando terminen, Marceline las llevará todas al molino. Espera sacar unos diez litros de aceite. Ludo calcula: por cada litro de aceite se necesitan dos kilos de nueces peladas, es decir, unos seis kilos de nueces con cáscara. Sabiendo que en una tarde alcanzan a pelar... ¡Jopé, a ese paso se van a tirar hasta Navidad cascando nueces!

Mientras cascan y pelan, juegan a «no vale decir ni sí ni no». Los niños hacen las preguntas. Evidentemente, cuando le toca responder a Hortense, pierde siempre, y ellos se tronchan. Pero a ella no le hace ni pizca de gracia y, de hecho, ya se está empezando a enfadar. Simone pone mala cara mientras pela su montón de nueces. Le gustaría que cambiaran de juego antes de que las cosas se pongan feas.

- Muriel, ¿estás contenta con tu nueva casa?
- Totalmente.
- Ferdinand, ¿te gusta el licor de ciruela?
- Claro.
- Tío Guy, ¿duermes mucho por las noches?
- Más bien poco.
- Marceline, ¿te cae bien Ferdinand?
- Muy bien.
- Simone, ¿eres un poco muy vieja?
- Esto... mucho.
- Hortense, ¿te encanta que cocinemos para ti?
- ¡Sí, claro que me encanta!

Los niños se parten de risa, pero Hortense está furiosa.

- Este juego es muy tonto. ¿No podríais hacer preguntas un poco más inteligentes? ¿Qué pasa, es que queréis que pierda o qué? ¡Vamos, hombre, lo que hay que aguantar!

EL BASTÓN (BIS)

Ferdinand se pasa por el restaurante para saludar a Roland. Hace tiempo que no da señales de vida, no contesta al teléfono ni le devuelve nunca las llamadas, ni aunque le deje mensajes en el contestador. Cuando le pregunta a Mireille si todo va bien, ésta le contesta con evasivas: creo que sí, no sé, llámelo, se lo dirá él mismo. Ferdinand está preocupado.

La campanilla suena cuando abre la puerta. No hay nadie. En la cocina no se oye nada. Llama desde la escalera que conduce a la casa, pero no hay respuesta. Ferdinand decide ir a tomar una copa mientras espera a que vuelva. No puede haber ido muy lejos, no habría dejado la puerta abierta. En efecto, Roland está sentado en la terraza del bar de enfrente. Ferdinand abre unos ojos como platos: ¡el muy idiota se está fumando un cigarrillo! ¡Lleva años dándole la murga a él por fumarse una pipa al día, y ahora él se fuma un cigarrillo! ¡Y el cenicero que tiene delante está lleno de colillas! Además, al lado del cenicero hay un vaso de vino blanco. Del malo, seguramente, porque el dueño del bar de enfrente no tiene vino blanco de calidad. Eso le divierte. Cruza la plaza para hablar con su hijo. Roland no lo ve llegar, está demasiado concentrado en una chica con tacones que se acerca a su mesa. Justo cuando pasa delante de él, la joven tropieza y se cae. Roland intenta ayudarla a levantarse, pero ella lo manda a paseo y se aleja soltando tacos como un camionero. ¡No me toques, gordo de mierda, o te pego una hostia!

Ferdinand se sienta a su lado.

- Muy bonito tu bastón. Pero ¿sabes?, si sigues haciendo tonterías como ésa, al final vas a provocar un accidente...

- ¡Tendrás cara! Pero ¿qué haces por aquí, papá? No te he visto llegar.

- Venía a saludarte.

- Hombre, qué detalle.

- Hace días que no contestas al teléfono, empezaba a preocuparme.

- Gracias por preocuparte por mí.

- Es normal que me preocupe, hijo.

Carraspea.

- Entonces, ¿estás bien?

- Sí, ¿por qué?

- No, por nada. Bueno, qué, ¿te ha dado por el vino blanco de la competencia?

- Ya ves.

- Es malo, ¿verdad?

- No es malo: es pésimo.
- Pues sí, eso mismo creo yo.

Pese a todo piden otra ronda, aunque sólo sea para congraciarse con la competencia, y después de despedirse del dueño del bar con un ¡Adiós, Paulo, hasta la próxima!, vuelven al restaurante. Una vez allí, Roland va a buscar una botella de Chablis blanco, invita a Ferdinand a sentarse a una mesa y sirve dos copas. Respiran aliviados, ése sí que está bueno, ¡lo reconcilia a uno con la vida, me *cagüen* diez!

Ferdinand le comenta su proyecto de añadir una cláusula a su testamento: en el caso de que a él le ocurriera algo, le gustaría que Guy, Marceline, Simone y Hortense pudieran seguir viviendo en la granja tranquilamente; vamos, que quiere concederles el usufructo. Es lo más lógico, ¿estás de acuerdo, Roland? A Roland le parece lógico y está de acuerdo. Él considera que, a la muerte de Henriette, con el restaurante ya ha heredado lo que le correspondía. Y prefiere no decírselo a su padre para no entristecerlo, pero el caso es que a él la granja le trae sin cuidado. Aunque para Lionel puede que sea un problema, ¿no? No, Ferdinand ya habló con él de eso por teléfono, y el australiano no puso ninguna pega. Ya se lo imaginaba, pero el caso es que fue muy sincero y le dijo que la granja se la sudaba por completo. ¿Ah, sí, te dijo eso Lionel? *Foc ze farm* me dijo exactamente, y luego me lo tradujo. Perfecto, entonces asunto arreglado. Ahora ya pueden pasar a hablar de otra cosa.

Pero tardan un poco. Primero sólo hay suspiros y resoplidos... Y, por fin, Roland habla.

No es nada fácil eso de verte solo de pronto. Y tanto que no, bien que lo sabe Ferdinand. Te despiertas por la mañana, y no hay nadie. Te acuestas por la noche, y sigue sin haber nadie. Y algunos días te preguntas de qué coño sirve seguir currando como un gilipollas. Pues sí... Suspiro. Silencio. Trago de vino. Otro suspiro. Ferdinand cree que es el momento de dar consejos. Los típicos: los niños, el trabajo y todo lo demás. Roland cuenta las moscas del techo. Al final de la botella, Ferdinand cambia de tono, se anima, se exalta, sugiere... ¡reconquistarla! Pero Roland suelta una risita amarga y dice que no con la cabeza con aire desencantado. Bueno, pues entonces, si no hay nada que hacer, entonces tiene que pasar página, reaccionar, no quedarse solo en casa, salir por la noche, ir a un baile, a las discotecas, la vida no termina ahí, joder, ¡hay más mujeres en el mundo aparte de Mireille! Roland se levanta y le suelta: «Aplicáte el cuento, papá», antes de bajar a la bodega por otra botella. Ferdinand no entiende a qué viene ese comentario y masculla: «¡Será idiota este hijo mío!»

Terminada la segunda botella, Roland tiene hambre e invita a Ferdinand a cenar. Esa noche el restaurante está cerrado, pueden hacer lo que les dé la gana. Así que de primero... Roland abre la puerta de la nevera, echa un vistazo... ¿te apetecen unos caracoles a la mantequilla de ortigas? Y de segundo, ¿qué tal una pierna de jabalí marinada en champán, asada al horno y acompañada de setas? Al oír lo de las setas, Ferdinand hace una mueca. ¿De dónde has sacado las setas?, le pregunta, receloso. Me las ha dado un amigo, contesta Roland. ¿Y es de por aquí tu amigo? Pues sí, claro. Qué cabrón, seguro que es el que ha descubierto mi rincón secreto.

Pasaron un rato muy agradable. Bebieron más de la cuenta, claro, pero se rieron mucho y echaron alguna que otra lagrimita también. Es lo que tiene el alcohol, propicia que las emociones se desborden un poco. Tras pensarlo un momento, se dieron cuenta de que era la primera vez que pasaban juntos una velada entera, los dos solos, sin nadie más. Los dejó desconcertados a ambos.

Joder. O sea que era la primera vez que estaban a solas un padre de setenta años y su hijo de cuarenta y cinco... Se quedaron callados un momento ante tan abrumadora constatación. En un intento por ser positivo, Roland salió con una banalidad: más vale tarde que nunca, y Ferdinand se encogió de hombros con una mueca: le parecía que no había que quitarle hierro a las cosas. Sencillamente era muy triste haber perdido tanto tiempo. Era muy triste para Ferdinand darse cuenta sólo entonces de que su hijo no era tan idiota como pensaba. Y, para Roland, que su padre no era un viejo estúpido.

MARCELINE CUENTA SU HISTORIA

Estoy como flotando, siempre tengo esa sensación al final de un recital, es como si mis pies no tocaran el suelo. Es muy agradable. Quiero que dure, sobre todo no quiero aterrizar... Entro en mi camerino y me siento ante el espejo. Suena mi móvil, he recibido un mensaje durante el concierto. No reconozco el número y decido escucharlo más tarde. Primero quiero desmaquillarme y cambiarme de ropa. Y a partir de entonces, todo sucede como a cámara lenta. Bueno, no, sé que no es cierto, pero es la impresión que me ha quedado. Mi memoria lo ha distorsionado todo, seguramente ha dilatado el tiempo. Vuelvo a coger el móvil y escucho el mensaje. Una voz me pide que llame a un número. De golpe siento mucho frío. Eso me irrita. Pienso que alguien ha debido de dejarse otra vez abierta la puerta de servicio, la que da a la calle que hay detrás del teatro. Pero, en realidad, no es por eso... Marco el número, me equivoco varias veces antes de conseguirlo, y por fin una voz me pregunta secamente mi nombre y me dice que espere un momento. A continuación oigo una voz de mujer más dulce y más tranquila: señora, ha ocurrido algo. Quisiera no escuchar lo que sigue, interrumpir ese absurdo, pero no cuelgo el teléfono, me levanto de la silla, y la voz pronuncia el nombre de mis dos hijas. Se me hiela la sangre. La voz dice que han tenido un accidente. Caigo de rodillas, se me desgarran el vientre. La voz intenta ganar tiempo, yo gimo, grito, pero la voz sigue hablando, dice que el impacto fue brutal, seguramente no se dieron cuenta de lo que les estaba pasando. ¡No! ¡No quiero oír! ¡No quiero escuchar! ¡Se equivoca usted! La voz dice que lo siente... Se lo suplico, no, por favor. Déjeme volver atrás, borrarlo todo, no haber llamado nunca a ese número. Si hubiera colgado antes, quizá... Quisiera que esa voz no hubiera existido nunca, que nunca hubiera pronunciado esas palabras. Quisiera... ¡que se hubiera muerto ella!... Discúlpeme... es una tontería... pero me sigue destrozando. Me gustaría caminar un poco.

Ferdinand ha cogido a Marcelline del brazo. Es de noche y hace frío. Caminan largo rato sin hablar y luego vuelven a casa. Ferdinand pone agua a calentar y prepara una infusión. Se sientan uno al lado del otro junto a la estufa, y enseguida llegan los gatos y se acurrucan en su regazo. *Masmala* tiene la tripa un poco hinchada. Tan ingenuo como siempre, Ferdinand dice que otra vez se habrá zampado demasiados ratones, su linda cazadora. Y Marcelline no puede evitar sonreír. Es usted un hombre encantador y divertido, Ferdinand, le gustaría decirle. Y casi lo consigue. Pero no, las palabras se le quedan en la punta de la lengua.

Ahora Ferdinand sabe un poco más sobre las dos hijas de Marcelline.

Que eran hermosas, que podrían haber movido montañas. Lo querían hacer todo, querían

aprenderlo todo. ¡Incluso arreglar el tejado medio derruido de la casa que se acababan de comprar! Nada les parecía imposible. Acababan de separarse ambas de sus respectivos novios - las gemelas a menudo hacen las mismas cosas a la vez-, iban a empezar todo de cero, juntas. Y, entonces, se cruzaron en el camino de un joven triste. Y, sin querer, se las llevó por delante con él. Tenían veinticinco años, y él, diecinueve. Marceline imagina lo que debieron de decirle, cómo debieron de cantarle las cuarenta, una vez al otro lado. ¡Oye! ¡Pero bueno, ¿qué coño has hecho?! ¿No podías ponerte hasta arriba de copas y quedarte tranquilito en tu casa, gilipollas? ¡Te deja tu novia, y tú vas y te matas! ¡Pero si esa tía era una mierda! No valía un pimiento. Podrías haber encontrado una mejor. Una con la que hubieras dado la vuelta al mundo, ¿te imaginas? Pero ahora ya nada, se acabó. Adiós muy buenas. ¿Y has visto cómo se han quedado tus padres por tu culpa? ¿Sabes que, a partir de hoy, van a creer hasta el final de sus días que era culpa suya que bebieras como un cosaco? Van a creer que no te quisieron lo suficiente, que no supieron quererte. Es horrible. Tú sabes muy bien que hicieron lo que pudieron. Y mira nuestra madre. Ella tampoco se recuperará nunca de habernos perdido. Así que vaya birria de idea has tenido. Vale, vale, no es culpa tuya. La vida es muy puta, y al final todos morimos, es lo que hay. ¡Pero uno tiene derecho a que le parezca una mierda! Anda, deja de llorar. Sí, es duro, y seguramente les llevará años, pero nuestros viejos acabarán por apañárselas sin nosotros, ¿sabes? Bueno, nosotras ya nos piramos. Si te da miedo estar solo no tienes más que venirte con nosotras... *Berthe* es la única que salió indemne, los gendarmes se la quedaron hasta que llegó Marceline, dos días después. Bajó del tren con su maletita y su violonchelo, nada más. Era la primera vez que iba allí. Las chicas tenían pensado hacer las obras de reforma e invitarla al final de su gira, para darle una sorpresa. Le costó encontrar la casa. El burro y el gato llevaban solos varios días. *Cornélius* se las había apañado para abrir la barrera de su cercado y se zampaba todo lo que pillaba en el huerto y alrededor de la casa. Pero *Mo-ye*, el gato de Danuta, siempre había vivido en un apartamento. Todavía no sabía cazar, y estaba bastante desnutrido. Entonces, aunque en ese momento no tenía más deseo que desmayarse, desaparecer, fundirse en la tierra, disolverse en la atmósfera, no pudo hacerlo. *Berthe*, *Mo-ye* y *Cornélius* estaban ahí y la necesitaban. Eran su legado, no tenía derecho a abandonarlos. De modo que se quedó. Por ellos. Y nunca más volvió a Polonia. Hizo una cruz sobre su pasado. Algunos días calcula el tiempo que le queda, sólo para hacerse una idea. Se ha informado sobre los años que suelen vivir de media los gatos y los perros, y también los burros. Así que ahora sabe que los perros pueden vivir hasta dieciocho años, los gatos, hasta veinticinco, y los burros, hasta cuarenta. Casi nada. También le interesó saber que las gallinas o las ocas podían vivir dieciocho años, los cuervos, cincuenta, y las carpas, setenta...

A LA SALIDA DEL INSTITUTO

Guy y Ferdinand están sentados en un banco no muy lejos de la puerta del edificio. Desde allí alcanzan a ver el reloj y vigilan cómodamente quién entra y quién sale. Están un poco nerviosos. A las cuatro y media suena el timbre, las puertas se abren, y los alumnos salen corriendo a la calle. Guy y Ferdinand se levantan del banco. No muy lejos de ellos se forma un grupo de jóvenes. Son ruidosos, hablan todos a la vez, arman jaleo y se dan golpes con las mochilas. Los dos hombres se acercan, Ferdinand carraspea, se disculpa por molestarlos pero le gustaría hacerles una pregunta. Todos se callan a la vez y lo miran con desconfianza. Incómodo, Ferdinand les pregunta si, por casualidad, alguno de ellos está buscando alojamiento. Los chicos son los más recelosos, quiénes son estos carcamales, qué quieren, qué raro que a su edad estén apostados a la salida de un instituto, les da mal rollo... Pero uno de ellos los reconoce, los ha visto alguna vez en el bar de su tío, son agricultores jubilados. Más tranquilos, se consultan entre sí. ¡Ah, sí, Kim ya pronto se va a ver en la calle! Gritan su nombre. Al final el muchacho se acerca, arrastrando los pies. ¿Qué pasa? Efectivamente, sus caseros quieren recuperar la habitación que tiene alquilada, dentro de poco tendrá que mudarse. ¿Cuál es el plan? Esos dos abueletes a lo mejor tienen algo. Guay, ¿y cuánto cuesta el alquiler? Ferdinand y Guy le proponen sentarse en el banco con ellos para hablar las cosas tranquilamente.

Pues sí, el caso es que sí que tienen una habitación libre, pero lo que buscan sobre todo es alguien dispuesto a trabajar unas horas por semana en un huerto. ¡Anda, qué casualidad, se burla el chico, pero si él estudia en el instituto agrícola! Pero prefiere decírselo enseguida, a él eso de cultivar a la antigua no le va nada, lo suyo es el cultivo ecológico, o sea, sin productos químicos, porque si no, pasa por completo. Ferdinand y Guy intercambian una mirada: por ellos, perfecto. Bueno, vale, pero hay otro problema: ¿cuánto quieren por la habitación? Porque él anda siempre mal de dinero. Ahora les toca a ellos burlarse. Guy precisa que el alojamiento, la comida y la colada son gratis a cambio de unas horas semanales de trabajo en el huerto. Kim abre unos ojos como platos. Si sólo dependiera de ellos, sellarían el acuerdo ahí mismo, pero antes tiene que conocer a la responsable del huerto. Y a la chica con la que compartirá casa. No va a ser fácil. La responsable es una vieja cascarrabias, muy apegada a sus principios, estrecha de miras y con mil defectos más. Se divierten exagerando los aspectos negativos. Pero el chaval los escucha sin decir esta boca es mía. No parece amilanarse. Es lo que buscan, alguien que no se ahogue en un vaso de agua. A ellos ya los ha conquistado. Están seguros de que con Marceline tampoco habrá ningún problema. Con Muriel, en cambio, ya no lo tienen tan claro. Kim está muy animado. Le gustaría

conocer a la responsable del huerto lo antes posible. Sin dudarlo ni un minuto más, deciden llevarlo a la granja.

Por supuesto no la han avisado, por lo que Marceline cree que Kim es un joven estudiante al que le gusta la jardinería y que va a visitar una granja para documentarse. Con total naturalidad, lo conduce a su reino. En invierno no hay gran cosa en el huerto, todo está más o menos en reposo. Pero bueno, sí que hay puerros, coles, canónigos, espinacas, acederas y rábanos negros. Le explica su forma de trabajar. Él parece un entendido, habla de abono, de rotación de cultivos y de plantar flores entre las hileras de hortalizas para combatir las plagas. Ella, a su vez, le habla de estiércol de ortiga, de infusiones de cola de caballo y de cenizas de madera, porque es rica en potasio y efectiva también contra las babosas. ¿Sabías que las babosas pueden vivir hasta seis años? ¡Hala, qué pasada! ¿Y las lombrices? ¡Las hay que llegan a vivir diez años! ¡Joé, qué caña!

Según vuelven del huerto, enfrascados en su conversación, pasan sin detenerse delante del banco en el que están sentados Ferdinand y Guy, y entran en la antigua lechería. Marceline le enseña a Kim su material de apicultura, abre un tarro de miel y le da a probar un poco. Le gusta, así que toma un poco más. Marceline encuentra al chico adorable, apasionado, curioso, hace preguntas pertinentes, es interesante. *Cornélius*, otro gran curioso, asoma la cabeza por la puerta para ver desde más cerca al recién llegado, lo olisquea, se frota contra su hombro y le pisa los pies. No es el único interesado en el chico nuevo. Desde que ha llegado, *Berthe* no se separa de él.

Vuelven a pasar delante del banco, sin detenerse tampoco esta vez, y entran en la cocina. Marceline vuelve a salir enseguida para anunciar a los dos compadres que ha invitado al crío a cenar. Ferdinand y Guy se congratulan. Su plan está funcionando.

Cuando llega Muriel, van a verla y le explican lo que han planeado. Como es natural, no le hace ni pizca de gracia. Estaba tan a gusto ella sola... Ahora deberá compartir su espacio, cambiar sus costumbres, tener en orden sus cosas y lavar los cacharros amontonados en el fregadero. Además, ya no podrá poner a secar las bragas y los sujetadores delante de la estufa. Toda esa historia le parece una jodienda. Ellos la tranquilizan, todavía no hay nada decidido. Marceline aún no está al corriente, y puede negarse. Muriel suspira, le encantaría que ocurriera así. Abre la puerta de la cocina con cara de pocos amigos y reconoce a Kim, el chico que curra a veces con ella en el restaurante. Le cae bien, es muy divertido. Él se extraña de verla, le pregunta qué pinta ahí, y ella le invita a visitar su apartamento.

Antes de sentarse a la mesa, Guy mira a Ferdinand con impaciencia. Quiere darle a entender que es el momento ideal para hablar con Marceline. Ferdinand no puede seguir eludiendo el tema, se acerca a ella y le pregunta si no le importa acompañarlo fuera pues tiene algo importante que decirle. Ella acepta, intrigada. Ferdinand empieza por hablar del huerto, le preocupa que tenga que ocuparse ella sola de todo, encima con la cantidad de trabajo adicional que habrá en cuanto llegue la primavera, sobre todo ahora que son seis en casa... Toda esa entrada en materia a ella se le antoja un poco forzada, así que lo interrumpe y le pide que hable claro, sobre todo porque el gratén de patatas se va a quemar como no se den prisa en volver a la cocina. Ferdinand sigue un rato más con sus rodeos y, al final, le cuenta por fin la idea que han tenido Guy y él. Marceline hace una mueca de contrariedad, ofendida por no haber sospechado nada. Pero tiene que admitirlo, hace tiempo que no puede conciliar el sueño por la noche pensando en todo el trabajo que se le viene encima. Es evidente que con un poco de ayuda todo irá mucho mejor. Caminan en

silencio, uno al lado del otro. Justo antes de entrar en la cocina, Marceline quiere darle las gracias, se vuelve hacia él, le sonríe y le da un beso... en la mejilla. En realidad, quería besarle en los labios, pero se ha desviado en el último momento. La próxima vez, quizá. *Moe*, se atrever a.  No, la próxima vez lo har a, seguro! Tanta vacilación empieza a resultar ridícula, parecen dos adolescentes.

Y así fue como llegó Kim a la granja.

KIM, *EL CICLÓN*

Kim tenía tanta prisa por instalarse que negoció con Muriel que le dejara dormir en un catre en la cocina hasta que la habitación de la planta de arriba estuviera limpia y pintada. Ella aceptó, pero al principio no estaba segura de que fuera una buena idea. Con eso de compartir su espacio ahora no iba a tener más remedio que vestirse para ir al cuarto de baño, tendría que ir de puntillas a la nevera a buscar cosas de picar, no podría encender la luz por la noche ni tirarse pedos cuando le diera la gana. Le había cogido gusto a vivir sola, lo iba a echar de menos, estaba segura. Pero no tardó en cambiar de opinión porque la verdad es que era guay poder charlar con alguien hasta las tres de la madrugada, reírse juntos a carcajadas, hacer guerra de almohadas o contarse cosas personales, incluso algún que otro secreto. Como consecuencia, todo lo que podría haber supuesto un problema desde el punto de vista de la organización no lo fue en realidad. Para el cuarto de baño, a ella le gustaba ducharse por la noche, y a él, por la mañana. Perfecto. Ella sufría a menudo de insomnio, él en cambio dormía como un tronco, así que le correspondía a Muriel recargar la estufa por la noche. Guay. A ella le costaba levantarse por las mañanas, él, en cambio, una vez de pie tenía mucha energía, así que se ocupaba él de preparar el desayuno y luego iba a hacerle cosquillas para despertarla. Genial. El trayecto en bici desde la granja hasta la escuela era un poco angustioso porque en invierno era aún de noche cuando salía por la mañana, pero ahora que estaba Kim era hasta divertido. Él tenía novia, Muriel estaba soltera y pensaba seguir estándolo, sobre todo después del fiasco de su último *love affair*, así que serían como hermanos. Ideal.

Kim, *el Ciclón*. Llegó un martes por la noche. El miércoles limpió de arriba abajo su futura habitación, por la tarde preparó la pintura (siguiendo la receta de Marceline del puré de patatas), y por la noche dio la primera mano. Al día siguiente, jueves, al volver de clase, dio la segunda, y el viernes por la noche se mudó definitivamente.

Era todo perfecto, sólo había un problemita: echaban demasiado de menos Internet. Kim presentó su alegato: el planeta, la cultura, la humanidad entera estaban al alcance de la mano. ¿Por qué cerrarle la puerta al progreso? Era una tontería no aprovecharlo. Muriel y él podrían enseñarles a navegar, a utilizar un ratón, ayudarles a buscar información, a encontrar páginas interesantes sobre un montón de temas tales como jardinería, mecánica, ciclismo, delfines y ballenas, labores de punto, hilado de la lana, etc. No había límite. ¿Podrían visitar museos sin moverse de su sillón, escuchar orquestas filarmónicas, viajar por todo el mundo, visitar el Taj Mahal! Les iba a encantar.

Guy se informó. Comparado con lo que ya pagaban, no les saldría mucho más caro contratar los tres servicios a la vez, Internet, televisión y teléfono. También miró los precios de los ordenadores. Con lo que habían ahorrado, tenían de sobra para comprarse uno. Y añadió que así los chavales estarían contentos. Todos votaron que sí, naturalmente. Y Muriel se puso a dar saltos de alegría.

Hortense está muy animada, ¡quiere aprender a navegar en la red! ¡Pinchar con un ratón! ¡Ponerse de perfil en feisbuc! Le encantan sus dos nuevos amigos, sobre todo el muchacho, le parece divertido, interesante y guapo. Ay, madre... Le recuerda un poco a Octave, su marido de un solo día, ¿eh, Simone? Qué carita de ángel tiene, tiene una carita de no haber roto nunca un plato, ¿no crees, Simone? Cuando Hortense se pone como a coquetear, Simone se encoge de hombros y suspira. Qué cansina. En esos momentos Hortense está tan convencida de tener sólo veinte años que de nada serviría recordarle que tiene setenta y cinco más. Así que Simone se limita a callarse y a esperar a que se le pase.

TRABAJOS, PROYECTOS E INFORMÁTICA

Marzo.

Kim acaba de empezar a trabajar en el huerto con Marceline. Para producir lo suficiente para alimentar a siete personas y que sobre para vender en el mercado, Kim y ella pensaron las cosas detenidamente, hicieron algunas cuentas y llegaron a la conclusión de que iban a tener que agrandar el huerto. Para ello, le confiscaron el suyo a Ferdinand. Éste no protestó, pues a él la jardinería le daba dolor de espalda. Empezaron a preparar unas cuantas parcelas, cubrieron algunas con estiércol de burro, y otras con paja. Kim eligió un rinconcito para plantar esquejes de frambuesos y groselleros porque le encantan.

El muchacho no tardó en darse cuenta de que a Marceline no le iba mucho la carne, por eso una noche les planteó la cuestión a Guy y a Ferdinand: ¿qué les parecía criar unos cuantos pollos? Antes de que les diera tiempo a contestar, añadió que estaba dispuesto a ocuparse él de todo pues no le llevaría mucho tiempo. Y, al menos, así podrían todos comer de vez en cuando carne de calidad, sin hormonas, sin OGM y sin antibióticos. Los dos se mostraron muy partidarios. Y no sólo ellos, en realidad nadie estaba en contra. Las verduras son muy ricas, pero sólo verdura todo el rato al final cansa. El problema era con qué iban a alimentar a los pollos. Fueron a ver la pequeña parcela que había detrás de la granja, la que Ferdinand no le había alquilado a su vecino Yvon. Estaba sin cultivar, por ahora sólo la utilizaba *Cornélius*. Kim propuso cultivarla, serían sus prácticas. El tractor funcionaba bien, aprendería a utilizarlo. Y Simone añadió que en su casa, cuando era niña, a las gallinas les daban ortigas mezcladas con los cereales y que les iba muy bien. Cuando tocó hablar de la cuestión de sacrificar a los pollos, Kim confesó no tener muchas ganas de ocuparse, pero Guy dijo que a él no le importaba. Bueno, eso ya se vería más adelante. De todas maneras, Kim conocía a un chaval que era aprendiz de carnicero, podía pedírselo a él y, a cambio, darle algunos pollos. Asunto arreglado. Ya sólo quedaba conseguir las simientes y los pollitos.

Cuando el ordenador llegó a la granja, Kim y Muriel enseñaron a los demás a utilizarlo. Hortense no se enteró de nada de cómo manejar el ratón, pero a pesar de todo le pareció tremendamente apasionante. Guy, en cambio, se reveló muy hábil. Pronto empezó a pasar gran parte de sus noches de insomnio navegando en la red, explorando páginas y páginas. Una mañana, durante el desayuno, lanzó la idea de crear ellos mismos una página web. Pensaba que sería

interesante dar a conocer a otros su experiencia, explicar cómo vivían todos juntos, las ventajas, los inconvenientes y todo eso. Kim les avisó: no podrían contar con él y con Muriel para ayudarles porque no tenían ni idea, era supercomplicado. Eso no les desanimó. Pensaron en el nombre que le iban a poner, y Guy propuso éste: solidarviejos.com

No era ni muy bonito ni muy poético, pero transmitía bien el mensaje, así que los demás aceptaron. Y Guy se puso manos a la obra.

KIM TIENE UN BAJONCILLO DE ÁNIMO

Una noche, después de cenar, cuando estaban sentados fuera -los mayores en el banco, Hortense en su silla de ruedas, y los dos jóvenes en unos taburetes-, por primera vez desde que llegó, Kim les habló de sus padres. Vivían a unos sesenta kilómetros de allí, y hacía casi cinco meses que no los veía. Le habían cortado el suministro. Hacía demasiado tiempo que no daba un palo al agua en clase, y se habían hartado. No les guardaba rencor por ello, en su lugar él habría hecho lo mismo. Los echaba de menos. En las vacaciones de Navidad habría podido ir a verlos, pero prefirió quedarse a trabajar en el restaurante para ganar algo de pasta. Que se gastó enseguida comprándose chorradas, y ahora se arrepentía. Porque... quizá, a fuerza de no verse, al final las personas terminaban por olvidarse unas de otras.

Nadie dijo nada pero todos asintieron.

También tenía una hermana pequeña, de cinco años, llamada Mai. Es un nombre vietnamita que significa «flor de albaricoque».

Su madre se llamaba Ai Van, «la que ama las nubes».

Y claro, Hortense le preguntó qué significaba su nombre. Y él no tuvo más remedio que contestar:

Kim significaba «oro».

A Hortense le pareció magnífico. Y luego quiso saber cómo se llamaba su padre. ¿André? Ah, bueno, sí, era menos poético, eso desde luego, pero de todas maneras era bonito.

Cuando ya todo el mundo se levantó para irse a la cama -menos Guy, que tenía previsto pasar unas horas al ordenador para trabajar en su página web-, Ferdinand se quedó rezagado con Kim y le propuso al muchacho que llamara a sus padres y los invitara a venir a almorzar a la granja un día de esos. Todos querían conocerlos. Y, así, podría enseñarles dónde vivía. Sí, los invitaría, decidió Kim.

FERDINAND Y SUS PLACAS

- Hola, papá.
- Hola, hijo.
- ¿Sabes por qué te llamo?
- ¿Cómo quieres que lo sepa? No soy adivino.
- Al menos sabrás qué día es, ¿no?
- Sí, ¿por qué?
- Pues porque...

A Roland se le quiebra la voz. Se pone a llorar bajito.

- ¿Qué pasa, Roland? ¿Es que ha ocurrido algo?
- Es el aniversario de la muerte de mamá, y tú ni siquiera te acuerdas.
- Ah, es eso...

Ferdinand respira aliviado. Ya se estaba imaginando cosas horribles. Los niños, enfermos. Mireille, víctima de un accidente, un incendio en el restaurante... Decididamente, cuánto dramatiza este chico. Hace ya seis años que Henriette falleció. Ha tenido tiempo de sobra para hacerse a la idea...

Pero tiene que mostrarse indulgente.

Roland no está pasando una buena racha. No consigue superar su divorcio. Al principio parecía llevarlo bien. Fingía tomarse las cosas con filosofía. La vida no era ningún largo río tranquilo, pero no importaba, iba a aprender a remar. Como para demostrarlo, intentó ligar con todas las mujeres con las que se cruzaba, sobre todo cuando Mireille estaba presente, claro. Entonces, echaba el resto. Incluso lo intentó con Muriel una vez que estaba trabajando en el restaurante, lo contó ella misma al volver a casa. Por supuesto, le hizo arrepentirse de haber tenido siquiera la idea. Los viejos no eran su tipo, y menos aún si estaban gordos. Y, por otro lado, Mireille también cambió. Sin avisar a nadie se fue recuperando, cada vez estaba mejor. No ocurrió de golpe, pero casi. Empezó por dejar los antidepresivos y por beber menos, luego se cortó el pelo, cambió su manera de vestir y se apuntó a un gimnasio. Para estar más libre, de vez en cuando dejaba que los niños durmieran en casa de Roland, y de ahí a que pasaran varias noches seguidas con él. El gran cambio tuvo lugar cuando empezó a hacer teatro en una compañía de aficionados. Ése fue el punto de partida que lo cambió todo. Y ahí fue cuando Roland empezó a perder pie. La caída fue vertiginosa cuando comprendió que Mireille había conocido a alguien. De su edad, encima. Eso lo desnortó por completo. De la noche a la mañana el pelo se le volvió

blanco. Tiene cuarenta y cinco años pero aparenta sesenta. ¡Como siga así, acabará por alcanzar a su padre, el muy tonto!

Y el caso es que, por primera vez, ha llamado a Ferdinand para pedirle que lo acompañe a un sitio. Ferdinand no puede negarse. Han quedado en verse dentro de una hora.

Antes de marcharse a su cita, se da una vuelta por su taller. Hace meses que no pone un pie allí. Desde lo de Gaby. Por ella, quiere encontrar algo de verdad bonito. Algo que le guste a Guy y que sobre todo no sea cursi. Tiene tiempo, no hay prisa. Limpia con un paño la placa de Alfred, que está en el banco de trabajo. Hace tiempo que la terminó, tendría que ir a ver a sus familiares para preguntarles qué les parece. Si están de acuerdo, podrían ir juntos a ponerla en su tumba. Y brindar a su salud con todos sus amigos en el bar de la plaza. Momo, Marcel, Raymond, Pierrot y toda la panda.

Hace ya algo más de un año que cascó el hombre.

Alfred, también conocido como Cholapin

Buen herrero

Buen amigo

Padre

Pésimo marido

Si murió no fue de sed.

Está bien, es sobrio.

No hay peligro de que Jacqueline se ofenda, el divorcio lo pidió ella.

Y, si quieren, sus hijos pueden añadir algo, les ha dejado sitio.

Desentierra otra y le limpia el polvo para leer:

A Henriette, mi esposa

Me amargaste la vida durante cuarenta años.

Ahora descansa en paz.

Ésa la encuentra divertida. Pero la guarda en un rincón. No le parece el mejor momento para sacarla, a Roland no le gustaría nada. Ese hijo suyo no es capaz de considerar las cosas con un poco de distancia. Es una lástima, pero es lo que hay.

LAS GRULLAS

Todavía hace mucho frío. Por las mañanas, el suelo está blanco de escarcha. Pero el aire y la luz han cambiado. Todo es más vivo, más alegre, los días se van alargando un poco. Y están volviendo las grullas. Eso es buena señal. Ante la ventana, Muriel le cuenta a Hortense lo que ve. Ahora mismo están pasando justo por encima de la granja, hay varias uves grandes en el cielo, gritan todas a la vez, algunas sobrevuelan la casa en círculo, como si se hubieran perdido, ah, no, ya está, una se ha puesto en cabeza, y todas las demás la siguen. Hortense querría verlas. Pero Muriel no puede levantarla ella sola de la cama, ya lo sabe. Hortense le dice bajito: «Por favor, Muriel.» La muchacha duda, no es una buena idea, además es un jaleo tremendo, tendría que quitarlo todo, el gotero y también el oxígeno. Hortense suplica. Muriel se decide por fin, venga, vamos allá, total qué más da, abre la ventana y llama a Kim. Entre los dos consiguen sentarla en la silla de ruedas, la arrebujan en su edredón y le ponen un gorro de lana. ¡Deprisa, que si no, se van a ir! Kim advierte: Agárrese fuerte, Hortense, que vamos a pisarle. Preparados, listos, ya. Corre por el pasillo empujando la silla, rodea la mesa de la cocina haciendo un caballito, pasa por la puerta a velocidad de vértigo y llega al patio de la granja. ¡Ah! ¡Ahí están! ¡Por lo menos hay cientos! Hortense nunca había visto tantas. Les habla: ¿dónde os habíais ido todo este tiempo? Os estaba esperando, ¿sabéis?... Vuelan por encima de su cabeza. Crrrrru... Crrrrru... Crrrru... Resbala agua por las mejillas de Hortense. Será por el frío, seguramente, y por el cielo tan blanco. Le quema un poco los ojos, y tiene que guiñarlos. Hay que volver ya a casa. Oh, no, todavía no. Le gustaría quedarse hasta que se vayan las últimas. Siempre hay que animar a las rezagadas. Con un hilo de voz canturrea, mirando al cielo: no os preocupéis, bonitas, volad, volad, las demás no están lejos, pronto las alcanzaréis...

SIMONE TRAE EL DINERO A CASA

Guy sacó el coche para acompañar a Simone al pueblo porque tenía cita con su banquero. Hace dos semanas firmó ante notario los papeles de la venta de su casa. No sintió nada especial, no estaba ni triste ni contenta, pero se encontró con un problema bien gordo: ¿qué iban a hacer Hortense y ella con todo ese dinero? A su banquero se le ocurrían muchas ideas, claro. Pero ella necesitaba tiempo para pensar, para decidir qué hacer. La precipitación no es buena consejera. Mientras tanto lo mejor era reunir todo el dinero y que Simone se lo llevara a casa. El banquero la miró con incredulidad. En billetes pequeños sería lo mejor, añadió ella. Desconcertado, no se le ocurrió otra cosa que decirle más que... que no era fácil, tenía que informarse y, además, iba a llevar tiempo. Ella quiso saber cuánto, y él contestó que dos semanas, a lo que Simone replicó que no le importaba. Pues bien, las dos semanas han pasado, y ahora ha regresado a hablar con su banquero. Guy la acompaña. El banquero se muestra muy amable, la ayuda a sentarse, le pregunta por su salud y la de Hortense. Simone recela de él. Busca engatusarla, está claro, y le ofrece... ¿un cafelito? Ella dice que sí, sólo para molestarle. Con tres azucarillos, por favor. Cuando sale de la habitación, habla en voz baja con Guy y le dice que no se tomaba tantas molestias cuando sólo cobraban sus pensiones de jubilación. No desplegaba la alfombra roja ni hacía todo ese paripé. La única vez que estuvieron en números rojos -de eso se acordaría toda su vida- no ponía en absoluto esa cara, te lo puedo asegurar. Y eso que no fue para tanto. ¡Pero llegó a amenazarlas con embargarles sus bienes! Con carta certificada y toda la pesca. Qué miedo pasaron. Ya se veían las dos en la cárcel, con el pelo rapado, un pijama de rayas y grilletes en los pies. Guy enarca las cejas, Simone, no debería usted ver tantas series americanas en la tele. Sí, sí, ya puedes enarcar las cejas todo lo que quieras, chiquillo, pero ni te imaginas siquiera lo que sufrimos Hortense y yo. No pegamos ojo durante días. Y ahora, míralo, todo sonrisas y reverencias. Esta gente no tiene orgullo, te lo digo yo, Guy, ¡los banqueros son como los agentes de seguros, todos unos ladrones! A ese respecto Guy no puede sino darle la razón. Pero es difícil prescindir de ellos, así que le gustaría conseguir convencerla de que no se lleve todo ese dinero a casa, sobre todo si está pensando en esconderlo debajo del colchón; es demasiado arriesgado. Pero Simone es terca como una mula, cuando se le mete algo entre ceja y ceja... ¡Quiere tiempo para pensar, para pensar! Y hablar de ello con Hortense, si es que todavía tiene cabeza para eso, la pobre.

Cierra el bolso y se levanta para marcharse. Bueno, pues nosotros nos vamos. El banquero se queda sentado con la mirada perdida, paralizado.

Cuando llegan a la granja se encuentran a Hortense sentada en su silla de ruedas en mitad del

patio. Muriel y Kim, a ambos lados de ella, parecen un poco incómodos.

- Pero ¿estáis locos? ¿A quién se le ocurre dejarla fuera con este frío?

- Quería ver las grullas...

- ¡Pero sabéis muy bien que lo que quiere puede no ser bueno para ella!

Hortense le hace una señal a Simone para que se acerque. Su voz está muy débil, ya sólo puede susurrar.

- Las he visto...

- Sí, pero...

- Ha sido precioso.

Simone suspira, le da un beso en la frente y empuja la silla hacia casa. Kim y Muriel la ayudan a meterla dentro.

Esa misma noche, después de cenar, cuando todos se reunieron fuera en el banco y las sillas para tomar un café, salió a anunciarles con mucha tranquilidad que Hortense les iba a dejar, ya sólo era cuestión de días. La había avisado ella misma. Las grullas eran la señal que estaba esperando. Quería marcharse con ellas, acompañarlas en su viaje.

¿QUE FALTA SAL? ¡Y UN CUERNO!

Ludo se sienta en el borde de la cama y clava el dedo en la manta.

- Papá, ¿estás dormido?
- Mmmm.
- ¿Quieres una aspirina?
- Mmmno.
- ¿Hoy no te duele la cabeza?
- Mmmcreo que no...
- Ah, vale.
- ¿Dónde está tu hermano?
- ¿No te acuerdas? Anoche quiso volver con mamá.
- Ah, sí, es verdad. ¿Qué hora es?
- Las nueve y media.
- ¡Mierda! Pero ¿por qué no me has despertado antes?
- Porque estaba demasiado ocupado.
- ¿Qué has estado haciendo?
- Una cosa.
- ¿Qué cosa?
- En la cocina.
- Buf, espero que no lo hayas dejado todo patas arriba...
- Lo he recogido todo después.
- ¿Después de qué?
- De mi trabajo.
- Pero ¿de qué estás hablando, Ludo?
- Ven y lo verás.
- Bueno. Espero que no hayas hecho tonterías, ¿eh?

Roland se pone la bata y las zapatillas, y baja pesadamente la escalera. A medio camino, olfatea y se vuelve hacia Ludo.

- Pues huele bien eso que has hecho, sea lo que sea.

Ludo sonrío ligeramente, está un pelín nervioso.

En la cocina Roland levanta el trapo y descubre una gran hogaza de pan, dorada y crujiente.

- ¿Esto lo has hecho tú?

- Sí.
- ¿Tú solo?
- Que sí.
- No me lo puedo creer...
- ¿Lo quieres probar?
- ¡Por supuesto!

Corta dos rebanadas, y se las comen a un tiempo.

- Oye, pero si está crujiente y blando a la vez, la miga es elástica, bien aireada, muy perfumada... ¿Quién te ha enseñado a hacer esto?

- El novio de mamá, que es panadero.
- Ah.

Roland encaja el golpe y finge recoger del suelo una miga. Se incorpora haciendo una mueca, con la mano en el lado izquierdo del pecho y la cara congestionada. Carraspea.

- Bueno, una pequeña crítica sí que tengo que hacerte, ¿eh? Para ser del todo sincero, le falta sal. Y, ¿sabes, Ludo?, es una pena, porque con el pan ésa es la clase de error que no se perdona.

Ludo sube corriendo a su habitación, se arroja sobre la cama y hunde la cabeza en la almohada para ahogar un grito... ¡Idiota, gordo más que gordo! Cuando se calma, siente una presencia a su espalda, saca la cabeza de la almohada y se vuelve bruscamente para mirarlo. Roland está inclinado por encima de él. Tiene un aire estupefacto, el pelo revuelto, ojeras y una sonrisa boba. Murmura: «Perdona, Ludo, tu pan está perfecto. Soy un gordo y un idiota, y, además, estoy celoso. Es horrible...»

Mientras le ayudaba a preparar la cocina para el turno de mediodía, Ludo le explicó a su padre cómo lo había hecho. Primero, la levadura. Eso estaba chupado, sólo hace falta harina y agua, la dejas junto a la estufa, y cuando salen pompas, añades un poco de harina y de agua todos los días para que aumente. La suya tenía ya dos semanas, se había traído un trozo de su casa para preparar esa hogaza. Y, ayer, mientras hacía las cuentas con Mireille, fue a la cocina y mezcló 80 gramos de levadura con 400 gramos de harina, 350 mililitros de agua tibia y una cucharadita y media de sal, lo removió bien y subió discretamente a su habitación con el cuenco de masa para dejarla reposar toda la noche junto al radiador. Al día siguiente a las siete bajó a la cocina sin hacer ruido, amasó la masa y la dejó reposar una vez más mientras hacía los deberes. Y, a las nueve, la metió en el horno. Y ya está, papá, quería darte una sorpresa.

Eso terminó de enternecer a Roland. Y, para demostrarle su admiración, se comió la mitad de la hogaza con queso y vino. Está orgulloso de su hijo.

UNA LARGA NOCHE (PRIMERA PARTE)

Masmala va y viene sin parar de un extremo a otro de la cocina. Por lo general es su lugar favorito, es donde duerme, donde está calentita y donde recibe mimos y caricias, además de algo de comer de vez en cuando. Pero ahora mismo la comida no le importa, no tiene ni pizca de hambre, y los mimos y las caricias también le traen sin cuidado. Busca un rinconcito tranquilo para descansar, nada más. Siempre hay demasiada gente que va y viene sin cesar, ocupada en algo. Sólo de noche está la cocina tranquila. Y no siempre, porque está *Berthe*, que sueña que corre como una loca con animales extraños, y gime de terror o ladra de alegría, según con quién le toque correr esa noche. Qué pesadez. Sobre todo pone nervioso a *Mo-ye*. Pero él es un gato muy raro. No hace mucho estuvo a punto de sacarle los ojos, le saltó a la cabeza, clavándole las uñas, de tanto como lo exasperó. Tiene los nervios a flor de piel y reacciones desproporcionadas, y, por si eso fuera poco, es un gato superceloso. Así que *Masmala* descarta la idea de ir a la cocina y se marcha en busca de otro lugar. Enfila el pasillo y gira a la derecha. La puerta está entornada, por lo que entra en la habitación de las dos viejecitas. Es agradable y hace calor. Se topa con la gran bolsa que contiene los ovillos de lana de todos los colores, y durante un segundo piensa que es justo lo que necesita. Pero cambia de idea porque algo... siente que hay algo... Sí. Acaba de pasar una sombra por la cama de la izquierda, acompañada de un ligerísimo soplo de aire frío. Quizá sea el alma de Hortense, que se va. *Masmala* da media vuelta y sale de la habitación con un tropecillo ligero.

Al final decide instalarse detrás de la cocina de madera, en el apartamento de Kim y Muriel. Esa cocina es más tranquila. A *Mo-ye* no se le ocurriría nunca ir a buscarla ahí, y *Berthe* seguro que no la molesta con sus estúpidos sueños. Se tiende de costado. Nota que se le acelera el corazón. Se levanta, se vuelve, no encuentra ninguna postura cómoda. Se le pone la tripa dura como una piedra, y tiene las pupilas dilatadas. Es la primera vez que siente tanto dolor. Está inquieta. Los animalitos que se movían dentro de ella hasta ese momento ya casi no se mueven, como si ahora tuvieran menos sitio, y le presionan las costillas. El dolor le impide respirar. Ronronea en un intento de aplacar el miedo.

A las tres de la madrugada, Muriel se levanta para hacer pis. Como todas las noches, no tira de la cadena. En principio, desde arriba no se oye nada, pero prefiere no hacer ruido, nunca se sabe. Además, piensa que hay que tener cuidado con el agua, dejar de malgastarla todo el rato, de

dejarla correr para nada, mientras te cepillas los dientes, te lavas las manos o friegas los platos. Puf, eso sí que es horrible. ¡La de agua que se desperdicia, joder! Muriel empieza a tomar conciencia del medioambiente, lo cual es una novedad. Está de acuerdo con Kim, a ver si somos menos tontos y no nos dejamos ya manipular como borregos. Habría que empezar a cuestionarlo todo. Uno tendría que ser artesano de su vida, ser responsable de sí mismo, ¡asumir sus propios desechos, joder! Sí, todo eso está muy bien, pero ¡Muriel aún no ha llegado al punto de aceptar pasar al váter seco! ¡Eso de tener que hacer pis y caca en un cubo de arena, como los perros y los gatos, no va con ella! Sin embargo, Kim se esfuerza mucho en tratar de convencerla. No sólo a ella, también a los demás habitantes de la granja. Por ahora nadie es muy partidario, salvo Marceline, que ya está acostumbrada. Kim quiere presentarles a otras personas que han adoptado ese sistema, para que puedan hacerles preguntas discretamente, en plan foro. Lo que menos les convence es el problema de los olores. Y la manipulación de cubos higiénicos, ¿no es eso absolutamente incómodo, asqueroso y arcaico? Y, francamente, ¿de verdad es bueno como fertilizante un abono elaborado a partir de residuos humanos? ¿Y qué pasa con los gérmenes patógenos, eh, qué pasa con ellos? ¿Se destruyen durante la elaboración del estiércol? Les va a conectar a un blog para que puedan discutir con especialistas. Será divertido ver a los viejos chateando en Internet.

Al salir del cuarto de baño, Muriel vacila un momento, no le apetece volver enseguida a la cama, así que va a la nevera a ver si hay algo interesante, pero está vacía. En la mesa algo llama su atención. ¡Anda, una revista y una tableta de chocolate! ¿De dónde sale eso? No se queda perpleja mucho tiempo, se sienta en el banco, se parte una oncita y la saborea hojeando la revista. En un momento dado, oye un ruido. Un ruido de pasos en la planta de arriba. Los pasos bajan la escalera. Muriel alza los ojos y ve llegar... unos pies descalzos, seguidos de unas piernas, una larga camiseta blanca y... una cara de chica. Ésta es nueva, nunca la había visto antes.

- Hola.

- Hola.

Vuelve a enfrascarse en la revista.

- El cuarto de baño es esa puerta de ahí.

- Gracias.

- Por la noche intento no tirar de la cadena, así que si puedes...

- Anda, ¿aquí no hay váter seco?

- Bueno, todavía no nos hemos lanzado.

La chica hace una mueca. Al volver se sienta lo más cerca posible de la estufa para calentarse los pies.

- Soy Suzanne, ¿y tú?

- Muriel.

Entonces, en medio del silencio, oyen un maullido ronco que les encoge el corazón. Se miran y se inclinan para ver qué hay detrás de la estufa.

- Pero ¿qué haces ahí, *Masmalita* mía?

UNA LARGA NOCHE (SEGUNDA PARTE)

Muriel y Suzanne se sentaron las dos en el suelo junto a la gatita.

Y se pasaron el resto de la noche acariciándola, cogiéndole la patita, hablándole cariñosamente al oído... «No te preocupes, bonita, preciosa... todo va a salir bien... es difícil, pero lo vas a conseguir... vamos, ahora hay que empujar... sí, otra vez... muy bien, ya casi lo tienes... ya está... qué bonito es tu bebé, bravo, gatita... anda, pero si hay otro más...»

Cuando amaneció parió al último gatito.

Ya sólo quedaba una hora antes de tener que levantarse para ir a clase, ya no valía la pena volver a la cama, así que Muriel y Suzanne prepararon café y pan tostado y se pusieron a charlar. Empezaron hablando de los estudios: diseño gráfico para Suzanne, y enfermería para Muriel... Anda, qué casualidad, mi tía es comadrona... ¿En serio? Mis últimas prácticas las hice en la maternidad... Ah, entonces has tenido que conocerla. Tiene la tez oscura, es un poco gordita - bueno, como tú, vamos-, lleva gafas ¡y es disléxica perdida!... No, no me suena de nada... Ya te la presentaré, verás qué bien te cae... Pues, genial, porque tengo un montón de preguntas que hacerle para el informe de mis prácticas...

Y luego pasaron a otros temas. De los chicos no hablaron mucho: Suzanne levantó los ojos al techo con una mueca, y Muriel hizo una mueca bajando la mirada. Estaba claro, no hacía falta decir mucho más, así que pasaron a otra cosa. La música, el cine, los viajes que soñaban con hacer algún día, y sus sueños a secas. Se hicieron muy amigas, hasta el punto de poder hablar de las cosas más personales. Y Suzanne sacó el tema del sobrepeso. Muriel no se lo tomó a mal, al contrario, necesitaba hablar de ello. Reconoció que ya llevaba así varios meses -y fíjate tú qué casualidad, coincidía con el invierno, la capa de grasa contra el frío...-, tenía hambre a todas horas. Pero ya estaba harta, había decidido ponerse a régimen y hacer abdominales. Porque si no, ¡el próximo verano, adiós bikini! Pero, aunque decía eso, en el fondo le daba un poco igual. Primero porque seguramente no se iría de vacaciones a la playa, no tenía un euro. Y segundo porque la piscina no era lo suyo. Era tauro, y, ya se sabe, ¡los tauro odian el agua! Pero en eso Suzanne no estaba de acuerdo porque precisamente acababa de leer no sabía dónde que, contrariamente a lo que se podía pensar, los tauro...

Cuando sonó el despertador, Kim se llevó una sorpresa. Primero, al verse solo en la cama; después, al ver a las dos chicas abajo, charlando como si se conocieran de toda la vida; y, por

último, al descubrir que *Masmalita* había tenido cuatro gatitos.

De lo de Hortense, Muriel y él no se enteraron hasta la tarde, cuando volvieron de clase.

Les dio muchísima pena. Sobre todo a Muriel. Quiso entrar en la habitación para despedirse del cuerpo de Hortense, sentía que era importante para Simone. De no ser por eso, no lo habría hecho, los muertos la impresionaban. Pero no se quedó mucho tiempo, se empezó a marear y estuvo a punto de desmayarse. Guy y Ferdinand la sostuvieron y la llevaron hasta el sofá para que pudiera tumbarse un momento. Cuando se levantó se sentía mejor, pero prefirió irse a la cama directamente, sin cenar. Los acontecimientos le habían revuelto un poco el estómago.

COMO CABÍA ESPERAR...

... tras la muerte de Hortense, Simone empezó a perder el interés por cuanto la rodeaba. Pero Guy estaba pendiente, enseguida reparó en los pequeños detalles que lo dicen todo. Se acostaba cada noche un poco más temprano y dormía por las mañanas hasta más tarde, ya no hacía ningún esfuerzo por peinarse, y ya casi nunca se sentaba en el banco con los demás después de cenar. En cambio, de día era capaz de quedarse allí sentada sola durante horas, sin moverse, sin hacer nada, mirando el cielo y viendo pasar las nubes. Y en cuanto alguien se acercaba, se levantaba y se marchaba corriendo con el pretexto de alguna tarea urgente que hacer. Y lo que es más grave, había perdido el apetito. Y eso no era nada típico en ella, porque por lo general le encantaba comer. Salvo que, naturalmente, nada era ya normal para ella. Su alma gemela, la luz de su vida se había apagado, Simone ya no sabía qué hacer ni a qué aferrarse, ni sencillamente si le quedaban aún ganas de hacerlo. Cuando alguien le hacía una pregunta, se interrumpía en mitad de su respuesta, se encogía de hombros y murmuraba: «Bueno, ya total qué más da.» Guy había pasado por lo mismo no hacía mucho, conocía muy bien esa situación. De modo que se puso a buscar la manera de evitar que se hundiera. No iba a ser fácil porque Simone era aún más cabezota que él. Y mucho más vieja. Pan comido no iba a ser, desde luego...

LA GRANJA DE YVON

Ferdinand llama a la puerta de casa de Mireille. Trae a los niños, que han pasado el fin de semana en la granja. No le abre ella sino Alain, el hijo de Yvon. Los niños se le tiran al cuello para abrazarlo. Ferdinand se extraña de verlo ahí y le pellizca la mejilla, diciéndole que ha crecido mucho desde la última vez, y le da fuertes palmadas en la espalda. El muchacho se siente incómodo, pero lo invita a pasar. Están tomando el aperitivo con su padre, únase a nosotros. Qué bien, qué oportuno, Ferdinand justo había pensado ir a verlo para preguntarle una cosa, así ahora podrán hablar de ello. Pero antes de que le dé tiempo a decir nada, Yvon se lanza a hablar primero. Le comenta que su hijo ha decidido tomar un camino diferente al suyo. Así son las cosas, así es la vida. Bueno, el caso es que ha elegido ser panadero. Al final tiene su lógica: el padre produce el grano, el hijo hace pan con ese grano. Sólo que a él ya le cuesta cultivar la tierra solo. Le duele la cadera, él también tendrá que pasar por ello, al final un día de éstos tendrá que operarse. Ferdinand se las da de experto y lo tranquiliza, la operación no es nada. Él pudo volver a correr como una liebre apenas unas semanas después, gracias a la prótesis. Como nuevo, oye. Bueno, Yvon dice que, mientras pueda subirse al tractor, prefiere posponer el mal trago. Y, en cualquier caso, ha tomado una decisión: se va a jubilar. Tampoco ya mismo, ¿eh?, pero sí de aquí a uno o dos años. Mientras tanto quiere contratar a un aprendiz para que le eche una mano. Y si, de paso, eso puede ayudar a un chaval a hacerse un hueco, mejor que mejor. Además que, si la cosa marcha, está pensando en cederle la granja y sus tierras cuando se jubile, eso sería bueno para todos. Ferdinand está estupefacto. Aprovecha la ocasión para hablarle de Kim, un chico muy simpático y muy trabajador. Yvon lo interrumpe. Ya lo conoce, ¿estaba pensando precisamente en él! ¡Pero el chaval quiere cultivo biológico! Sí, y tiene razón, es el futuro. Ferdinand está cada vez más asombrado. Yvon reconoce no tener ánimos para lanzarse a algo nuevo, ¡pero no es razón para ponerles trabas a los jóvenes! Ferdinand se pregunta si el viejo Yvon no estará bromeando, pero no ha bebido más que de costumbre. Habla en serio. Su hijo asiente, como para corroborarlo. Mireille, a su lado, también. Así que él, que tenía intención de ir a verlo para pedirle -un poco como un favor, al fin y al cabo- permiso para recuperar una de las parcelas que le alquila para que Kim pueda cultivarla, se ha quedado de piedra. El viejo Yvon tiene una propuesta fantástica que hacerle al chaval... Mira tú por dónde.

SÁBADO POR LA NOCHE, LUNA LLENA

Sentados uno al lado del otro en el banco, Ferdinand y Marceline cuentan las estrellas del cielo. O, mejor dicho, lo intentan. Pero claro, es imposible, ¡hay demasiadas! Hace fresquete, Marceline se acerca más a él. Ferdinand cierra los ojos, encantado y al mismo tiempo intimidado. Un cuarto de hora después, Marceline inclina la cabeza sobre su hombro y se apoya en él muy ligeramente. Es la primera vez. Él se estremece. Ella también. Ya no se mueven en absoluto y apenas respiran. Pero no va más lejos la cosa porque Kim abre de pronto la puerta de su apartamento -dan un respingo- y corre hacia ellos en calzoncillos, muy angustiado.

- ¡Muriel se ha encerrado en el cuarto de baño, creo que está mala, lleva una hora llorando!

Los tres se precipitan hacia allá.

Marceline habla con ella a través de la puerta.

- ¿Qué ocurre, Muriel? ¿No te encuentras bien?

- Me duele...

- Abre la puerta.

- No puedo...

- Inténtalo, por favor.

- No puedo moverme, me duele demasiado la espalda...

Kim desliza la hoja de un cuchillo por el quicio de la puerta y consigue quitar el pestillo y abrir la puerta. Muriel está tendida en el suelo de la ducha. Marceline se agacha y la abraza, acunándola, y le pregunta dónde le duele. Febril, Muriel le toma la mano y se la lleva al vientre. Está duro como una piedra. Marceline tiene la reacción instintiva de echarse hacia atrás. Muriel se angustia.

- ¿Me voy a morir, es eso?

- No, claro que no. Pero, no lo entiendo... ¿Por qué no nos lo has dicho antes?

- ¿Por qué no les he dicho el qué, Marceline?

Una nueva contracción le arranca otro gemido, que crece, crece, se hace más fuerte y termina en un grito. Marceline la abraza. No te preocupes, bonita, preciosa... todo va a salir bien... Vamos a llamar a una comadrona o a un médico, te van a ayudar... Muriel se vuelve hacia ella, anonadada. Su mirada traduce una incredulidad absoluta. Y Marceline comprende que también ella descubre en ese preciso momento lo que le ocurre. Le acaricia el rostro... «Pobre

pequeña...» Va a buscar a Kim y a Ferdinand, y la ayudan a llevarla hasta su habitación. Una vez allí la tiende en la cama y le apoya la espalda sobre unas almohadas. Sale y les pide a los dos hombres que encuentren a alguien, un médico o una comadrona, ¡rápido! No parecen entender lo que les dice. Marceline les suplica que se den prisa, es urgente. Kim y Ferdinand, inquietos, vuelven a la otra ala de la casa para llamar por teléfono. A medio camino, Kim se acuerda de que... ¡la tía de Suzanne es comadrona! Va corriendo a su habitación a buscar su móvil. Es la una de la madrugada.

Marceline le acaricia la cabeza a Muriel, le habla cariñosamente al oído... «Tranquila, mi niña... no te preocupes... Kim ha llamado a la comadrona, está a punto de llegar...» Pero hace horas que Muriel tiene dolores, está cansada, querría que todo terminara ya, ahora mismo. Ha gritado tanto que ya no tiene fuerzas para pronunciar una sola palabra más, sólo puede mover la cabeza de izquierda a derecha, es lo único que aún consigue expresar. No. No. No.

Y pasa el tiempo. Las contracciones se suceden sin tregua, agotándola. Y entonces llega una más dolorosa que las demás, que le arranca las entrañas. Aparece la coronilla del bebé. Marceline sabe que no se puede esperar más. «Mi pequeña Muriel... Vamos a ayudarlo a salir... escúchame... yo te diré cuándo tienes que empujar, ¿vale?... Muy bien, coge aire... ahora, venga, empuja... sí... sí... sí... muy bien... Otra vez... empuja... más... más... más... ya casi está... más, empuja más fuerte... Ya está, ya ha salido la cabeza... has hecho lo más difícil... empuja una última vez... ya está, aquí está, lo has conseguido... Bienvenido, angelito... Muriel, es una niña...» Marceline está emocionada, cubre al bebé con una sábana para que no sienta frío y se inclina para dejarlo en brazos de Muriel, pero ésta se aparta. No quiere mirarlo ni tocarlo. Marceline tiene muchas ganas de llorar pero se contiene.

Son las dos de la madrugada. Guy y Kim están en la cuneta de la carretera, justo antes del cruce. Cada uno lleva una linterna. Llega el coche de la comadrona, le hacen grandes gestos con los brazos indicándole el camino para llegar a la casa. En el patio de la granja, Ferdinand le abre la puerta del coche y la hace entrar. Es una mujer alegre, sus gestos son vivos y precisos. Marceline siente alivio al verla llegar. Marie explica que ha venido lo antes posible pero que cuando ha recibido la llamada todavía estaba en la sala de partos. Los bebés suelen llegar las noches de luna llena. ¡Y en fin de semana, eso también es muy común! Examina a la niña, corta el cordón, le da unos puntos y pasa a ocuparse de Muriel. Comprueba que lo ha expulsado todo, hace algunas preguntas sobre cómo ha ido y felicita a todo el mundo por haber hecho tan bien las cosas. Pero comprende que hay un problema, Muriel no mira al bebé, ni siquiera cuando se pone a llorar. Entonces Marceline se acerca, le acaricia la mano a Muriel, se inclina para hablarle al oído y le pregunta en voz baja si quiere hablar de lo ocurrido o prefiere que lo haga ella. Muriel no quiere hablar. Las dos mujeres salen de la habitación con la recién nacida. Muriel vuelve la cabeza hacia la pared y se pone a llorar bajito.

DOMINGO

A las seis, aunque hacía un buen rato ya que todo ese trajín la había despertado, Simone se decidió por fin a ir a la cocina a ver qué ocurría. Y esto fue lo que vio: Marceline estaba preparando un biberón, y Guy, con un bebé en brazos, recorría la cocina de un extremo a otro a grandes zancadas, intentando calmar su llanto. Entonces, Simone sintió una súbita oleada de rabia. Avanzó hacia él con aire decidido y el ceño fruncido: ¿De verdad crees que ésta es forma de tratar a un bebé? ¡Lo estás sacudiendo como una estera, ¿así cómo no va a llorar, la pobre criatura?! Guy se lo tomó a mal, pero enseguida comprendió: ¡la Simone de siempre había vuelto! Sin tolerar ninguna réplica, se sentó en un sillón y tendió los brazos. Guy dejó en ellos a la recién nacida, y, como por arte de magia, el llanto cesó de inmediato. Ofendido, salió de casa con el pretexto de que tenía trabajo pendiente. Naturalmente, al enterarse de que ese bebé era de Muriel, Simone se enfadó. ¡Porque, francamente, estaba muy pero que muy mal no haberle dicho nada antes! Porque, a ver, poneos en mi lugar, yo ahora parezco tonta... Y Marceline le explicó la situación. Simone lo entendió enseguida porque un día Hortense y ella habían visto un documental en la tele que hablaba sobre ese tema. Les llamó mucho la atención, tanto que todavía recordaba cómo llamaban en el documental a ese problema. Entonces ¿la pobre muchacha también ha tenido una negación del embarazo? Marceline asintió. Bueno. Y ¿qué iba a ocurrir ahora? Para eso Marceline ya no tenía respuesta. Pero por el momento el bebé tenía hambre, y todavía quedaban un montón de cosas que hacer. De modo que después de ayudarla a sentarse bien en el sillón, le tendió el biberón y la dejó arreglárselas sola. Simone alimentó a la niña, la apoyó en su hombro para que echara los aires, envuelta en una camiseta de algodón cien por cien -a Kim ese detalle le parecía importante- y una bufanda multicolor, obra inacabada de Hortense, a modo de arrullo. Era la primera vez en su vida que Simone tenía en brazos un bebé tan pequeñito, la primera vez que podía mirarlo tan de cerca, hablarle en voz baja sin testigos... «Pero qué bonita eres, tesorillo... qué bonita y qué preciosa... sí, sí, sí, preciosa eres tú, mi corazón... y mira qué manitas... qué manitas tan finas... y mira qué deditos más largos, deditos de pianista... y qué piececitos, pero ¿cómo es posible tener unos pies tan pequeñitos, tan perfectos, tan lindos, dime tú a mí, dime tú a mí, cómo es posible, princesita mía...?» La princesita debía de pesar menos de tres kilos, no iba muy sobrada de peso, y, sin embargo, al cabo de una hora apenas, a Simone le dolían los brazos. Pero no dijo nada, se aguantó el dolor sin moverse ni pedir ayuda. Tenía demasiado miedo de despertar al angelito. O, quizá, de romper el hechizo...

Kim lo miró en Internet, la farmacia de guardia abría a las ocho. A menos cuarto, Marceline

cogió el coche de Ferdinand. La maletita de muestras que les había dejado Marie por la noche les había sido muy útil, pero no iba a durar mucho. Tenían que comprar leche especial para recién nacidos, tetinas para los biberones, pañales talla uno, compresas, suero fisiológico...

En el taller, Guy se puso manos a la obra: quería construir una cuna móvil. Una cunita que se pudiera desplazar fácilmente por la casa y que no se volcara. Era muy necesaria. Encontró un viejo carrito de bebé en el granero, conservó el chasis y las ruedas, y fijó encima... el cesto de la colada. A Ferdinand no le gustó mucho la idea. ¡El cesto lo necesitaba precisamente para transportar la ropa que acababa de lavar! ¡Sí, pero la cuna era una prioridad! Bueno, bueno, está bien. Así que Ferdinand cogió una caja para verduras para poner la ropa, total, lo mismo daba. Su tarea esa mañana consistía en encontrar lo necesario para vestir a la niña. Un rato antes había subido al desván y había buscado la caja de cartón que contenía la ropita de bebé que había sido de Ludovic y de Lucien. Una caja de ropa de recuerdo, que Mireille había guardado ahí arriba cuando se mudaron, para más adelante, para cuando sus hijos fueran mayores. Así que Ferdinand lo bajó todo, puso la ropita en la lavadora y, cuando terminó el ciclo de lavado, lo tendió todo junto a la estufa para que se secase: los pijamitas minúsculos, las camisetas tan finitas, el precioso gorrito, los calcetinitos como de muñeca...

Pronto podrían vestir a la niña y ponerla en su cunita. Eso si Guy encontraba una solución mejor para fijar el cesto al chasis. Porque, según Ferdinand, por ahora no estaba bien, no era sólida esa cuna. Se ofreció a echarle una mano, y Guy lo mandó a paseo con cajas destempladas. Ferdinand se fue, mascullando que su amigo era un viejo cascarrabias. Todo el mundo estaba un poco nervioso. Normal, era por la falta de sueño. O quizá fuera culpa de la luna llena...

En la otra ala de la casa.

A eso de las nueve Kim le preparó el desayuno a Muriel. Ésta no tenía hambre, pero quería levantarse. Se ofreció entonces a ayudarla a llegar hasta el cuarto de baño, pero ella lo apartó con brusquedad, prefería agarrarse a las paredes y a los muebles antes que aceptar su brazo. Frustrado, Kim salió a tomar el aire. Fue a ver si sus pollos estaban bien, saludó a *Cornélius*, que salía en ese momento del establo, y decidió ir a trabajar al huerto. Necesitaba desahogar tanta tensión acumulada.

De vuelta de la farmacia, Marceline fue a ver a Muriel. Estaba sentada junto a la estufa con *Masmala* en el regazo, jugando con los gatitos. La escena le pareció perturbadora. Se sentó a su lado, y hablaron de cosas sin importancia. Pero Muriel no le preguntó nada sobre el bebé. Marceline se dijo que iban a tener que ser pacientes con la chica. La comadrona pasaría más tarde a verla y hablaría del tema con ella. Todo se iba a solucionar.

Al final de la mañana llegó Guy empujando la cunita móvil. Por supuesto, Kim, Simone, Ferdinand y Marceline aplaudieron. Desde luego era una cuna un poco especial, pero muy manejable, ligera y estable a la vez. Todos lo felicitaron, y Guy se puso muy contento.

Por fin, después de pensarlo mucho, decidieron instalar a la niña en su cuna en el saloncito contiguo a la habitación de Simone. Ya nunca ponía los pies allí desde el fallecimiento de Hortense. Y la habitación de Marceline estaba justo enfrente. ¡Y, además -menuda suerte-, era el cuarto que más cerca estaba de la otra ala de la casa! Bastaba con quitar el mueble del pasillo que condenaba la puerta de comunicación, y Muriel podría ir a ver a su niña cuando quisiera.

Quitaron el mueble que tapaba la puerta.

Pero Muriel no fue a ver a su niña.

TURNO DE NOCHE

Guy preparó un *planning* por si acaso, el *Organicrío*, y, sin consultar a nadie, se apuntó para el turno de noche. Es normal, es el más insomne de todos. Pero fue una idea estupenda. Marcelline estaba agotada, Simone también, y como Ferdinand y él habían dormido la siesta por la tarde, se encargaron ellos, como es natural, del turno de noche para cuidar del bebé. Las dos mujeres se fueron a descansar después de cenar. La primera parte de la noche trabajaron a dúo. La niña se despertó hacia las nueve y media. Acudieron corriendo a la habitación. Inclclinados sobre la cuna, se pusieron de acuerdo. ¿La coges tú? No, cógela tú mejor. Pero ¿no crees que...? Que no, hombre. Al final la cogió en brazos Ferdinand, y se paseó por la cocina de un extremo a otro hasta que estuvo listo el biberón. Guy siguió al pie de la letra las instrucciones de Marcelline, y todo salió muy bien, no rompió ni vertió nada, la temperatura era perfecta, y el bebé no lloró mucho. Unos minutos más tarde, sin embargo, las cosas se pusieron difíciles cuando, tras una larga y dolorosa lucha, el vientre del bebé emitió un ruido totalmente desproporcionado con respecto a su tamaño, un ruido similar al que produce un fregadero obstruido cuando por fin se vacía, y el olor casi los incomodó. Ello les causó una gran inquietud. Iban a tener que cambiar... el pañal. Ni Guy ni Ferdinand habían cambiado un pañal en su vida. Guy, porque no había tenido hijos, y Ferdinand porque, aunque había tenido dos, nunca se había visto en la situación de tener que hacerlo pues su mujer siempre se había ocupado de todo. Pero ahí estaban solos, iban a tener que apañárselas. Les llevó un cuarto de hora. Por fin la niña se durmió, y ellos pudieron relajarse un poco.

Espatarrados en el sofá del salón, no encendieron la tele para estar seguros de oír hasta el más mínimo ruido que proviniera de la habitación del bebé. Y, como la luna llena iluminaba lo suficiente, tampoco encendieron la luz. Tras un largo silencio, empezaron a hablar en voz baja.

- ¿Estás bien?
- Sí, ¿y tú?
- Sí.
- Mmmm.
- Me preguntaba yo... ¿te arrepientes?
- En absoluto.
- ¿Seguro?
- Segurísimo.
- Somos muchos, ¿eh?...
- Sí.

- Nunca lo hubiéramos pensado...
- Y tanto que no.
- Hay mucha vida.
- Sí, mucha. ¡Y además, está bien, se renueva!
- Pufff... calla, no me hagas reír...
- ¡Silencio! Que vas a despertar a la niña.
- Sí, sí, ya me callo.
- Oye, Ferdinand...
- ¿Qué?
- No, nada.
- Tiene gracia, ¿eh?, a veces cree uno que ya se acabó, y de repente, ¡zas!...
- Sí, tiene gracia.
- Te imaginas...
- Mmmm.

Hacia medianoche se levantaron de un salto al oír los primeros quejidos. Esta vez ya tenían experiencia. El biberón fue pan comido, y para cambiar el pañal sólo tardaron diez minutos como mucho. Estaban hechos unos verdaderos profesionales. Después de eso, Ferdinand subió a acostarse. Guy se agobió un poco la primera vez que se vio solo para gestionarlo todo, pero se serenó enseguida. Se felicitó por haber fabricado una cuna móvil, pues gracias a eso pudo llevarse consigo a la niña a la cocina para prepararle el biberón con una mano mientras la acunaba con la otra. Y luego hubo un momento mágico, cuando se sentó en el sofá y se dio cuenta de que era la primera vez en su vida que le daba el biberón a un bebé recién nacido; cuando se dio cuenta de que podía mirarlo y hablarle bajito sin nadie alrededor. Sólo la niña y él... «Hola, señorita... ¿has visto?, ya has cumplido un día... un día exacto... huy, pero si me estás escuchando... Anda, qué novedad todos estos sonidos, te interesan, ¿verdad?... pero qué linda eres, ¿sabes?... sí, sí... y mira qué manitas tienes... qué finas estas manitas... qué deditos más largos, son dedos de pianista... y qué piecitos, pero ¿cómo es posible tener unos pies tan pequeñitos, tan perfectos, tan lindos, dime tú a mí, dime tú a mí, cómo es posible, princesita mía...?»

LUNES POR LA MAÑANA, ETC.

Lunes por la mañana.

Todavía un poco cansado, Kim bajó a prepararse un café y a darse una ducha. Pero se encontró con que el café ya estaba listo, y la ducha, ocupada. Le quedaban veinte minutos, iba justito de tiempo. Para aprovechar el poco que tenía subió a buscar su mochila de clase y su ropa, y luego volvió a bajar. Ya no se oía ningún ruido en el cuarto de baño, se imaginó que Muriel se estaría tomando las cosas con calma, estaría secándose el pelo mirándose en el espejo o poniéndose crema en la cara. Para matar el rato se sirvió un café y se lo bebió de pie junto a la estufa. Diez minutos después, Muriel salió de su habitación, vestida, peinada y maquillada. Kim se quedó de piedra.

- ¿Qué haces?

- Eso mismo te pregunto yo a ti. ¿Has visto la hora que es? ¿Todavía no te has duchado?

- Creía que...

- Date prisa. Vas a llegar tarde.

Tras subirse a su bici, Kim vaciló un momento. Había luz en la cocina grande. Muriel se había adelantado un poco, así que se decidió, apoyó la bici contra la pared y entró para avisar de que se iban a clase. Para asegurarse de que lo habían entendido bien, añadió: ¡Nos vamos Muriel y yo! Y salió dando un portazo. Marceline y Simone se quedaron sin habla.

Lunes por la tarde.

Después de trabajar dos horas en el huerto, Marceline volvió a casa, preocupada por dejar a Simone demasiado tiempo sola con la responsabilidad de la niña. Pero todo iba bien. Simone era muy organizada, parecía que hubiera hecho eso toda su vida. Biberones, pañales, mimos, cuidados, lo dominaba todo a la perfección. Además, durante las fases de sueño ya no veía la tele, ¡no la echaba nada de menos! Tenía tarea pendiente: tejer patucos, gorritos, y chaquetitas de todos los colores. Muy bien. Marceline, más tranquila sobre ese punto, se fue a su habitación para reflexionar sobre la situación y, por supuesto, hacerse mala sangre. Y entonces, así por las buenas, porque hacía tiempo que debía hacerlo y no había tenido ocasión, sacó el violonchelo de su funda. Para que le diera un poco el aire, que buena falta le hacía. Y también había que afinarlo, cosa que Marceline hizo. Y claro, eso le dio ganas de desentumecerse los dedos. Tocó unas notas y, con total naturalidad, pasó a tocar una pequeña pieza. Cuando paró, sorprendida y un poco emocionada todavía, Simone asomó la cabeza por la puerta. Venía a darle una noticia: ¡a la niña le

gustaba la música! Llevaba un buen rato llorando y retorciéndose -debía de tener gases, la pobrecita-, y ¡zas!, nada más oír las primeras notas, ¡había dejado de llorar! ¡Como por arte de magia! Así que ya sabe lo que tiene que hacer, Marceline, añadió en tono de broma.

Cuando Muriel volvió de clase fue a verlas. Lo había pensado bien: si querían quedarse con la niña, le parecía bien. Pero ella no quería, no quería y no había nada más que hablar. Fue muy clara y muy directa, y a su declaración siguió un silencio. Durante el día se habían puesto de acuerdo para saber qué hacer, qué táctica adoptar, y lo único en lo que habían coincidido todos era en que tenían que darle tiempo. Ya fuera para acostumbrarse a la idea, para poder cambiar de opinión o para descubrir a su hija, eso ya se vería. Así que contestaron que de acuerdo. A pesar de todo, tenía que ir al ayuntamiento a declarar su nacimiento, era urgente. Bueno, mañana por la mañana antes de clase, llevarían a la niña en coche, puesto que tenía que estar presente. De modo que había que buscarle un nombre... Muriel les dijo que lo eligieran ellos. De acuerdo, lo iban a pensar y le propondrían varios. No, ella prefería que lo decidieran ellos. Pero no se daban por vencidos, era importante que fuera ella quien... Pero Simone estaba hasta el gorro de tener que emplear palabras como: la niña, la cría, el bebé, la pequeña, el angelito, así que se les adelantó.

- ¿Y si la llamamos Paulette?

Todos miraron para otro lado, sin comprometerse a responder...

- Es bonito, ¿no? ¿Qué pasa, no os gusta?

De pronto todos estaban muy interesados en las líneas y las curvas del mantel de hule...

- ¿Y tú, Muriel, qué opinas tú?

Muriel se encogió de hombros y se marchó.

En el ayuntamiento, el secretario preguntó qué debía poner, y Muriel dijo: Paulette. Y de segundo nombre, Lucie.

El nombre de su madre.

Viene del latín y quiere decir «luces».

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Florence Sultan por su apoyo, su paciencia y su voz ronca tan bonita.

Y gracias también a Adeline Vanot, Christelle Pestana, Patricia Roussel, Virginie Ebat y Hélène Kloeckner, por supuesto.

La canción mencionada en la página 128 es *Nuits de Chine*, letra de Ernest Dumont.

La canción mencionada en la página 141 es *Arrêter les aiguilles*, letra de Paul Briollet y Paul Dalbret.

La página web <solidarvioc.com> existe de verdad (se trata de la página* creada por Guy, Ferdinand, Marceline, Simone y Hortense al final de la novela).

Gracias a Étienne Kraeutler por hacer de *webmaster* y a Camille Constantine (la mosca CC) por el diseño gráfico y el mantenimiento.

Se puede consultar, alimentar, comentar y criticar (pero sin pasarse mucho tampoco, ¿eh?...), habla de solidaridad entre generaciones, entre jóvenes y viejos, como su nombre indica.

Notas

* En francés, *lumière* significa «luz». (*N. de la t.*)

* Llamada «Solidarviejos» en el texto, pues *vioc* en francés significa «viejo/a». (*N. de la t.*)

Al mal tiempo, mejor cara

Barbara Constantine

Título original: *Et puis, Paulette*

© del diseño de la portada, Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Cordon Press

© Calmann-Lévy, 2012

© de la traducción, Isabel González-Gallarza, 2013

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:

© Editorial Seix Barral, S. A., 2013

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2013

ISBN: 978-84-322-1592-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

*This file was created
with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
09/01/2014*